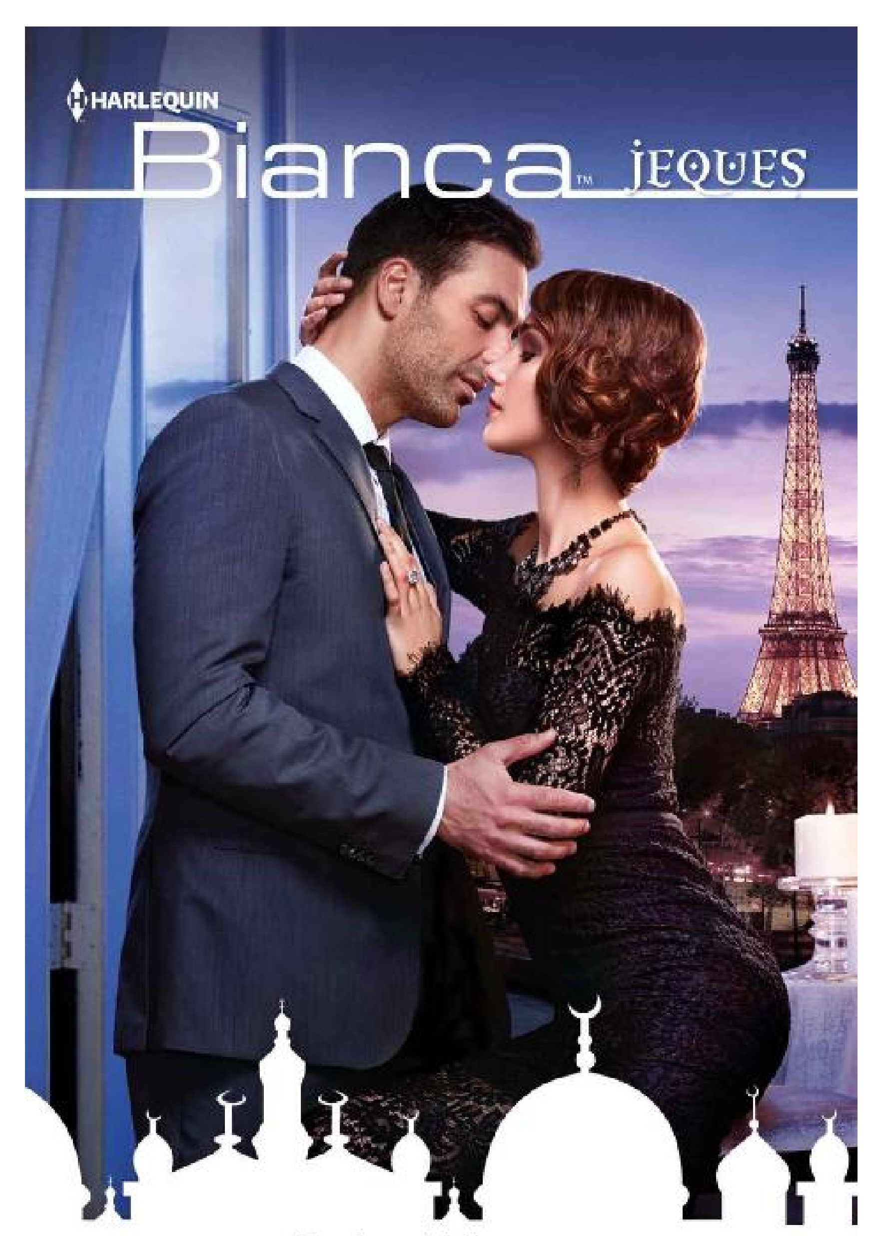


Rachael Thomas

LA MUJER TEMPORAL DEL JEQUE

Bianca™

LA MUJER TEMPORAL DEL JEQUE

Rachael Thomas



Capítulo 1

TODO el mundo tenía un precio. Jafar al-Shehri lo sabía mejor que nadie. También sabía cuál era el precio exacto de la dama de honor Tiffany Chapelle. Un precio que estaba más que dispuesto a pagar para conseguir lo que quería. Haría todo lo posible para evitar la creciente y hostil reclamación por parte de su primo Simdan al reino que él había heredado tras la inesperada muerte de su hermano. Reinar en Shamsumara no había sido nunca su ambición, pero se tomaba muy en serio su deber hacia su pueblo, su reino y su hermano. Tras tener noticia del poco convencional trabajo de la señorita Chapelle como dama de honor de alquiler, supo que ella era exactamente la solución para contraatacar el último intento de Simdan de pasar por encima de él.

Jafar cruzó la mirada con la de aquella mujer alta y delgada vestida con un traje de dama de honor azul claro. Ella alzó las cejas en un gesto interrogante y luego continuó con su trabajo en la boda de su amigo y socio Damian Cole. Llevaba el brillante cabello oscuro recogido en un moño alto y florecitas blancas al estilo de la temática de la boda «jardín de la campiña inglesa». Tenía pecas esparcidas por la nariz y sus labios carnosos habían permanecido obstinadamente clavados en su mente desde que los presentaron como padrino y dama de honor el día anterior por la tarde durante el ensayo de la boda.

La espectacular dama de honor le había perturbado desde que le sonrió. Trató de convencerse a sí mismo de que se debía al acuerdo de negocios al que quería llegar con la señorita Chapelle y no a la corriente eléctrica que le había atravesado cuando le estrechó la mano.

Cuando su amigo le dijo que se iba a casar con su amor de la infancia, Jafar no se sorprendió en absoluto. Lo que le sorprendió fue saber que la dama de honor principal no era una amiga cercana ni familiar de la novia, sino una mujer contratada para la ocasión. Tiffany Chapelle se ganaba la vida no solo organizando bodas, sino

también ofreciéndose como dama de honor principal. Damian se había reído cuando inquirió sobre la idea de contratar a una desconocida, y le dijo que toda novia debería contratar a una dama de honor principal, sobre todo si tenía amigas supercelosas como era el caso de su futura esposa. A partir de aquel momento, Jafar llevó a cabo su exhaustiva investigación sobre Tiffany. Muy exhaustiva.

Era una mujer que parecía vivir el amor indirectamente a través de las bodas de otras novias, y, sorprendentemente, había sido contratada por muchos hombres famosos y ricos. El hecho de que estuviera dispuesta a alquilarse a sí misma como dama de honor la convertía en la candidata perfecta para lo que tenía en mente. Además, no había señales de que hubiera ningún hombre en su vida, y lo más importante para Jafar, tenía bastantes deudas. Hacía poco que había dejado su apartamento alquilado y se había ido a vivir con su hermana. Todavía no había descubierto de dónde procedía la deuda, pero estaba convencido de que podría llegar a un acuerdo con ella. Para Jafar la deuda no significaba nada y tenía intención de ofrecerle mucho más para que aceptara el papel que necesitaría de su compromiso total durante los tres próximos meses.

La orquesta empezó a tocar. Jafar había asistido a suficientes bodas occidentales como para saber que la novia y el novio bailarían juntos ahora y se esperaba que él, el padrino, sacara a la dama de honor principal poco después para unirse a la pareja en la pista de baile. Tenía la intención de cumplir con su papel de padrino con los mismos estándares de calidad con los que hacía todo, especialmente si eso le daba la oportunidad de empezar a negociar sutilmente con la deliciosa mujer que el destino había puesto en su camino como respuesta a sus problemas.

Centró la atención en la novia y luego en su amigo. Apretó los dientes al ver al hombre de autoridad que sabía que era su amigo, un hombre de negocios letal que no dejaba a nadie vivo, mirar con ojos de adoración a la mujer con la que se había casado. Debería alegrarse por Damian, pero ver tanto amor y tanta entrega solo sirvió para recordarle todo lo que había perdido al descubrir la verdadera cara de Niesha. Estaban prometidos desde niños y Jafar siempre había sentido un cariño por ella que se tornó en lo que él dio por hecho que era amor. Estaba más que preparado para casarse y hacer que aquello funcionara. Pero Niesha había puesto los ojos en alguien muy superior al heredero de repuesto de Shamsumara que él era entonces.

La mente le llevó entonces a su hermano y a la abrumadora

sensación de pérdida por un hombre que fue a la vez hermano y padre para él, protegiéndole de la ira y el ansia de poder de su padre que casi acabó con el reino. Malek trabajó duro para recuperar la confianza del pueblo y ahora aquella responsabilidad recaía sobre él. No le fallaría a su hermano.

–Creo que ahora es su turno –la voz sensual y algo regañona de la dama de honor, que estaba ahora a su lado, interrumpió sus pensamientos.

–Estaba dejando que la feliz pareja disfrutara del protagonismo –Jafar miró sus azules ojos. Eran tan claros como el vestido que llevaba, pero estaban ribeteados de un azul más profundo lleno de intensidad que daba una pista de su lado apasionado.

La corriente eléctrica que había experimentado el día anterior cuando los presentaron se hizo más fuerte. ¿Se debía a la emoción de ser capaz de poner en marcha su plan para salvar a su reino de la hostil reclamación de su primo, que vivía en el país vecino? ¿O sería la idea de poder estrechar entre sus brazos a aquella mujer en particular mientras bailaban?

–Y yo que pensaba que me estaba usted evitando –en su voz había un tono juguetón que sugería una naturaleza lúdica. Una mujer que sabía disfrutar de la vida.

–No creo que dejarle su tiempo para completar las tareas para las que ha sido contratada sea evitarla. Este es su papel, ¿no? Dama de honor contratada.

La ferocidad de su respuesta le sorprendió incluso a él mismo, pero el acuerdo al que quería llegar era demasiado importante para permitirse distraerse con una cara bonita y una figura sexy.

–Usted no me aprueba, ¿verdad, señor al-Shehri? –ella apretó los labios mientras le miraba con una mano apoyada en la cadera y los ojos azules echando chispas–. No soy la única que ofrece este servicio de dama de honor.

–Esta tarde he tenido el dudoso placer de conocer a la mejor amiga de la novia, y ahora entiendo la necesidad de contratar a una dama de honor que haga lo que se necesita de ella sin dramatismo.

–Entonces, debe de ser a mí personalmente a quien no aprueba –le desafió Tiffany de nuevo con una sonrisa y aquella subyacente provocación en el tono de voz.

En lugar de enzarzarse en una batalla de palabras, Jafar le quitó con suavidad pero con firmeza la mano de la cadera y reprimió una sonrisa al ver cómo ella abría mucho los ojos sorprendida. La guio a la pista de baile antes de que pudiera protestar, consciente de que no tenía más opción que seguirle si no quería arriesgarse a llamar la

atención.

Los invitados aplaudieron cuando la atrajo suavemente hacia sí hasta que sintió su cuerpo esbelto apretado contra el suyo. El movimiento de su cintura bajo la mano cuando empezó a moverse lentamente al ritmo de la música solo intensificó la oleada de deseo que lo atravesó.

¿Qué diablos estaba ocurriendo? Era como si aquella belleza de cabello oscuro estuviera consumiendo su fuerza, disminuyendo el control que le caracterizaba. Le estaba haciendo desear cosas que hacía tiempo aprendió que no eran posibles. La deseaba, de eso no le cabía la menor duda, pero era mucho más intenso que el deseo habitual que sentía por las mujeres. Estaba desbloqueando al hombre que existía dentro de él que mucho tiempo atrás había apartado de sí la necesidad de compañía femenina. Sabía con exactitud lo destructiva que podía ser una necesidad así. Apartó de sí aquellos pensamientos y permitió que un deseo acalorado le ocupara la mente y el cuerpo en su lugar.

–¿No va a contestarme?

El orgulloso alzamiento de cejas y el tono desafiante de su voz ayudaron a sacar a Jafar de aquel lugar en el que hacía tiempo que no estaba. Un lugar al que no deseaba aventurarse de nuevo. Recuerdos del pasado, de la vida que podría haber tenido con la niña con la que había crecido, la mujer que tendría que haberse convertido en su esposa. Apartó aquellos recuerdos con violencia. Aquel no era el momento de complicar el futuro con el pasado y con lo que le hubiera gustado que ocurriera.

–No la desapruebo en absoluto –murmuró sosteniéndole la mirada mientras otras parejas se unían ahora a ellos en la pista de baile–. Más bien al contrario. Es usted la primera mujer que conozco que no añade tonterías sentimentales a una boda.

Ella ladeó la cabeza y le miró, entornando ligeramente los ojos con algo de recelo.

–Este es mi trabajo, señor al-Shehri. Me limito a cumplir con él, que es convertirlo en el mejor día de la vida de la novia.

–Así que tiene usted un fuerte sentido de la responsabilidad –Jafar se lanzó encantado a la conversación, satisfecho de poder descubrir todos los detalles respecto a aquella mujer de ella misma, no a través de terceras personas. Los detectives privados no podían proporcionar detalles tan personales, y era importante que él tuviera todas las respuestas antes de proponerle el trato. Un trato que salvaría a su reino, Shamsumara, y que tal vez lograra incluso enterrar los fantasmas de su pasado de una vez por todas.

–Estoy bailando con usted, ¿no? –los ojos de Tiffany brillaron risueños, y aunque él quería mantener la conversación en un tono profesional no pudo evitar reírse también.

–No sabía que supondría una tarea tan ardua para usted –Jafar los guio hacia el extremo de la pista de baile, y de allí a la salida de la enorme carpa–. ¿Salimos a disfrutar del sol del atardecer?

–¿Me está usted apartando de mis obligaciones, señor al-Shehri?

Le estaba poniendo a prueba, de eso no cabía la menor duda.

Jafar miró a Damian y a su esposa, que bailaban como si fueran un solo ser.

–Creo que sus obligaciones han terminado. Los novios parecen ajenos a todo lo que no sea ellos.

A Tiffany no le pasó desapercibido el tono irritado del padrino. Había sentido su mirada clavada en ella durante todo el día. Había sido muy consciente de él desde la primera reunión el día anterior, y en cierto modo aquello la había perturbado porque conectaba con sueños de amor y felicidad a los que había renunciado tiempo atrás. Trató de ignorar la curva de desaprobación de sus labios, que iba en aumento cuanto más tiempo pasaban juntos. También trató de no pensar en que era extraordinariamente guapo, alto, moreno y con un atractivo exótico que había llamado la atención de muchas invitadas a la boda. Si las circunstancias fueran distintas, si no estuviera allí trabajando, entonces tal vez Jafar podría ser la distracción que necesitaba en aquellos momentos de su vida.

Sorprendida por el cariz que habían tomado sus pensamientos, hizo un esfuerzo por volver al presente lamentando que Lilly, su mejor amiga, hubiera plantado en ella la idea de que una aventura de una noche podría ser la mejor manera de librarse de los malos recuerdos de su exnovio. Pero no era aquella clase de chica. Por eso la habían abandonado.

–Detecto un toque de cinismo –dijo haciendo visera con la mano para protegerse los ojos del sol de la tarde cuando se detuvieron en el extremo de la terraza. Quedaba claro que aquel hombre estaba en contra de la idea del matrimonio como Tiffany ahora, pero eran hombres como él quienes habían hecho pedazos su creencia en el amor verdadero.

–¿Cree usted en el amor y la felicidad, señorita Chapelle? –su mirada se clavó en la suya y el verde brillante de sus ojos contrastaba completamente con su pelo negro como la tinta.

Tiffany se estremeció ante lo directo de la pregunta, el tono

despectivo. Demostraba lo que había estado pensando un instante antes. Estaba claro que él no. También era muy consciente de su reputación con las mujeres tras escuchar los cuchicheos de la novia con las otras tres damas de honor, amigas suyas y obviamente interesadas en aquel extranjero moreno llegado del desierto.

–La verdad es que no –había apartado de sí el sueño de conseguir ese amor que sus padres no lograron nunca–. Pero no se lo cuento a ninguna de las novias con las que trabajo.

Jafar la miró a los ojos. La conexión era tan intensa que Tiffany apenas podía respirar, pero no le daría la satisfacción de apartar la mirada, de bajar las pestañas e incitarle a convertirla en su siguiente conquista. Estuvo a punto de abrir la boca cuando aquel pensamiento se le cruzó por la cabeza. ¿Qué le hacía pensar que un hombre así querría tener algo que ver con ella, una mujer que a los veinticinco años todavía no había sentido las caricias de un hombre ni el placer de la intimidad? Estaba empeñada en esperar a la noche de bodas, a encontrar el final feliz de cuento de hadas.

–Me cae usted bien, señorita Chapelle –se apartó de ella dejándola visiblemente debilitada tras estar bajo el foco de su mirada, pero sus siguientes palabras volvieron a introducirla en la espiral de confusión en la que se encontraba desde que la tomó de la mano para guiarla a la pista de baile–. Creo que es importante que te caiga bien la persona con la que estás casada.

Tiffany miró sus anchos hombros embutidos en el traje gris que llevaba puesto y se preguntó por qué un hombre tan seguro de sí mismo, que rozaba incluso la arrogancia, no podía hablarle con claridad.

Tocó una de las rosas que había cerca. La suavidad de sus pétalos le resultó extrañamente gratificante.

–Sí, creo que tiene usted razón. Después de todo, si no te cae bien la persona con la que te vas a casar, las probabilidades de que el matrimonio dure son muy bajas.

Sus padres eran la prueba de ello. Y también las discusiones seguidas de pétreos silencios con los que había crecido como si fueran algo normal. Cuando se separaron y Tiffany fue lo bastante mayor para quedarse a dormir en casa de amigas se dio cuenta de que no era en absoluto normal. Aquellos primeros y volátiles años de su vida la habían llevado a tomar la firme decisión de tener un matrimonio feliz y lleno de amor.

Jafar se giró hacia ella.

–Al menos en eso estamos de acuerdo.

–¿Ah, sí? –aquel hombre la confundía, primero hablaba como si

se estuviera refiriendo al matrimonio y a la amistad en general, y luego como si la conversación estuviera directamente relacionada con ellos dos. Como si fueran una pareja a punto de casarse.

–Sí –Jafar se le acercó y el aroma de su loción para después del afeitado, exótico y salvaje, le llegó como había sucedido en la pista de baile. Al menos esa vez no estaba pegada a su cuerpo sintiendo cada movimiento que hacía, despertando en ella sensaciones ardientes que no había experimentado nunca–. Y por eso me gustaría contratar sus servicios.

–Va usted a casarse –no pudo evitar que le temblara la voz. Aquel hombre era un jeque del desierto, un playboy que no guardaba en secreto la cantidad de mujeres que había amado y luego abandonado.

Desde que su único novio serio la abandonó porque quería esperar a que estuvieran casados para compartir la intimidad, Tiffany había tenido mucho cuidado en volver a tener relaciones. La idea de que aquel jeque del desierto pudiera ser el hombre con quien tener una noche de pasión para dejar atrás el pasado, como sugería su amiga Lilly, era ir un paso demasiado lejos.

–Sí, voy a casarme –su voz firme atravesó el tren de sus locos pensamientos, devolviéndola bruscamente al presente. ¿Cómo podía estar pensando aquellas cosas de aquel hombre?

Se obligó a mirarle a los ojos para que pareciera que tenía el control, aunque el corazón empezó a latirle con fuerza en el pecho. ¿Se debía a su repentina cercanía o a sus pensamientos?

–¿Y quiere que le organice la boda y sea la dama de honor de su novia?

Jafar la miró como escudriñándola.

–No, quiero contratarla… como novia.

Tiffany parpadeó y alzó la vista para mirarle, incapaz de decir nada. Luego se echó a reír.

Jafar aspiró con fuerza el aire y esperó a que a la recatada señorita Chapelle se le pasara el ataque de risa. ¿Cómo se atrevía a reírse de él? Solo sus amigos más íntimos se atrevían a hacer algo así. ¿Acaso no sabía quién era?

–Creo que ha bebido usted demasiado champán, señor al-Shehri –su voz tenía todavía un tono risueño, mostrándole un lado ligero que le resultaba intrigante.

–Estoy absoluta y completamente en control –afirmó mientras se preparaba para sacar el último as–. Necesito una novia, y creo que

usted necesita una cantidad importante de dinero para cubrir deudas.

Se hizo un silencio entre ellos mientras Tiffany le miraba con recelo. Había desaparecido de golpe todo rastro de risa. Los ribetes oscuros de sus ojos azules le recordaban el mar que bañaba a su reino, pero el claro centro se había vuelto hostil como el calor del desierto.

–Veo que no soy la única que ha investigado al otro.

El cinismo de su tono de voz le advirtió de que la estaba presionando demasiado.

–Nunca me meto en nada sin hacer antes mis investigaciones, señorita Chapelle. Ni siquiera para ser el padrino de la boda de mi amigo de la infancia.

–Y dígame, ¿qué ha descubierto con sus investigaciones? –Tiffany se cruzó de brazos en un gesto que a Jafar le pareció sexy.

Los ojos le brillaban como las gemas más puras y el sol del final de la tarde le bailaba en el pelo, volviéndolo de un bronce furioso y resaltando las pecas que tenía por toda la cara. En lo único que podía pensar Jafar era en atraerla contra su cuerpo y besarla. El calor que sentía en el cuerpo no tenía nada de suave, ni tampoco su deseo de tocarla, besarla, poseerla. Sabía sin lugar a dudas que si se dejaba llevar en aquel momento por las exigencias de su cuerpo sería algo salvaje y fiero. Si no le estuviera ofreciendo aquel acuerdo tan poco común tal vez ya se la habría llevado a la suite del hotel.

–Creo que se está usted marcando un farol, señor al-Shehri.

Sus palabras le arrancaron del erótico escenario que quería representar con ella.

–Tiene usted deudas y necesita más, mucho más dinero a causa de su cuñado, que ha dejado a su hermana en una situación económica muy precaria –había descubierto aquella información tan útil muy recientemente.

Tiffany boqueó y abrió los ojos de par en par.

–¿Cómo sabe eso?

–La información es primordial para mí, señorita Chapelle –se acercó a ella aspirando sin querer su delicado aroma, lo que solo sirvió para despertar una vez más el deseo de su cuerpo–. Todo el mundo tiene un precio y conozco el suyo.

–Entonces, ¿quiere pagarme por ser su novia?

–Sí, señorita Chapelle. Sí quiero –acababa de escuchar a Damian pronunciar aquellas palabras a su novia, pero él las dijo con amor, con una esperanza de futuro. Él se las estaba diciendo ahora a

aquella mujer que le despertaba los sentidos como ninguna mujer había hecho, ni siquiera Niesha, la mujer con la que debería haberse casado si la vida no se hubiera torcido, había despertado en él semejante pasión.

–¿Y qué le hace pensar que accedería a una sugerencia tan extraña? –Tiffany tenía los brazos cruzados de tal manera que los senos se le unían de un modo que el vestido azul claro no podía disimular.

El deseo se apoderó de Jafar, pero intentó dejarlo a un lado. Aquella no era una de sus aventuras de una noche; aquella era la mujer que tenía en sus manos el futuro de su reino. La respuesta que le diera decidiría el destino de su pueblo… y también el suyo.

Si se negaba, entonces su primo Simdan tendría todo el derecho a poner en duda su capacidad para gobernar. No tenía tiempo para encontrar una novia a la manera convencional de su país. Además, su hermana estaba esperando su primer hijo y Jafar tenía intención de nombrarlo heredero, por lo tanto no necesitaba una esposa real, solo una ficticia.

–Mi intención es celebrar la boda dentro de dos semanas, serás recompensada económicamente y podrás saldar todas tus deudas y las de tu hermana –continuó Jafar tuteándola–. También me aseguraré de que obtengas una cuantiosa cantidad de dinero cuando nuestro trato se haya cumplido.

–No –aseguró ella sacudiendo la cabeza–. No tengo ninguna intención de casarme por ninguna suma de dinero, y menos dentro de dos semanas.

Jafar no esperaba que dijera que sí al instante. De hecho, le habría preocupado que lo viera como una especie de caballero andante que respondiera a la llamada de los sueños con finales felices de una mujer. Pero a la luz de su actual situación económica, tampoco esperaba que le dijera directamente que no.

–¿Qué ocurrió para que la dama de honor que se asegura de que los sueños de la novia se hagan realidad esté tan en contra del matrimonio? –la retó, y para su satisfacción vio que palidecía ante la pregunta.

–¿Qué te hace pensar que tuvo que ocurrir algo? –le espetó ella tuteándole a su vez.

–Una mujer que prefiere ser siempre la dama de honor y no la novia está sin duda huyendo de algo –Jafar resistió el impulso de colocarle detrás de la oreja un mechón de pelo que se le había escapado del peinado.

–Este es mi trabajo –ella lo miró fijamente y Jafar tuvo una vez

más que contener el deseo de besar aquellos labios para que dejaran de estar tensos–. Solo un hombre como tú contemplaría seriamente la posibilidad de comprar una novia.

La irritación se abrió paso a través del deseo. ¿Se atrevía a desafiarle?

–¿Y qué clase de hombre soy yo?

Tiffany apenas podía contener la rabia. ¿Cómo se atrevía a intentar comprarla? ¿Qué clase de país gobernaba si creía que podía comprar una novia sin más cuando la necesitaba? Y, peor todavía, ella había considerado la posibilidad de aceptar porque en aquel momento haría cualquier cosa por ayudar a su hermana, Bethany, y liberarla del abusón apostador con el que se había casado siete años atrás y solucionar así el lío financiero en el que la había metido antes de dejarla.

–La clase de hombre que puede comprar todo lo que quiere, incluso una novia, al parecer –le lanzó la acusación y se dio la vuelta con la intención de marcharse al instante de allí, del señuelo de poder solucionar los problemas económicos de Bethany y del irresistible encanto de aquel hombre.

–¿De verdad puedes permitirte rechazar una oferta así? –sus palabras sonaron duras y decididas.

A Tiffany le falló el paso y se quedó dándole la espalda, respirando hondo, todavía impactada por la proposición.

–¿Vas a dejar a tu hermana en la estacada?

Ella se dio la vuelta.

–No sé cómo has conseguido averiguar tantas cosas de mí y de mi familia, pero yo no estoy en venta.

Jafar se le acercó salvando la distancia que los separaba con sus largos pasos.

–No tengo intención de comprarte. Solo quiero contratarte para que me acompañes a Shamsumara como mi prometida. Aparte de eso podemos seguir exactamente como ahora. Siendo dos perfectos desconocidos.

–Tu osadía me deja sin palabras –le lanzó ella–. Esperas incluso que vaya contigo a tu país.

–Dudo que haya muchas cosas que te dejen sin palabras –afirmó Jafar con tono burlón alzando una ceja–. Del mismo modo que tengo claro que harías cualquier cosa por tu hermana… y por su hija.

Ahora le había dado en el talón de Aquiles. La pequeña Kelly, de cuatro años, no se merecía verse atrapada en el lío que sus padres habían creado. El cruel divorcio había convertido a una niña feliz

en una pequeña asustada y ansiosa que apenas hablaba, y Tiffany haría absolutamente cualquier cosa para rectificar aquello, sobre todo porque sabía cómo se sentía.

–Esto no tiene nada que ver con mi sobrina –ahora apenas podía contener la rabia. ¿Cómo se atrevía a meter a una niña inocente en aquel absurdo acuerdo?

–Piénsalo, Tiffany.

El sonido de su nombre en sus labios le provocó una oleada de placer que le atravesó todo el cuerpo.

–Reúnete mañana aquí conmigo después del desayuno. Seguro que para entonces habrás llegado a la conclusión de que este acuerdo es la respuesta a todos tus problemas.

Capítulo 2

TIFFANY se había pasado la noche dando vueltas en la cama. La habitual alegría de haber creado un día perfecto para otra novia fue reemplazada por la increíble sugerencia del jeque al-Shehri. No era un contrato en absoluto normal. No quería una dama de honor. Quería una novia. Quería comprarla y aquello la había perturbado casi tanto como la reacción de su cuerpo cada vez que lo tenía cerca. Por no mencionar las imágenes eróticas que le habían cruzado por la mente ante el deseo de que la besara. Sabía instintivamente que sus besos serían peligrosos como un terremoto.

Cuando el amanecer se coló en su habitación ya había renunciado al sueño. Salió del hotel y fue a dar un paseo. Eso siempre la ayudaba a aclararse la mente, y cuando regresó sabía que aceptaría el acuerdo… pero con sus condiciones.

Se puso un vestido corto negro y la cazadora de cuero, era la única ropa que tenía aparte de los vaqueros y una sudadera. No esperaba tener que negociar ningún contrato aquella mañana. Se dirigió a la terraza con paso decidido y la intención de exponerle sus términos para aceptar el acuerdo. El aire de la mañana estaba cargado de aroma a rosas, pero no había ni rastro del hombre. Tiffany consultó el reloj. Había llegado tarde, y sospechaba que el jeque no era de los que toleraban la impuntualidad. Sintió una punzada de pánico. Aquella era la oportunidad que necesitaba, y seguramente la única que tendría para ayudar a Bethany y a Kelly, y la había tirado por la borda.

Se giró para comprobar que no estuviera por ahí, aunque era imposible que un hombre así pudiera pasar desapercibido. Entonces vio aliviada cómo el jeque Jafar al-Shehri cruzaba la terraza con el sol de la mañana a su espalda mientras se acercaba a ella. Tal y como esperaba, iba vestido impecable con un traje que sin duda estaba hecho a medida. Decir que estaba guapo se quedaba más que corto para describirle. «Sexy» era la palabra que le vino a la mente, pero la rechazó. Se negaba a aceptar que se sentía atraída hacia él.

–Buenos días –dijo alegremente, como si reunirse con un hombre para ultimar los detalles de un contrato de matrimonio fuera algo que hiciera todos los días.

–¿Prefieres caminar o tomar un café? –la mirada orgullosa del jeque la recorrió de arriba abajo fijándose en el vestido, que seguramente era demasiado corto para hablar con un hombre que gobernaba en un reino del desierto. Finalmente reposó la vista en sus sandalias blancas de tacón.

Se había ganado su desaprobación una vez más.

–No voy vestida para caminar. Prefiero tomar un café.

–Desde luego –dijo Jafar haciendo un gesto con la mano para que pasara delante de él hacia las mesas que había fuera y que estaban preparadas para el desayuno.

Un escalofrío de algo que no había sentido nunca antes le recorrió la espina dorsal cuando fue consciente de que tenía la mirada clavada en ella. La intensidad de su escrutinio le atravesó la cazadora de cuero como una llama y la fina tela del vestido, haciendo que se estremeciera.

Cuando se acercaron a la terraza del restaurante apareció un miembro del equipo al instante deseoso de complacer al jeque, y Tiffany se dio cuenta por primera vez de que así debía de ser su vida. Era mucho más rico que cualquiera de las parejas que la habían contratado en el pasado, aunque muchas de ellas le habían abierto la puerta a un mundo de riqueza y lujo. Pero aquel hombre lo sobrepasaba con creces.

–Una mesa tranquila para dos –dijo con firmeza exigiendo exactamente lo que quería sin pedirlo por favor ni dar las gracias.

–Por aquí, jeque al-Shehri –el camarero los guio hacia la esquina de la terraza, donde un conjunto de rosales trepadores formaba una perfecta área privada. La vista del paisaje inglés que se disfrutaba desde la mesa resultaba incomparable, pero Tiffany tenía los nervios a flor de piel y no estaba de humor para apreciarlo.

Tiffany esperó a que le retirara la silla para sentarse como si estuviera acostumbrada a algo así, y luego trató de centrarse en la vista en lugar de en la formidable presencia del hombre con el que estaba a punto de cerrar el trato más extraño del mundo. Un trato que, dado el inminente embargo de la casa de Bethany, era la única opción que tenía.

–Voy a ir directamente al grano –Tiffany hizo una pausa para recomponerse mientras sentía su mirada en ella. Quería escoger las palabras adecuadas, pero, antes de que pudiera decir nada, Jafar se le adelantó.

–Decidida. Eso está bien. Me gustan las mujeres que saben lo que quieren.

Tiffany se miró en aquellos grandes ojos verdes y se preguntó si se estaba burlando de ella. Pero no había el menor atisbo de una sonrisa. De hecho, no mostraba ninguna emoción, solo un severo control.

Ella volvió a hablar antes de que le fallaran los nervios.

–Si estás de acuerdo con mis condiciones, aceptaré la oferta. Seré tu novia de alquiler.

Estuvo a punto de ahogarse con aquellas dos últimas palabras. Tras las complicaciones del divorcio de sus padres, Tiffany anhelaba encontrar el verdadero amor y la felicidad. Su exnovio no había entendido su necesidad de esperar a que su relación pasara al siguiente nivel y ahora entendía que su negativa a tener intimidad se debía a que no le amaba. No del modo intenso y profundo con el que siempre soñó que amaría al hombre con el que pasaría el resto de su vida.

–¿Condiciones? –Jafar se reclinó y apoyó un brazo en la silla mientras se acariciaba la barbilla.

–Sí, mis condiciones –le espetó ella alzando la barbilla en un gesto desafiante–. No creerías que aceptaría cualquier cosa que me pusieras delante, ¿verdad?

–Muy bien –el jeque se cruzó de brazos y la miró fijamente–. ¿Cuáles son tus condiciones?

Esa vez su tono tenía cierto deje burlón. Seguramente nadie le había puesto nunca condiciones para nada. Debía de estar acostumbrado a conseguir lo que quería continuamente. Bien, pues ella no se lo iba a poner fácil. Sí, necesitaba el dinero y lo necesitaba ya, pero tenía que conservar cierta dignidad, tenía que exigir al menos algo para sí misma. Después de todo, casarse era algo importante, y más con un desconocido.

–Antes de que hablemos de esto quiero saber por qué necesitas una novia con tanta premura y por qué quieres que sea yo –le miró fijamente para demostrarle que era una mujer dueña de sí misma–. ¿Por qué no una mujer de tu país? Creo que me estás ocultando algo, Jafar.

Pronunciar su nombre le resultó extrañamente familiar. Tiffany se mantuvo sentada recta en la silla con la intención de aparentar que tenía más calma de la que en realidad sentía. Estuvo a punto de conseguirlo, pero entonces él sonrió. Sucedió tan de repente que literalmente se olvidó de respirar al convertirse en foco de su atención.

Jafar vio cómo las mejillas de Tiffany se sonrojaban de un modo encantador, apartando a un lado a la mujer de negocios segura de sí misma y permitiéndole ver un destello de la mujer que seguramente ella no quería que viera jamás. La mujer apasionada y al mismo tiempo tímida que vivía bajo aquel exterior duro. Aquella era precisamente la razón por la que no se dejaría llevar por las ganas de besarla que había sentido desde que los presentaron. No le convenía en muchos sentidos, pero sí en uno. Ella le necesitaba tanto como él, aunque Jafar nunca se lo demostraría.

–¿Qué quieres saber exactamente, Tiffany?

Ella le miró y luego apartó la vista en un nuevo arrebato de timidez. Le intrigaba. Tal vez el tiempo que iban a pasar juntos como marido y mujer resultara mucho más interesante de lo que había anticipado.

–¿Por qué un hombre como tú tiene que casarse con una perfecta desconocida en dos semanas?

Su pregunta directa fue como un disparo, y Jafar no pudo evitar admirar su sinceridad aunque eso significara tener que compartir una parte de sí mismo y de su pasado con ella. Algo que nunca hacía con las mujeres.

Miró hacia los campos de hierba verde y pensó en su hermano Malek y en el accidente que había acabado con su vida y la de su esposa. Aquel trágico día, Jafar se convirtió en el rey de Shamsumara. Siempre había tenido el bien del país en el corazón, pero nunca pensó que algún día sería su gobernante.

–Me convertí en rey de Shamsumara tras una repentina muerte familiar que dejó al país en una posición vulnerable y abierta al liderazgo de un hombre que gobierna su propio reino con la misma crueldad con la que reinó mi padre. Ese no es mi modo de reinar y no permitiré que mi pueblo vuelva a pasar por eso.

Miró el rostro de Tiffany, vio la confusión en sus ojos y supo que aquello debía de sonarle extrañísimo. Una sombra de duda lo atravesó. ¿Estaba haciendo lo correcto al meter a aquella mujer en los asuntos de su país? Tal vez necesitara el dinero que él podía proporcionarle fácilmente, pero ¿sería capaz de cumplir con las obligaciones que se le exigirían como su reina, aunque solo fuera durante un breve periodo de tiempo?

–Tengo la impresión de que necesitas mucho más que una prometida –murmuró Tiffany antes de darle un sorbo al café que acababan de servirle.

Jafar miró el suyo, pero supo que no lo probaría. El recuerdo de su hermano y de la amenaza lanzada por su primo, el único hombre al que odiaba de verdad, borraría completamente el sentido del gusto.

–Necesitas una esposa, una esposa de verdad. Una mujer que te dé herederos. Esa mujer sería tu reina, ¿verdad?

Jafar no pudo evitar el impacto que sintió. Tal vez había juzgado a la ligera a aquella encantadora mujer. Era mucho más astuta de lo que se había imaginado.

–Sí, mi prometida será mi reina y en condiciones normales un heredero sería exactamente lo que necesitaría, pero no en esta ocasión. Mi hermana se casó el año pasado y está esperando su primer hijo. En nuestro país, el orden de sucesión indica que su hijo se convertirá en mi heredero hasta que llegue el momento en que yo tenga mi propio heredero, algo que desde luego no tengo pensado hacer. Así que tener un heredero no es algo obligatorio para mí.

Tiffany le miró con los ojos entornados.

–Estoy confusa. Si no necesitas un heredero, ¿por qué no te casas con una mujer de tu país?

–Porque no tengo intención de casarme en el sentido auténtico de la palabra –¿cómo diablos podría resumir los dos últimos años de su vida en unas cuantas frases cortas que pudiera entender?–. Si soy un rey soltero soy vulnerable a la amenaza. La amenaza vendría de mi primo Simdan, que gobierna con crueldad un pequeño país fronterizo con Shamsumara. Quiere mi reino por el poder que eso le daría… y por la riqueza. Shamsumara es rico en petróleo.

–¿Y si estás casado? –la pregunta quedó flotando en el aire como la amenaza de un trueno.

–Mi primo ha tenido un hijo hace poco, y como rey casado y con un heredero puede desafiar mi mandato. Si yo me caso su capacidad de desafío disminuye, y, cuando mi hermana dé a luz a su hijo y yo lo declare mi heredero, su reclamación al trono ya no será válida.

Tiffany dejó la taza de café sobre el platito.

–¿Cuándo nace el bebé?

–A finales de octubre –aquel hecho y la posibilidad de que las cosas pudieran salir mal en el embarazo de su hermana era lo que impulsaba el matrimonio de Jafar. Era muy consciente de que Simdan ya estaba haciendo movimientos para lanzar una reclamación sobre Shamsumara. Si sucedía lo impensable y su hermana perdía el bebé, al menos sería el gobernante casado que la tradición exigía.

–¿Y qué pinto yo exactamente en todo esto? –el pánico de su tono era obvio, y Jafar se dio cuenta al instante de qué le habían hecho pensar sus explicaciones.

–Solo te pido que seas mi prometida. No tengo intención de casarme de verdad ni de tener mis propios hijos porque mi sobrino o sobrina nacerá pronto –vio la expresión de sus ojos y supo exactamente lo que estaba pensando. Tres meses era mucho tiempo y podría pasar cualquier cosa. También era la preocupación principal de sus consejeros.

–En ese caso, ¿para qué tienes que casarte?¿No puedes nombrar al bebé tu heredero ya?

–Para continuar reinando en lugar de mi hermano debo estar casado el día después de las festividades de Shamsumara, que son dentro de dos semanas. En caso contrario mi primo tiene todo el derecho a reclamar el reino.

Igual que había hecho el día anterior, Tiffany se rio. Jafar apretó los puños para contener la irritación. ¿Cómo se atrevía a reírse cuando su propia vida era un caos?

–Luego debo permanecer allí dos años, pero tú solo tendrás que quedarte en Shamsumara como mi esposa y reina durante tres meses, hasta que nazca el bebé de mi hermana. Tendremos que seguir legalmente casados durante dos años, pero después será fácil proceder al divorcio. Y, por supuesto, recibirás una sustanciosa liquidación.

–¿Y debido a mi trabajo y a mi situación financiera pensaste que estaría lo bastante desesperada como para ser tu novia de alquiler? –su tono algo burlón no encerraba ninguna malicia, pero no suavizó el humor de Jafar. No estaba acostumbrado a tener que convencer a las mujeres de nada.

–Cancelaré al instante el embargo de la casa de tu hermana, pero por supuesto, si tú no…

Dejó la frase sin terminar. La amenaza velada de retirar la oferta quedó pendiendo en el aire de la mañana entre ellos. Jafar sentía que era la mayor apuesta que había hecho en su vida. Ella le miró en silencio durante unos instantes y entre ellos surgió algo más que tensión. Un deseo salvaje.

Cuando Tiffany volvió a hablar, el tono cortante de su voz le hizo saber que había tocado nervio.

–Creo que ha llegado el momento de decirte cuáles son mis condiciones.

Jafar admiró el fuego desafiante de sus ojos. Le gustaban los retos. Odiaba a la gente sumisa que le daba la razón en todo lo que

decía solo por quien era.

Por fin conocía a una mujer a su altura. Los próximos tres meses como marido y mujer iban a resultar realmente interesantes.

–Adelante.

Tiffany se reclinó y le miró. Alzó la barbilla en un gesto orgulloso y a Jafar le recordó a un purasangre. Tenía tanta bravura como uno de ellos, y él estaba deseando domar aquella energía como hacía con sus caballos y convertirla en uno de sus elegantes halcones, que volaban cuando él se lo ordenaba y regresaban obedientemente a su brazo.

La idea le impactó. ¿Quería que una mujer regresara a él, que estuviera con él? Aquello era algo que nunca había buscado, así que ¿por qué ahora? ¿Porque Tiffany iba a ser su esposa, su prometida de alquiler?

–En primer lugar, quiero un pago al instante. Hoy mismo –Tiffany le miró como esperando una objeción por su parte, pero él se limitó a quedarse sentado y observarla–. Quiero un cuarto de millón de libras en mi cuenta antes de que acabe el día y un segundo pago el día de la boda.

¿Eso era todo? Jafar tenía pensado ofrecerle mucho más.

–Considéralo hecho. ¿Algo más?

Tiffany miró a Jafar, a la figura hermosa y regia que formaba sentado frente a ella. ¿De verdad había accedido a pagar aquella cantidad de dinero sin pestañear? ¿Tan acostumbrado estaba a comprar todo lo que quería que no le importaba el precio?

Todavía no podía creerse que por el simple hecho de acceder a estar al lado de aquel hombre y convertirse en su esposa resolvería todos los problemas de Bethany. Era demasiado bueno para ser verdad. El refrán de «A caballo regalado no le mires el diente» le cruzó por la mente mientras observaba la línea recta de sus labios apretados. ¿De verdad iba a ser tan fácil ayudar a su hermana y asegurar el futuro de su sobrina, Kelly?

–Necesitaré seguir con mi negocio.

Jafar frunció el ceño.

–¿Tienes más contratos de dama de honor como el de esta boda?

Tiffany no había aceptado ningún contrato para las siguientes seis semanas porque Kelly estaba a punto de terminar la guardería y empezar las vacaciones de verano. Era una oportunidad para darle a Bethany un respiro y estar ahí para Kelly mientras se preparaba para empezar el colegio de las niñas mayores en septiembre.

También era un recordatorio de que ser tía sería seguramente lo más cerca que iba a estar nunca de ser madre, sus sueños de encontrar el amor verdadero y tener un matrimonio feliz quedaban saboteados con el acuerdo de Jafar. Dejaría a un lado su sueño por su hermana y su sobrina porque nunca podría ser feliz sabiendo que había rechazado la única oportunidad que tuvo de arreglarles la vida.

–La siguiente boda está reservada para principios de septiembre, y en algún momento tendré que ir a ver a la novia.

–Te quedarás en Shamsumara los tres meses completos que hemos concretado a menos que yo te acompañe –la dureza de su tono no debería haberla sorprendido, pero lo hizo. Ella le estaba ayudando tanto como él, y tal vez había llegado el momento de recordárselo.

–En ese caso tendrás que hacer justo eso.

–No, eso no es negociable.

Tiffany se levantó de la silla con gesto calmado y digno.

–En ese caso, no podemos llegar a un acuerdo –estaba marcándose un farol y él lo sabía de sobra, pero a Tiffany no le importaba.

–Sé perfectamente que no tienes intención de rechazar este acuerdo –el jeque la atravesó con la mirada y pareció que desenterraba sus secretos más ocultos–. Y aunque aplaudo que honres tus compromisos laborales, insisto en que permanezcas en Shamsumara durante tres meses. A mi primo le tiene que parecer que este matrimonio es de verdad si queremos alcanzar el objetivo.

–¿Y eso qué significa? –una rabia irracional se apoderó de ella, haciéndola estallar–. ¿Que no puedo continuar con mi negocio? ¿Que no puedo volver a Inglaterra y reunirme con mi clienta?

–Significa que puedes continuar con tu negocio pero prefiero que te quedes en Shamsumara. ¿A cuántas bodas más tienes que asistir? –en su tono de voz había una cierta hosquedad, y aquello aumentó todavía más la rabia de Tiffany.

–Tengo más en los próximos meses, pero para entonces nuestro acuerdo de tres meses habrá terminado y no será asunto tuyo.

Jafar alzó una ceja y esbozó una media sonrisa que le provocó un vuelco al corazón. Para disimular su turbación, Tiffany volvió a sentarse y se preguntó si Bethany podría ocupar su lugar y visitar a la clienta.

–Al tratarse de una sola clienta estoy dispuesto a apoyarte –en sus ojos había un brillo travieso y Tiffany se preguntó si estaba jugando con ella, pero aquel no era el momento de comprobarlo.

Necesitaba aquella increíble suma de dinero que Jafar estaba dispuesto a darle si quería que Bethany y Kelly siguieran teniendo un techo sobre sus cabezas. Y tres meses no era demasiado tiempo.

–En ese caso, tenemos un trato –se puso de pie y extendió la mano para estrechar la del jeque y sellar el acuerdo.

Jafar se levantó y la miró. Finalmente le tomó la mano, pero no como ella esperaba. Le sostuvo las yemas de los dedos y se las llevó a los labios sin apartar la mirada de la suya y luego le besó la parte posterior de los dedos.

La chispa de fuego de aquel beso le subió por el brazo y se le aceleró el corazón como si fuera una adolescente. Sintió una gran timidez y bajó las pestañas para dejar fuera la intensidad de su mirada.

–Enviaré mi coche a buscarte el próximo viernes.

Si no supiera que era imposible, Tiffany habría dicho que aquel momento le había afectado a él también. Su voz sonó como un mero susurro, pero sin duda un jeque playboy que podía tener a la mujer que quisiera no podía sentirse afectado por alguien como ella. ¿Tendría alguna idea de su falta de experiencia en aquellas cuestiones?

–¿Es tiempo suficiente para que pongas tus asuntos en orden?

Poner sus asuntos en orden. ¿De verdad podría conseguir aquello alguna vez? Al menos el pago que había aceptado hacer acabaría con la amenaza de embargo de su hermana.

–Sí, totalmente –respondió Tiffany manteniendo un tono profesional y tratando de no pensar en las implicaciones de aquella propuesta. Después de todo no era una proposición de verdad y el suyo no sería un matrimonio auténtico.

–Bien, entonces está hecho. Me acompañarás a París, donde haremos que todo el mundo vea que no solo somos una pareja enamorada, sino que además estamos prometidos y nos vamos a casar.

Aquella confianza en sí mismo estuvo a punto de acabar con la suya, pero se mantuvo en su sitio y guardó la compostura.

–Si en tu país son aceptables los matrimonios de conveniencia, ¿por qué tenemos que hacer eso?

–Porque este no es un acuerdo convencional y no quiero darle a nadie, y menos a mi primo, la oportunidad de ponerlo en duda. Nos haremos pasar por prometidos en París durante una semana. En privado yo te enseñaré todo lo que necesitas saber y te proporcionaré todo lo necesario para tu papel. Después viajaremos a Shamsumara y llegaremos a tiempo para los festejos… y para la

ceremonia de nuestra boda.

–¿Tan pronto? –preguntó ella vacilante.

Jafar la miró fijamente.

–Espero que no te vayas a echar atrás…

–Desde luego que no. Este es un acuerdo que nos permitirá a los dos conseguir lo que queremos. Por el bien de mi hermana y de su hija iré contigo a París, luego a tu país y me convertiré en tu esposa.

Capítulo 3

CINCO días más tarde, Tiffany estaba esperando el coche que Jafar le había dicho que la recogería. Había dejado su vida en orden, al menos todo lo que pudo teniendo en cuenta el acuerdo tan extraño al que había accedido. Intentó no pensar en las implicaciones de casarse con un hombre como Jafar al-Shehri cuando el coche negro de lujo se detuvo en la puerta de la casa de su hermana. Al menos Bethany no estaba allí para intentar convencerla una vez más de que no lo hiciera. Se había ido temprano con Kelly a una excursión de la guardería.

Los juguetes estaban como siempre tirados por todas partes, y sobre la mesita auxiliar descansaba el libro que Bethany estaba leyendo. Tiffany sintió una repentina angustia. No estaría allí cuando su hermana terminara el libro ni vería a su sobrina jugar. Estaría en un país del que apenas sabía nada, casada con un hombre del que sabía menos todavía.

¿Estaba haciendo lo correcto?

–Basta –se regañó en voz alta.

No iba a estar allí para siempre. Solo tres meses. Tenía que hacerlo por Bethany y por Kelly, y no había más opción. Aspiró con fuerza el aire, se dio la vuelta y salió de la casa en dirección al coche que esperaba. Las ventanillas estaban tintadas, así que no podía ver dentro.

Se abrió la puerta del conductor y salió Jafar. El impulso decidido que había sentido un instante atrás se desvaneció cuando sus ojos se encontraron con los suyos. Tenía un aspecto sexy y tremendamente poderoso. El traje negro sobre el que llevaba un abrigo color camel aumentaba su aura de autoridad.

Un estremecimiento le recorrió la espina dorsal. ¿Cómo era posible que el mero hecho de mirar a aquel hombre produjera en ella aquel efecto tan profundo?

–No esperaba verte.

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera evitarlo o

se diera la oportunidad de actuar con tanta calma y control como Jafar. Él se quedó allí quieto de pie al lado del coche.

–Tenemos muchas cosas que hacer cuando lleguemos a París antes de empezar con nuestra actuación –afirmó él.

Tiffany se acercó más al coche cuando él le agarró la maleta y pudo ver la determinación reflejada en sus ojos. Aquella chispa fiera de poder que solo podía tener un hombre en total control de su destino.

«También tiene el control del tuyo y lo tendrá durante los próximos dos años».

–¿Qué cosas? –preguntó ella mientras aquel pensamiento se quedaba en su mente como las cenizas después de un fuego.

Era la primera vez que había pensado más allá de los tres meses que había acordado pasar en su país. Estaba tan obsesionada con ayudar a Bethany que no pensó en lo que sucedería durante el resto de su «matrimonio», y era una de las cosas de las que quería hablar en París.

Jafar le abrió la puerta del copiloto y se quedó mirándola. ¿Sería posible que de pronto pareciera más alto de lo que recordaba, o es que estaba perdiendo el control rápidamente? Todavía podía arrepentirse. Miró hacia la casa a la que se había mudado con Bethany y Kelly unos meses atrás y supo que no lo haría porque quería que siguieran teniendo un techo sobre sus cabezas.

Tiffany vio el recelo en sus ojos y volvió a hablar antes de que él tuviera la oportunidad de decir nada.

–¿Todos los flecos que conlleva un romance tan inesperado?

–Pronto sabrás que, cuando hago algo, lo hago como se debe –Jafar hizo una pausa y se acercó unos centímetros más, de modo que ella captó el exótico aroma de su loción para después del afeitado. Libre y salvaje como el desierto. Mientras ella trataba de detener aquellos pensamientos, Jafar volvió a hablar–. Y hacerte mi esposa no será una excepción.

A Tiffany no se le ocurrió ninguna respuesta a aquello, así que se limitó a meterse en el coche y trató de ignorar la abrumadora sensación de riqueza y lujo que le asaltó los sentidos. Jafar se puso tras el volante y enseguida enfilaron hacia Londres para tomar el vuelo a París. Tiffany miró sin ver la campiña en la que había crecido, tenía la mente centrada en cómo iba a hacer Jafar que su compromiso y posterior boda parecieran reales. Agradeció que empezara a sonar la música de fondo. Hizo un esfuerzo por relajarse con el absurdo acuerdo al que había llegado con aquel hombre. Un hombre que tenía la capacidad de hacerle desear cosas que había

prometido no volver a querer. Hacía que quisiera sentirse deseada e incluso amada.

La completa extensión del contrato que firmaría con el jeque del desierto se hizo aparente más tarde aquel día cuando entró en la suite de uno de los hoteles más prestigiosos de París y se encontró la habitación llena de vestidos de diseño, zapatos, bolsos y todo lo que se suponía que podía desear el tipo de mujer que se esperaba que ella fuera.

–Ahora empiezo a entender lo que me dijiste antes –estaba decidida a disimular su absoluto asombro. No quería que Jafar supiera que estaba regalándole el momento Cenicienta con el que casi todas las chicas soñaban–. Está claro que quieres equiparme al completo.

–Como te he dicho, nos tienen que ver viviendo una aventura apasionada mientras estamos aquí en París y tú tienes que estar en tu papel.

Aquella era la confirmación de que no era en absoluto como el tipo de mujeres con las que Jafar solía estar. Para empezar, no tenía experiencia con hombres como él. ¿Y si se daba cuenta y cancelaba el trato? No podía permitir que eso ocurriera. Tendría que asegurarse de interpretar bien su papel, ser lo que él quería que fuera.

–Mandé que trajeran esto –Jafar hizo un gesto hacia los percheros rodantes llenos de ropa–. Aquí tienes todo lo que necesitas.

Su tono era dulce y las palabras amables, pero no cabía duda respecto a la gélida determinación que había detrás. O a la acusación de que estaba muy lejos de ser adecuada, y aquello le dolió. Por alguna extraña razón le importaba lo que aquel hombre pensara de ella. Ocultó su confusión ante aquella revelación con duras palabras.

–Si soy tan poco apropiada, ¿para qué estamos haciendo esto? –no pudo evitar ponerle a prueba, presionarle hasta el límite.

Tiffany vio cómo apretaba las mandíbulas y la miraba desde el otro lado de aquella suite tan lujosa.

–El acuerdo nos viene bien a los dos. Yo necesito una esposa y tú dinero, parte del cual ya has recibido.

–Haces que suene muy frío –Jafar la miró y ella ocultó una sonrisa de satisfacción por haber logrado agitar un poco su jaula dorada.

–No te estarás poniendo sentimental conmigo, ¿verdad? –se acercó más a ella. Sus pasos quedaron silenciados por la gruesa

moqueta de la habitación. Ahora era Jafar quien la estaba poniendo a prueba.

Podía sentir su presencia invadiéndola, sentir cómo se apoderaba de todo el aire que respiraba.

–En absoluto –alzó la barbilla para mirarse en aquellos ojos fieros y trató de ignorar la sacudida de algo que no supo identificar, pero que resultó tremendamente poderoso y la atravesó como si realmente la hubiera tocado–. Por lo que a mí respecta, esto solo es un contrato más.

–Bien –afirmó Jafar con dureza–. No quiero que te hagas una idea equivocada cuando te lleve a cenar y te sirva vino y actúe como un amante que lo único que desea es seducirte.

Tiffany tragó saliva para no pensar en el miedo y la excitación que la recorrieron al imaginarse a aquel hombre haciendo exactamente eso.

–No eres mi tipo, Jafar. No tienes nada de que preocuparte.

El fuego de su tono de voz provocó un relámpago de deseo que le atravesó. Tiffany Chapelle era todo un reto para él. El reto estaba en seducirla, y en aquel momento era en lo único que podía pensar. Quería tenerla desnuda bajo su cuerpo mientras se retorcía de placer y le suplicaba más.

Llamaron a la puerta de la suite y fue como si le hubieran dado una bofetada. ¿En qué diablos estaba pensando, deseando a aquella mujer? Lo único que tenía que hacer era casarse con ella, hacerla su esposa solo sobre el papel y luego vivir con ella tres meses. Cuando naciera el hijo de su hermana podrían volver cada uno a su vida y divorciarse a los dos años. Si hacía el amor con ella, tanto antes como después de casarse, su acuerdo se convertiría en algo mucho más complicado. Algo de lo que costaría mucho más salir.

–Ven –dijo cuando empezó a recuperar el control de su cuerpo, aunque su mente todavía seguía en la imagen de Tiffany desnuda debajo de su cuerpo. Nunca permitía que las mujeres le calaran tan hondo y estaba absolutamente convencido de que ella no sería diferente. Debía de ser la situación tan extraña en la que se encontraban.

No tenía tiempo para dejarse llevar por semejantes pensamientos ahora. Tenía un trabajo que hacer, y era darle a Tiffany todo lo que necesitaba para representar el papel de su prometida. Daba igual lo que él pensara del matrimonio y lo cerca que había estado en una ocasión de casarse, tenía que asegurarse de que la mujer que había

elegido para el papel de prometida lo pareciera, tanto allí como en el reino de Shamsumara.

–Te presento a *madame* Rousseau –le presentó a la famosa diseñadora y se alegró al ver la expresión de sorpresa que cruzó por el rostro de Tiffany–. Ella te facilitará todo lo que necesites para nuestra semana en París. Y, por supuesto, también el traje de novia.

Tiffany se giró hacia la otra mujer y habló con ella en francés.

–Es un honor para mí, *madame*.

La mujer que había escogido como su prometida se ganó al instante a la diseñadora y Jafar sintió una punzada de admiración. Al parecer, había mucho más en Tiffany Chapelle de lo que pensó en un principio. Una vez más surgió en él aquella necesidad de saber más, de averiguar más, de explorar aquellas aguas desconocidas.

–Será usted la novia más hermosa –la alabó *madame* Rousseau, claramente complacida por poder conversar en su lengua materna–. Y una reina perfecta para Su Majestad.

Jafar se quedó paralizado. Todavía no le había explicado a Tiffany que su papel entrañaría mucho más que ser su prometida, que tendría que asumir la posición de reina durante la duración de su estancia en Shamsumara.

–Sí, será un reina estupenda –Jafar sonrió, consciente de que le estaba observando fijamente.

–Es un papel que pretendo tomarme muy en serio –dijo Tiffany con una sonrisa de oreja a oreja.

Rebosaba confianza, y eso le hizo saber que lo cumpliría a la perfección, También le hizo saber que había aceptado el reto.

–Así que han mantenido su romance en secreto durante los últimos meses –continuó *madame* Rousseau, que al parecer se había creído la historia que Jafar le había contado–. Muy inteligente por su parte.

Madame Rousseau le hizo una señal a Tiffany para que se girara, y al hacerlo su mirada se encontró con la de él y las chispas de rabia de sus ojos resultaron tan poderosas y sexys que Jafar tuvo que controlar el deseo de echar a la diseñadora y besar a Tiffany hasta que le rogara que la hiciera suya.

Dejó a un lado aquel deseo y se sentó mientras Tiffany se iba a probar el primer vestido. Jafar había pedido que fuera sencillo pero elegante para los días de París, pero su mente seguía dirigiéndose al recuerdo de Tiffany aquel domingo por la mañana con el vestido negro y la cazadora de cuero negra.

–Este es perfecto.

La voz de *madame* Rousseau interrumpió sus pensamientos y alzó la vista para mirar a Tiffany con un vestido negro de corte suelto pero increíblemente sexy. Para completar el atuendo tenía un bolsito negro y gafas de sol oscuras. El conjunto destacaba el precioso tono de su cabello y la piel pálida en contraste.

–Estoy de acuerdo –dijo Jafar, disgustado por el tono grave de su voz. Y, si la expresión del rostro de Tiffany quería decir algo, a ella tampoco le gustó.

Mantuvo el control mientras Tiffany desfilaba con varios conjuntos, algunos fueron rechazados, pero con la mayoría estuvo de acuerdo con *madame* Rousseau en que serían perfectos para su cometido como su prometida.

–Hay un vestido más –dijo la diseñadora–. El traje de noche para el evento solidario.

–¿Evento solidario? –preguntó Tiffany mirándole con sus hermosos ojos azules abiertos de par en par como los de un animal asustado.

–Nos han invitado a la cena de una ONG a la que acudirán muchos famosos –Jafar experimentó una punzada de culpabilidad porque Tiffany le pareció de pronto completamente insegura. Pero seguramente se habría mezclado con gente rica y famosa debido a su trabajo, ¿no? Desde luego a él se lo había explicado así, y aquella fue una de las razones por las que había seguido adelante con sus planes: estaba convencido de que a ella no le impresionarían ese tipo de actos.

–Vamos, vamos –dijo la diseñadora.

Y Tiffany se dio la vuelta y volvió a la otra habitación. Jafar escuchó los sonidos de admiración de *madame* Rousseau.

Pero no estaba preparado para el aspecto que tenía Tiffany cuando volvió a entrar con la barbilla levantada en un gesto regio y el pelo recogido en un moño alto. Su pálida piel mostraba la belleza del encaje negro con pedrería negra, pero era la abertura de la parte superior del muslo lo que no podía dejar de mirar. Mostraba una pierna blanca y esbelta estando allí de pie como si hubiera nacido para ser reina. En aquel momento era exactamente lo que Jafar buscaba en una esposa, una esposa de verdad. Era deseable, competente y segura de sí misma.

¿Por qué estaba pensando aquellas cosas?

Apartó aquellos pensamientos de sí.

–Estoy de acuerdo –miró a *madame* Rousseau porque le daba miedo mirar la profundidad azul de los ojos de Tiffany y no poder disimular el crudo deseo que le atravesaba.

Más tarde aquel mismo día, tras haberse arreglado el pelo, las uñas y el maquillaje, Tiffany se puso uno de los vestidos de noche que Jafar había seleccionado. Aquella noche iban a tener una cena romántica en uno de los mejores restaurantes de la ciudad, frecuentado por gente rica y famosa de todo el mundo. La brillante tela verde del vestido resultaba suave y lujosa contra su piel, y no pudo evitar admirarla aunque se sentía como una mujer comprada.

«Eso es exactamente lo que eres». Aquellas palabras se le repetían en la mente. Era la novia comprada del jeque Jafar al-Shehri.

La expresión de Jafar mientras ella estaba ahí de pie esperando su aprobación era fría y distante, y aquello solo sirvió para aumentar su ansiedad. Jafar se había limitado a aprobar las prendas de ropa, asegurándose de que encajaban en los planes que había hecho para el anuncio de su compromiso.

Tiffany se miró la mano izquierda, donde le brillaba el diamante más grande que había visto en su vida. Era rosado y tan poco común que a pesar del modo en que Jafar se lo había dado cuando *madame* Rousseau se marchó, como si se le hubiera ocurrido en el momento, ella se quedó impactada por su belleza.

–Estás perfecta –la voz de Jafar, con cierto tono todavía duro, la hizo regresar al presente–. Perfectamente bella.

Tiffany le miró. Quería devolverle el cumplido, si es que había sido un cumplido. El traje oscuro se ajustaba a su cuerpo alto y atlético, acentuando aquellos músculos que solo podían surgir de un entrenamiento regular. Pero cuando se le acercó más las palabras se le secaron en los labios.

–Ese color destaca tu preciosa melena –Jafar extendió la mano y le acarició un mechón de pelo entre los dedos.

Tiffany contuvo el aliento. ¿De dónde salía aquel poder que tenía sobre ella? Cada terminación nerviosa de su cuerpo se ponía en alerta cuando él estaba cerca.

Debería dar un paso atrás, apartarse de su poder, pero no podía. Algo peligroso se cernía sobre ellos, pero no podía moverse. ¿Qué tenía aquel hombre que la hacía actuar de un modo tan diferente a lo normal? Habitualmente no haría nada que se pareciera ni remotamente al coqueteo. Pero aquello no era coqueteo. Supo instintivamente que se trataba de algo mucho más profundo, más primitivo, y aquello la excitaba y la asustaba al mismo tiempo.

–Las elecciones de *madame* Rousseau son fantásticas –murmuró

Tiffany, que estaba deseando hablar de algo neutro para calmar el acelerado ritmo de su corazón.

–Te lo dije –murmuró él–. Cuando hago algo, lo hago bien. Por eso siempre contrato a *madame* Rousseau cuando estoy en París.

–¿Ah, sí? –la pregunta le salió antes de que pudiera evitarlo. Igual que el dolor de no ser la primera mujer que había desfilado frente a él así, equipada con todo lo necesario para cumplir con sus requisitos.

Sintió el impulso de dar rienda suelta a una rabieta, de dar una patada en el suelo y salir corriendo, pero el recuerdo del rostro de Bethany cuando le dijo lo que iba a hacer calmó su necesidad de salir corriendo, de huir de aquel hombre lo más lejos posible. La esperanza mezclada con el impacto que vio en los ojos de su hermana la convencieron de que estaba haciendo lo correcto, y recordar ahora aquello la reafirmó en su decisión y la ayudó a mantenerse centrada en lo que tenía que hacer.

Jafar la miró a los ojos y se acercó un poco más, y durante un instante ella pensó que iba a besarla. A besarla de verdad. Entreabrió los labios y sintió una oleada de pánico. Quería que la besara. No formaba parte de su acuerdo, pero en aquel momento no le importaban ni el trato ni el dinero. Lo único que le importaba era sentir a aquel hombre en los labios, sentir su aliento mezclado con el suyo, y sobre todo, responder como nunca había respondido con ningún hombre.

Jafar había perdido casi por completo el control. No había salido siquiera de la suite del hotel y lo único que quería era llevarse a Tiffany a la cama. Ninguna mujer había tenido nunca un efecto tan poderoso en él, ni siquiera su amor de la infancia, Niesha. Pero ella nunca había sido fruta prohibida, y de haberlo sido estaría podrida por dentro por su ambición, que se había mostrado a tiempo para evitar que Jafar cometiera el mayor error de su vida casándose con ella.

La familiar punzada de rabia que acompañaba los pensamientos sobre Niesha fue un alivio para la ardiente pasión que le estaba atravesando en aquel momento.

–Deberíamos irnos –dijo con frialdad tragándose la sensación de traición que siempre le surgía cuando pensaba en lo bajo que había caído Niesha casándose con su primo.

–Creo que es lo mejor –el tono de voz de Tiffany no ocultaba la vergüenza por lo que había estado a punto de pasar.

No quedaba duda de que su pálida piel se había sonrojado. ¿Habría querido que la besara? ¿Quería más? Jafar apretó los dientes, decidido a seguir controlado. Lo único que tenía que hacer era recordar por qué Tiffany Chapelle estaba allí con él, por qué había accedido al trato. Su motivación era el dinero y la posición, igual que en el caso de Niesha. ¿Acaso todas las mujeres eran iguales?

La pregunta quedó suspendida sobre él mientras cenaban en el mejor restaurante de París con vistas a la Torre Eiffel, que brillaba como el oro en la noche y luego se iluminaba con brillantes luces durante los primeros cinco minutos de cada hora.

Después de haberlo visto tres veces hasta el momento durante la cena, Jafar pensó que aquel deseo insaciable de besar a Tiffany cesaría… pero no fue así.

Era el momento de hablar de negocios. Tal vez así recordaría que ella no estaba allí para darle placer, sino para garantizar la estabilidad de su reino.

–Cuando lleguemos a Shamsumara habrá festejos. Se celebran una vez al año, pero esta vez serán más grandes de lo normal en honor a tu llegada.

–¿Mi llegada? ¿Por qué?

¿De verdad había pensado que podría ocultarse de su pueblo?

–Eres mi prometida, Tiffany, y mi país está muy revuelto desde la muerte de mi hermano. Tu llegada ha provocado mucha emoción.

Ella abrió los ojos de par en par sorprendida y Jafar tuvo que contener las ganas de sonreír. Era mejor que pensara que era frío y desapegado.

–¿Aunque no sea de tu país? –la duda y la vacilación de su voz resultaban encantadoras.

–Especialmente por eso, y también porque vas a ser mi reina –Jafar notó su recelo.

–¿Y qué se espera de tu reina?

–Habrá momentos en los que tendrán que vernos juntos durante los tres meses que vas a estar en Shamsumara, y eso es lo único que te pediré. Que estés a mi lado y demuestres interés por mi reino y su gente.

–¿Cuál es la mejor manera de hacer eso?

Aquella pregunta despertó en él la esperanza de que pudieran fingir en público que tenían un buen matrimonio.

–Mi consejero principal me informa de que la gente te ve como una nueva esperanza y sugiere que creemos un proyecto al que

puedas dedicar tu tiempo mientras estés en Shamsumara. Un proyecto que puedas considerar propio.

Jafar pensó en la conversación que había tenido con su consejero los días posteriores a que Tiffany y él accedieran al acuerdo. Era la única persona que sabía que su matrimonio era un acuerdo favorable para ambos.

–¿Como qué? –Tiffany frunció el ceño y sus labios formaron un puchero seductor, aunque seguro que ella no era consciente.

–Debe de haber alguna causa que te llegue al corazón.

–Bueno, sí –dijo sintiéndose de pronto muy tímida–. Me gustaría ayudar a las mujeres que tienen que sacar adelante a sus hijos solas.

El hecho de que no tuviera que pensárselo decía mucho de la clase de mujer que era, y Jafar se cuestionó la primera opinión que tuvo sobre ella. Cuando Niesha y él tuvieron una conversación similar muchos años atrás, a ella no le surgió nada al instante. Aquello debió haber bastado para que se diera cuenta de que no era adecuada como princesa y mucho menos como reina.

–Una causa muy loable –Jafar sabía que era la situación de su hermana la que había instigado la sugerencia, pero hizo que la viera de un modo diferente. Tiffany no había aceptado el trato porque fuera a beneficiarla a ella directamente. Lo había aceptado para poder ayudar a su hermana–. Le diré a mi consejero que ponga las cosas en marcha. Podrás hacerte cargo cuando volvamos de la luna de miel.

–No esperaba que fuéramos a ir de luna de miel.

Jafar la vio tragar saliva, vio el movimiento de su garganta y lo que más deseó entonces fue besarla allí y sentir la suavidad de su piel.

–En mi reino es tradición que los novios pasen siete días a solas con la única compañía de ellos mismos tras la boda.

–¡Siete días! –exclamó Tiffany en voz alta. Tanto que algunos comensales giraron la cabeza para mirarles.

–Se espera que estemos solos mientras dure la luna de miel, y después habrá otra fiesta y los invitados llevarán regalos.

Volvió a sentir sus nervios. ¿Por qué no quería estar a solas con él? ¿Habría malinterpretado el deseo que vio en sus ojos?

–Parece todo muy encauzado. ¿De verdad tenemos que cumplir con tanta tradición?

–La tradición viene de la necesidad de asegurar la llegada de un heredero, y como vamos a asumir el papel de amantes que quieren casarse, me temo que hay que seguirla.

Tiffany se reclinó y frunció el ceño.

–¿Y qué pasa con el heredero? ¿De verdad será el hijo de tu hermana aceptado como tal?

Dudaba de lo que le había dicho, y una oleada de rabia se apoderó de él.

–Yo ni siquiera quería reinar en Shamsumara, pero el destino ha decidido que lo haga, y no decepcionaré a mi hermano ni rehuiré mi deber. Sin embargo, ser padre no es algo que haya deseado nunca, y el hijo de mi hermana será aceptado por mi pueblo. Me aseguraré de ello.

–A ver si lo he entendido –Tiffany se inclinó hacia delante. De pronto parecía muy segura de sí misma–. Tenemos que pasar siete días juntos fingiendo que somos unos recién casados. ¿Cómo vamos a hacer eso?

¿Acaso no sentía la creciente tensión sexual que había entre ellos? En aquel momento, Jafar daría cualquier cosa por que Tiffany le deseara tanto como él. Apartó bruscamente de sí aquella idea. No podía convertir a aquella mujer en su esposa de verdad. Si lo hiciera iría en contra de todo en lo que creía, del honor y las tradiciones que acompañaban a la posición de gobernante de Shamsumara, porque se divorciaría de ella. Solo podía hacer aquello sabiendo que nunca consumaría el matrimonio. Sus creencias lo eran todo para él.

Ya estaba metido en un buen lío por el simple hecho de cumplir el acuerdo con Tiffany, pero no podía quedarse de brazos cruzados y permitir que Simdan reclamara su título y su trono. Igual que no podía arrastrar a una mujer a la situación de su reino haciéndole creer que el matrimonio significaba algo para él. Al menos Tiffany era consciente de lo que se esperaba de ella y había firmado un contrato al efecto.

–En palacio hay muchas habitaciones. Tú tendrás tus propios aposentos –Jafar volvió a centrarse en la conversación–. Eso asegurará que puedas marcharte con facilidad cuando haya nacido el hijo de mi hermana.

–¿Y qué le vas a decir a tu pueblo, a tus oficiales? –había un tono acusatorio en su voz.

–Les diré que eras infeliz, que echabas de menos tu país y no estabas a gusto. Solo será una mera formalidad.

–Bien –replicó ella con sequedad–. No tengo intención de poner ninguna traba al final de este matrimonio.

–En ese caso, estamos los dos de acuerdo.

Capítulo 4

DURANTE los seis últimos días, Tiffany había tratado de evitar a Jafar todo lo posible, lo que le resultó más fácil de lo que se había imaginado porque él parecía buscar lo mismo, sobre todo cuando estaban solos. Si habían estado juntos en público y luego volvían a la suite, era tan grande que podía esconderse sin dificultad. Era justo como había esperado que sería cuando estuvieran en Shamsumara, y no como sus recientes sueños, que estaban cargados de imágenes de Jafar en el desierto vestido con una túnica blanca flotando al cálido viento. Se estaba convirtiendo rápidamente en su fantasía y aquello era lo último que necesitaba.

Para contrarrestar aquellos sueños sensuales, durante el día, cuando estaba a solas, pensaba en cómo se estaba aprovechando Jafar de su hermana y su hijo. El hecho de que le hubiera dicho con tranquilidad que el hijo de su hermana sería su heredero hacía que le viera de un modo distinto. Jafar era poderoso y estaba más que preparado para ejercer el poder y conseguir lo que quería. Por muy sexy que apareciera en sus sueños, durante el día era la personificación de todo lo que odiaba en un hombre… aunque envuelto en una apariencia atractiva. Y aquel atractivo era lo que le estaba causando más preocupaciones. Nunca antes se sintió tan atraída hacia un hombre. Se sentía atrapada en una red de deseo de la que no sabía cómo escapar, y no estaba en absoluto preparada para lidiar con un hombre como el jeque de Shamsumara.

Tenía en el dedo el diamante más grande que había visto en su vida, y en su mente seguían resonando las palabras asombradas de Bethany.

«¿Te ha contratado como su prometida? ¿Por qué vas a acceder? ¿Por qué te vas a un país tan lejano? Por favor, no lo hagas… no por nosotras».

Tiffany se había mantenido firme, consciente de que no había otra manera de que Bethany o ella llegaran a encontrar alguna vez suficiente dinero para mantener un techo sobre sus cabezas. Ahora no se trataba solo de Bethany y su hija, sino también de ella. Había

dejado el apartamento de alquiler para ir a vivir con su hermana y ayudarla a pagar la hipoteca. Sirvió para evitar que el lobo siguiera aullando en la puerta, pero no duraría mucho. La oferta de Jafar había llegado en el momento oportuno y no podía dejarla pasar.

Exhaló un suspiro de tristeza al pensar en todo lo que había pasado durante los últimos años y miró hacia la ciudad de París, el brillo de las luces amarillas la envolvía en una sensación irreal. Era un lugar perfecto y hacía muchos años que quería visitarlo, pero si alguien le hubiera dicho que estaría allí prometida a un jeque del desierto y a punto de convertirse en su esposa como parte de un acuerdo le habría dicho que estaba loco.

«¿Te ha contratado como su prometida?».

Las palabras de Bethany volvieron a barrer sus otros pensamientos y Tiffany aspiró con fuerza el aire para tratar de recomponerse. Llevaba puesto un exquisito vestido de encaje negro y se sentía como una princesa por fuera. Pero por dentro estaba hecha un desastre.

–La ciudad está preciosa esta noche, ¿no te parece? –la voz de Jafar detuvo su discurso interior. Se giró para mirarle y lamentó haberlo hecho.

Iba vestido de traje, como de costumbre, pero había algo diferente en él. Tenía un aspecto poderoso y estaba impresionante. El traje negro sobre la camisa color lavanda le hacía parecer mucho más alto, más poderoso.

–Me gustaría poder estar allí arriba –dijo mirando la Torre Eiffel, encendida en la oscuridad–. París es tan bonito que no quiero marcharme.

Tiffany esperaba que despreciara lo que había dicho con alguno de sus irónicos comentarios, algo que había ido en aumento durante toda la semana. Tiffany se preguntaba seriamente cómo iba a poder pasar otra semana encerrada con él después de la boda. Cuanto antes terminara aquella parte del acuerdo, mejor.

–Si te sirve de consuelo, yo tampoco.

Tiffany miró su bello rostro y vio en sus ojos una miríada de emociones que no supo identificar.

–Reconozco que esta semana ha sido dura, pero has demostrado muchas veces que eres más que capaz de ser mi reina. No me cabe la menor duda de que serás perfecta, pero si quieres echarte atrás ahora es el momento. Es la última oportunidad que vas a tener.

–No voy a echarme atrás –Tiffany olvidó las impresionantes vistas, el romanticismo de una ciudad que le hubiera gustado explorar mejor y se puso a la altura del desafío al que se

enfrentaba–. Yo siempre cumplo mis promesas, Jafar.

–Eso es todo lo que necesito saber –dijo él como si estuviera calmando a un animal asustado–. Porque cuando lleguemos mañana a Shamsumara no habrá vuelta atrás.

Jafar se le había acercado, y el cálido aire se cargó con las mismas chispas que Tiffany había tratado de ignorar durante su primera noche en París. La noche en que fue lo bastante tonta como para pensar que iba a besarla. Jafar le había hablado con dulzura entonces, echando abajo sus barreras aunque fuera durante un breve espacio de tiempo.

–¿No teníamos que estar en algún sitio? –Tiffany pasó por delante de él y se apartó de las románticas vistas y del balcón.

–Sí, así es –la voz se endureció de nuevo. El Jafar que había llegado a conocer durante la última semana había regresado. Un hombre controlado, un hombre que no se dejaba llevar por los sentimientos. Entonces, ¿quién era la persona que acababa de asomarse a la superficie? ¿Cuál era el verdadero Jafar?

–Me gustaría terminar con eso de una vez por todas.

Él frunció el ceño al escuchar su comentario.

–Me refiero a lo de estar delante de toda la prensa. Puede que sea normal para ti, pero yo no estoy acostumbrada a ser el centro de atención.

Jafar nunca había visto a tantos fotógrafos peleándose por conseguir la mejor instantánea. Tiffany tenía motivos para preocuparse. El coche se detuvo en la puerta del hotel en la que se había extendido una alfombra roja para los invitados a la cena solidaria a la que llevaba acudiendo años, pero la noticia de su compromiso había corrido como la pólvora y ahora la prensa estaba hambrienta de historias. Tendría que habérselo imaginado. Su fama de playboy unida a su riqueza y las especulaciones sobre qué iba a suceder ahora en su país tras la muerte de su hermano habían despertado interés en todo el mundo.

La cosa iba a empeorar ahora que había presentado a su prometida, sobre todo porque se trataba de una mujer inglesa. Ahora era más importante que nunca mostrar una fachada de amantes deseosos de casarse.

Jafar sintió a Tiffany tensa a su lado, sintió sus reservas y también el miedo. Se preguntó una vez más por qué, si ella le había contado que debido a su trabajo estaba en contacto con gente rica y famosa. Debería al menos estar acostumbrada a la atención de los

medios de comunicación.

Jafar le tomó la mano, sorprendido de lo pequeña que era, y se giró para mirar a la prensa, que parecía más bien una manada de lobos.

–Sé tú misma –se le acercó más y le habló al oído, pero al hacerlo aspiró su aroma a bergamota y palo de rosa. Le hizo pensar en su hogar, y una sensación oriental le invadió los sentidos. ¿Era su perfume habitual o lo había cambiado por uno que Jafar reconocería y ante el que reaccionaría? ¿Sería su intención tentarle, desafiarle?

–¿Y quién va a ser su dama de honor? –gritó uno de los fotógrafos cuando ella levantó la barbilla y sonrió a las cámaras.

–Se sabrá muy pronto –respondió Jafar. Era una conversación que quería mantener con ella aquella noche. Él tenía sus propios planes y quería llevarlos a cabo como parte de un gesto de agradecimiento hacia Tiffany, pero tenía que asegurarse de que ella estuviera de acuerdo con la idea.

Jafar bajó la vista y su mirada se encontró con la de ella. Le sorprendió ver la profundidad de sus ojos. En aquel momento supo que haría todo lo que pudiera para asegurarse de que su hermana y su sobrina ocuparan aquellas posiciones tal y como él había pensado. La chispa de fuego que sintió la primera noche en París volvió a atravesarle y cuando ella entreabrió los labios no pudo contenerse. Tenía que besarla.

Todos los demás sonidos desaparecieron cuando Jafar inclinó la cabeza y, sin encontrar ninguna resistencia en ella, le rozó los labios con los suyos. Lo que no esperaba era escuchar aquel suspiro de placer de Tiffany, ni que ella deslizara a su vez los labios en los suyos como respuesta. ¿Qué estaba intentando hacerle? Cuando pensó que iba a perder la cabeza, el control y la capacidad de pensar, los flashes de las cámaras le cegaron y le devolvieron a la realidad. Se apartó de Tiffany, pero no se le pasó por alto la confusión de su mirada.

Estaba interpretando el papel que él le había asignado. ¿Por qué si no se habría pasado toda la semana evitándole a menos que estuvieran con gente y ahora le besaba así?

–Por fin la novia –dijo un fotógrafo.

–Esta vez no ha sido la dama de honor –dijo otro con acento inglés, dejando claro que lo sabían todo de ella.

Jafar estaba seguro de que Tiffany se asustó un poco, y le entraron ganas de correr hacia el hombre y tirarle la cámara al suelo. La necesidad de proteger a aquella mujer le surgió de un

modo primitivo como nunca antes.

–Ya es suficiente –gruñó mientras se daba la vuelta y guiaba a Tiffany hacia el hotel–. Maldito atajo de lobos.

–No sabía que ser el centro de atención fuera tan intenso –murmuró ella cuando entraron en el refugio del vestíbulo del hotel–. Y lo has empeorado todo al besarme.

La censura del tono de voz quedaba clara, y la imagen que daba con el lujo del hotel de fondo resultaba abrumadora y hermosa, y Jafar no pudo evitar pensar en lo espectacular que estaría con el vestuario oriental que le había preparado para su llegada a palacio.

–Solo ha sido para que no hubiera ninguna duda sobre nuestra relación –¿a quién quería engañar? Lo había hecho porque quiso, no fue capaz de resistirse a la tentación de aquellos labios suaves y carnosos–. Y has cumplido tu parte de maravilla.

–En eso soy como tú, Jafar. Cuando hago algo, lo hago bien.

–Entonces, te sugiero que me tomes del brazo y me acompañes a esta cena en la que ambos podremos representar nuestros papeles a la perfección.

Las siguientes horas transcurrieron lentamente, y en lo único en que Jafar podía pensar era en la mujer que estaba sentada a su lado y en el beso tan corto pero tan potente que se habían dado. Ella le había besado también, había querido seguir igual que Jafar. Lo que hubiera entre ellos era mutuo, igual que la resistencia.

Cada vez que la miraba sentía el deseo de quitarle aquel vestido de encaje tan elegante y dejar al descubierto su pálida piel. ¿Qué aspecto tendría al lado de la oscuridad de la suya? Le surgieron imágenes eróticas como una ola y Jafar se presionó las sienes con los dedos. ¿Qué diablos le estaba pasando? Tal vez debería besarla y sacarse aquello de dentro.

No, un beso solo desataría más fuego y más deseo. De eso no le cabía duda.

–Vámonos –dijo cuando acabaron los discursos. No le importaba lo que fueran a pensar si se marchaban tan pronto. Solo quería estar a solas con ella.

–¿Dónde vamos ahora?

Mientras ella se despedía de la gente de la mesa, Jafar aprovechó la oportunidad e hizo una llamada para poner en marcha un plan para pasar tiempo a solas con Tiffany, darle lo único que ella quería hacer en París pero no pudo. «Solo es un detalle de agradecimiento», se dijo. Pero en el fondo sabía que era mucho

más, igual que llevar a su hermana y a su sobrina a la boda. Quería hacerla feliz.

–Al restaurante de la Torre Eiffel –respondió él guardando el móvil en el bolsillo interior.

–Pero ya hemos cenado –la alarma de su tono de voz le hizo sonreír.

–Quiero enseñarte París, llevarte al único sitio que has dicho que querías visitar. Como agradecimiento. Una vez en mi país estaremos muy ocupados con festejos y celebraciones. Esta noche será para nosotros.

Ella le miró abriendo mucho los ojos. Tenía un aspecto vulnerable y sexy al mismo tiempo, y durante un instante Jafar pensó que se estaba ahogando y que ella era la única mujer que podía salvarle.

–Eso me gustaría.

Su susurro le provocó una chispa de renovado deseo y agradeció que llegara el coche.

Tiffany quería apartar la mirada de la intensidad de sus ojos, pero no pudo. Aunque Jafar no estuviera pegado físicamente a ella, la poderosa atracción que existía entre ellos era demasiado fuerte como para seguir ignorándola… y cada vez resultaba más difícil resistirla.

–A mí también –murmuró él con tono sensual, provocándole estremecimientos en la espalda. Cuando la tomó de la mano y la llevó al coche que esperaba estuvo a punto de soltarse por cómo le quemó su contacto.

¿Aquello no era más que una actuación, como el intenso pero suave beso con el que le había rozado los labios antes? ¿Seguía interpretando el papel de amante atrapado en el torbellino del amor? Tiffany apartó de sí aquellas preguntas, negándose a pensar demasiado. Solo sabía que quería disfrutar de la noche, aprovechar al máximo el romanticismo que de pronto inundaba el aire… fuera real o no.

La sugerencia de Lilly de que tuviera una aventura para superar lo de su ex surgió de nuevo. ¿Podría ser Jafar el hombre que la ayudara a curar sus heridas? Tal vez se debiera a que estaban en París, la ciudad del amor, pero en aquel momento eso era exactamente lo que quería.

El coche de Jafar avanzó por el tráfico parisino y Tiffany centró la atención en la Torre Eiffel cuando se acercaron a ella. Cualquier

cosa con tal de no mirar al hombre que tenía al lado. Dentro del coche había una atmósfera de algo que no le resultaba familiar. El corazón le latió con fuerza. El coche se detuvo por fin y en cuestión de minutos Jafar y ella estaban dentro del ascensor rumbo al restaurante. Pero aquello era peor que el coche, estaban mucho más pegados. Esa vez se fijó en la icónica estructura de metal dorado de la torre cuando subieron más, rezando para que no faltara mucho para llegar al restaurante.

–Pensé que habría más gente –susurró Tiffany maravillada cuando salieron del ascensor. Miró a su alrededor por el restaurante y más allá del ventanal hacia la ciudad de París. Era de una belleza que cortaba la respiración.

–El servicio nocturno casi ha terminado, pero han accedido a servirnos en nuestra noche especial y he conseguido una mesa con la mejor vista.

–No me esperaba esto –dijo Tiffany finalmente con la atención fija en la vista. No quería mirarle a él porque todavía sentía el calor de sus labios en los suyos.

Cuando se sentaron a la mesa con una vista incomparable del Palacio de Chaillot, Tiffany sintió que se dejaba atrapar por la magia del romanticismo. Luchó contra ello, pero resultaba demasiado difícil de resistir. La suave música sonando de fondo, las vistas… pero sobre todo aquel hombre.

–Necesito saber quién quieres que venga a la boda –dijo Jafar de repente, haciendo añicos la ilusión romántica que ella había dejado que creciera en su interior–. ¿Qué te parece que tu hermana y tu sobrina sean tus damas de honor?

¿Se le habría ocurrido aquello por lo que los reporteros les preguntaron al llegar? ¿Vería su asistencia como una manera de validar el matrimonio haciendo que pareciera más real?

–¿De verdad tenemos que involucrarlas? No es una boda auténtica.

–Pensé que te gustaría ver caras amigas.

–O darle a todo el asunto la apariencia de algo más real –no pudo evitar el tono dolido, pero al menos la punzada de dolor era preferible a las ideas románticas que había reemplazado–. Haz lo que quieras. De todos modos, dudo que Bethany venga.

Su hermana le había suplicado que no siguiera adelante con aquella boda, que encontrarían otra manera de salir del lío financiero en el que estaban, así que dudaba que quisiera estar presente.

–¿Y tu mejor amiga?

La pregunta la sorprendió y trató de recordar si le había hablado de Lilly.

–¿Cómo sabes lo de Lilly?

–No sé nada de ella –en su tono había una nota divertida que la confundió. Estaba tratando de estar irritada con él y, con todas aquellas preguntas, Jafar no hacía más que resucitar la idea de que se preocupaba por ella–. Solo sé que todas las mujeres tienen una mejor amiga.

–No se lo he contado a Lilly todavía –sabía muy bien que su amiga lo sabía después de todos los mensajes que había recibido la última semana. Bethany debió de contárselo y le debía a su mejor amiga una llamada para explicarle lo que estaba haciendo y por qué.

–Me gustaría que tus padres también estuvieran. Quiero que te sientas cómoda el día de tu boda, Tiffany… y feliz –se le había suavizado la voz, como si realmente le importara.

Ella recordó el impacto que vio en el rostro de sus padres cuando les dijo que estaba enamorada y que se iba a casar. No había sido capaz de contarles la verdad a ninguno de ellos.

–Estás haciendo una buena actuación –le espetó. Necesitaba cubrir la atracción que amenazaba una vez más con apoderarse de ella.

Jafar le tomó la mano por encima de la mesa. Tiffany debería retirarla, no debería mirarle a los ojos, pero no pudo hacer nada de lo que debería. Estaba de nuevo bajo su hechizo.

–Nada de lo de esta noche ha sido una actuación –había firmeza en su voz, como si él también estuviera luchando contra la creciente atracción que existía entre ellos.

–Pero dijimos que no pasaría nada entre nosotros –la voz de Tiffany sonó como un susurro. Un brillo de satisfacción se reflejó en los ojos de Jafar. ¿Habría caído en su propia trampa? En aquel momento no le importaba.

–También podemos disfrutar del momento tal cual es –Jafar le acariciaba el dorso de la mano con el pulgar, haciéndole imposible pensar.

Tiffany contuvo el aliento.

–¿Y qué momento es este, Jafar?

–El momento en el que un hombre y una mujer que se sienten atraídos el uno por el otro se olvidan de todo lo demás y se limitan a vivir el momento.

Sus románticas palabras sellaron su destino, y Tiffany agradeció que estuvieran en un restaurante, donde solo podían darse la mano

por encima de la mesa.

Jafar la soltó y se puso de pie.

–Vamos a disfrutar al máximo de las impresionantes vistas.

–¿Y qué pasa con los otros comensales?

–Se han ido todos –aseguró él con satisfacción–. Y también el personal. He pagado bien para que podamos disfrutar a solas de este momento en París.

Le tendió la mano y ella se la tomó. Dejó la servilleta encima de la mesa y se puso de pie, pero como Jafar no se movió, se quedó muy cerca de él. Lo bastante cerca como para besarle si tenía el valor.

Tiffany bajó la barbilla y le evitó la mirada, pero con la mano libre él se la volvió a subir y la obligó a mirarle a los ojos.

–Quiero besarte, Tiffany.

Ahora no podía moverse, no podía apartar la mirada. Jafar la había atrapado en su trampa y lo único que deseaba en ese momento era alivio. Un alivio que solo podría llegar al sentir sus labios en los suyos.

–Yo también quiero. Quiero que me beses –susurró con el corazón latiéndole con la fuerza de un tambor.

Jafar deslizó los dedos de la barbilla a la mejilla y se la acarició con el pulgar. Tiffany cerró los ojos ante aquella sensación de fuego y calor que le subió por dentro.

–Eres preciosa –su ronco susurro alimentó todavía más aquel fuego y ella abrió los ojos.

Jafar se acercó más y le deslizó la mano por la nuca, sosteniéndola allí donde quería tenerla.

La respiración de Tiffany era profunda y supo que los senos le subían y bajaban rápidamente a medida que el deseo empezaba a consumirla. Entreabrió los labios cuando Jafar se acercó todavía más con los ojos clavados en los suyos. ¿Debería ella cerrarlos, bloquear la imagen de su mirada ardiendo de pasión?

Los labios de Jafar rozaron los suyos y cerró los ojos mientras se apretaba contra él. Contuvo el aliento cuando su cuerpo hizo contacto con el suyo. Jafar la atrajo con fuerza hacia sí con el brazo libre. Podía sentir los musculosos contornos de su pecho, la fuerza del brazo y la dureza de su erección cuando su cuerpo respondió amoldándose al suyo de un modo que desató el fuego del deseo que confiaba en controlar.

Jafar murmuró algo contra sus labios y Tiffany se hundió más en el deseo que ahora la inundaba. El beso se hizo más duro, más exigente, pero en lugar de retirarse, en lugar de terminar como

sabía que debía hacerlo, le besó a su vez con una fiebre que nunca creyó posible. Jafar la agarró con más fuerza por la nuca, ladeando la cabeza para obligarla a abrir los labios y saquearle la boca con la lengua. Ella gimió de placer.

Y de pronto todo se detuvo de la misma forma que había empezado. Jafar la soltó y Tiffany se tambaleó hacia atrás, agarrándose al respaldo de la silla. La mirada cargada de deseo de Jafar le recorrió el cuerpo como si le estuviera quitando físicamente el vestido de encaje.

–Tal vez deberíamos regresar a nuestra suite –la firmeza de su voz la impresionó. ¿No sentía la misma pasión recorriéndole las venas?–. Para dormir a solas, como dicta la tradición de mi país.

–Creo que dada la naturaleza de nuestro acuerdo es lo mejor que podemos hacer –Tiffany lloraba por él por dentro. Deseaba sus besos y más. Por suerte su cabeza estaba una vez más en control de la situación y aplastaba la pasión que Jafar había despertado con aquel beso, un beso como nunca antes se lo habían dado. Solo había besado a su novio anterior y aquella siempre fue una relación casta, pero lo que acababa de compartir con Jafar resultaba peligroso y salvajemente excitante.

–Como quieras –Jafar se apartó de ella y supo que el momento había pasado, que estaban otra vez en el camino de antes, dos personas con un trato de negocios. Los amantes que habían surgido brevemente habían quedado completamente suprimidos.

Capítulo 5

LA APASIONADA intensidad del beso de la última noche en París pronto quedó eclipsada por la realidad de estar en el reino del desierto de Shamsumara, donde Jafar era respetado por su pueblo. Tiffany sintió una punzada de culpabilidad por mentirles, pero la apartó de sí con decisión. Aquel falso matrimonio nunca fue idea suya, y sí, ella se beneficiaría, pero se trataba principalmente de que Jafar consiguiera lo que quería y evitara que su primo se hiciera con el reino.

El palacio era impresionante, y la luz del atardecer proyectaba una luz dorada por los arcos profusamente decorados mientras cruzaban por ellos. Tiffany siguió a su futuro marido, que caminaba muy deprisa, mientras intentaba al mismo tiempo mirar a su alrededor.

Aquel sería su hogar durante los próximos tres meses. Jafar se detuvo frente a unas puertas ornamentales. Tiffany recordó de pronto que al día siguiente sería su marido y que durante los próximos tres meses se esperaba que vivieran juntos como marido y mujer. Volvió a pensar en el beso de París. ¿Podría pasar aquel tiempo con él y no desear que volviera a besarla?

–Esta será nuestra suite, pero esta noche yo me alojaré en el ala opuesta del palacio como dicta la tradición –el tono de voz aterciopelado seguía siendo evidente a pesar de la autoridad de sus palabras, y Tiffany sintió una oleada de alivio. Agradecía no tener que pasar tiempo a solas con Jafar aquella noche porque su cuerpo ardía por él y sus labios deseaban desesperadamente volver a sentir los suyos.

La noche anterior había sido un error y no podía permitirse que volviera a suceder.

–Por supuesto, no esperaba otra cosa –Tiffany entró en la habitación y se quedó asombrada con la altura de los techos. A través de un arco que tenía forma de llave vio una cama, la más grande que había visto en su vida, envuelta en sedas doradas. Tenía

un dosel con encaje dorado que colgaba por encima y un montón de almohadas y cojines. Era opulenta, lujosa, e iba más allá de cualquier cosa que hubiera podido imaginar.

También definía con exactitud lo que suponía su matrimonio de cara a su reino. A Tiffany le impactó el pesar que la invadió al pensar en ello. Quería estar en aquella cama con Jafar. Quería explorar lo que su cuerpo le reclamaba cada vez que lo tenía cerca.

–El lecho nupcial –dijo Jafar colocándose justo detrás de ella. Y Tiffany se sonrojó debido a sus díscolos pensamientos. Bajó la voz hasta convertirla en un susurro–. Se supone que mañana por la noche debemos compartirla o hacer como si la compartiéramos, pero esta noche puedes disfrutarla tú sola.

–Es preciosa, y el lugar perfecto para que un rey del desierto y su esposa se encierren una semana… si fuera de verdad –tenía que establecer ciertos límites tanto por ella como por Jafar, porque debía recordar que aquel no era un matrimonio de verdad. Era un acuerdo. Jafar le había pagado, y muy bien. Lo que hubiera entre ellos no significaba nada.

–No te engañes pensando que esto no es real, Tiffany. Mañana a estas horas serás mi esposa.

Ella se giró para mirarle y al instante lamentó haberlo hecho. Se le habían oscurecido los ojos, que ahora parecían la profundidad de un bosque a la que no llegaba la luz del sol.

–La ceremonia será real, y también los tres meses que tengo que quedarme aquí, pero nada más. Nuestro matrimonio es un acuerdo, no es otra cosa.

¿Cómo iba a pasar la semana entera en su compañía, en un entorno tan romántico y no desear que la besara… o algo más? La noche anterior había saboreado un paraíso que creyó que solo existía en sueños, la pasión y el deseo que nunca se vio capaz de sentir. Nunca debería haberse dejado llevar por la necesidad de su cuerpo, una necesidad que solo aquel hombre podía saciar. Estaba perdiendo el control a toda velocidad y necesitaba volver a recuperarlo si quería tener alguna posibilidad de sobrevivir a aquella semana, por no hablar de los próximos tres meses.

–Creo que nos entendemos bien –dijo Jafar mientras varias mujeres se deslizaban en silencio por la puerta abierta que tenían detrás–. Han llegado tus damas de compañía, así que te dejo en sus manos. No volverás a estar sola conmigo hasta después de las celebraciones de la boda.

Tiffany le vio marcharse, consciente de las miradas especulativas de las jóvenes. ¿Hablarían su idioma? Se quitó el velo que le habían

pedido que se pusiera al llegar. Estaba en compañía únicamente de mujeres y podía relajarse… al menos un poco.

–Tiene un pelo precioso –le dijo una de las doncellas con gesto sonriente dando un paso adelante–. Me llamo Aaleyah, estamos aquí para servirle. Le hemos preparado un baño y ya está dispuesta la ropa para la fiesta de esta noche.

Tiffany se sintió aliviada al instante, le dio la sensación de que había encontrado una aliada en la joven.

–Me gustaría estar segura de que hago las cosas bien –dijo con voz algo temblorosa–. Espero que me ayudéis.

–Por supuesto –respondió Aaleyah con tono alegre–. Para eso estamos aquí.

Jafar estaba nervioso por Tiffany cuando salió de la suite real. Ahora se alegraba de haber puesto en marcha la idea para que su hermana y su sobrina, su amiga y sus padres asistieran a la boda al día siguiente antes de habérselo siquiera mencionado. Sería una buena sorpresa para ella y al menos tendría rostros familiares alrededor. Habría hecho lo mismo si se hubieran embarcado en un matrimonio de verdad.

La idea de un matrimonio de verdad con Tiffany, o de convertirla realmente en su esposa, le provocó un estremecimiento de placer. Si aquel fuera un matrimonio de verdad, entonces al día siguiente por la noche estarían juntos en el lecho nupcial explorando la pasión que saltaba entre ellos. Una pasión que ella sentía también por mucho que no lo reconociera. Ahora estaba esperando su llegada a la fiesta. Su primera aparición pública. Cuando finalmente entró en la sala de banquetes con el bello rostro contraído por los nervios y un séquito de mujeres a su alrededor, Jafar contuvo el aliento. Estaba impresionante y tenía un aspecto absolutamente regio.

Bajo la negra *abaya* de seda, que llevaba abierta, se adivinaba el vestido plateado que se ajustaba a las curvas de su sensual cuerpo, pero aun así cumplía con la tradición esperada de la novia del jeque en el festín anterior a la boda. Llevaba el precioso cabello castaño recogido en la parte alta de la cabeza y cubierto por una fina seda negra. Jafar se imaginó quitándole el velo y soltándole el pelo para que le cayera por la espalda.

Tenía que hacerse con el control de su libido antes de la noche siguiente. No tenía intención de convertir aquel enlace en un matrimonio real consumándolo, y las palabras de precaución de su

consejero volvieron a él como el viento del desierto.

«No tiene usted elección, Señor. Tiene que seguir casado con la dama inglesa durante dos años. Su capacidad para reinar se pondrá en entredicho si el matrimonio no parece real, y eso sucederá si no se le ve pasando la primera semana de matrimonio a solas con su esposa».

Si se entregaba al deseo que sentía por la mujer que había contratado como su prometida pondría en peligro su honor… y el honor lo era todo para él.

Centró la atención en otra cosa. Nada deseaba menos que le cuestionaran su derecho a reinar en Shamsumara. Si no hubiera sido por los intentos bajo cuerda de su primo para hacerse con el reino tras la muerte de su hermano, nunca habría tenido que buscarse una prometida y hacer lo único que no quería hacer.

Tiffany tomó asiento a su lado cuando Jafar ocupó la plataforma elevada en lo alto de la sala de banquetes.

–¿Qué tal la tarde? –Jafar era consciente de que seguramente nunca antes se había bañado en agua con esencias y que no la habían secado antes de ayudarla a ponerse el vestido. Y al día siguiente habría todavía más rituales. Al día siguiente la prepararían para él, para su placer. Apartó de sí aquel pensamiento, molesto de nuevo por la falta de control mientras su cuerpo se calentaba ante la idea de volver a abrazarla, de besarla. ¿Tan mal estaba desear a la mujer con la que estaba a punto de casarse aunque solo fuera por conveniencia?

–Un poco abrumadora. Empiezo a preguntarme qué hago aquí, si seré capaz de hacerlo –confesó Tiffany.

A Jafar no se le pasó por alto el hecho de que no le miró a los ojos. ¿Era porque estaba tratando de mostrarse sensible con la cultura de su reino o porque confiaba en sí misma tan poco como él? Una parte de Jafar esperaba en que se tratara de lo último.

–Ya es muy tarde para eso –el tono fiero nació de la necesidad de estar completamente en control, algo que, sinceramente, le costaba trabajo cuando tenía a aquella mujer cerca. Sobre todo la noche anterior. El recuerdo de aquel beso, de sus labios en los suyos una segunda vez, puso en peligro su autocontrol. Era un beso que le había parecido muy real, en absoluto fingido como el que se dieron a la llegada a la cena solidaria.

–No tengo ninguna intención de echarme atrás. Necesito el dinero, ¿recuerdas?

Como si necesitara que le recordaran los términos de su acuerdo… de su matrimonio. Irritado por su actitud distante,

aunque seguramente era mejor así, desvió la atención hacia los invitados que acababan de llegar.

La llegada justo a tiempo de su primo Simdan, justo después de Tiffany, resaltó la amenaza que aquel hombre suponía para Shamsumara. Tanto como su esposa, Niesha, y su hijo. Ella era la mujer con la que tendría que haberse casado si su deseo de conseguir un mejor partido que el heredero de repuesto de Shamsumara, lo que Jafar era entonces, no la hubiera llevado a romper su compromiso de toda la vida con él para casarse con Simdan. Había crecido pensando que se casaría con Niesha, pero le parecía estupendo que su primo se quedara con aquella mujer tan maquiavélica. Pensara lo que pensara Simdan, Jafar no iba a consentir que le arrebatara el reino con la misma facilidad que le había quitado a su prometida.

–Bien, porque mi primo y su mujer acaban de llegar. Y como los miembros más cercanos de mi familia aparte de mi hermana, se sentarán aquí con nosotros.

–¿El primo que amenaza con arrebatarte el reino? –ahora que la atención no estaba puesta en ellos, Tiffany le miró directamente a los ojos con expresión atónita.

–El mismo que viste y calza –tuvo el tiempo justo de responder a su pregunta antes de que Simdan se sentara a su lado. Le habló en su propio idioma, y el tono de advertencia de su primo quedó claro. También fue consciente de la fría mirada de curiosidad que le lanzó Niesha a Tiffany. ¿Cómo pudo pensar alguna vez que llegaría a amar a Niesha, que querría pasar el resto de su vida con una mujer así a su lado?

–Simdan, Niesha, permitid que os presente a mi prometida, Tiffany.

Su primo entornó los ojos y miró a Tiffany con hostilidad, pero fueron los ojos cargados de furia de Niesha lo que provocó que le saltaran las alarmas. Se había casado con su primo, y aquel hecho en sí mismo la hacía capaz de todo. ¿Supondría una amenaza para Tiffany o estaba permitiendo que pensamientos irracionales se apoderaran de él?

–Es un honor para mí unirme a tu corte nupcial –dijo Niesha con voz suave.

Jafar se estaba arrepintiendo de permitir la tradición de que los miembros femeninos de la familia atendieran a la novia. Tendría que haber insistido para que Niesha no formara parte de aquello, pero no quería que nada pudiera hacerle presentir a su primo que aquello se trataba de un acuerdo cerrado en un jardín inglés con

una mujer que se ganaba la vida como dama de honor profesional.

–Agradeceré mucho tu ayuda –dijo Tiffany. Y Jafar tuvo la impresión de que ya se había hecho una idea acertada de Niesha.

–Es hora de que los hombres se retiren –miró a Tiffany y volvió a experimentar la sensación de que la estaba abandonando–. Tus damas de compañía se encargarán de ti, y mañana cuando te vuelva a ver será para convertirme en tu esposo.

Tiffany le miró a los ojos cuando Jafar le tomó la mano y la ayudó a incorporarse. El calor de su contacto le produjo un estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo, seguido al instante por la certeza de que al día siguiente su vida cambiaría. Daba igual que su matrimonio no fuera por amor y que fueran a llevar vidas separadas durante tres meses, al día siguiente todo cambiaría… para ella y para Bethany.

–¿Y está todo listo para cumplir mis peticiones?

Mantuvo la voz baja, consciente de que algunos miembros del grupo hablaban bien su idioma. Pero necesitaba hacer referencia al acuerdo. Era lo único que podía recordarle que aquello era un trato que les proporcionaría a los dos lo que necesitaban. Sería demasiado fácil dejarse llevar por el falso mundo del afecto y, peor todavía, el espejismo del deseo. Aunque para ella el deseo fuera muy real. Algo poderoso que amenazaba con consumirla.

–¿Tengo todo lo que he pedido?

Jafar apretó las mandíbulas. Tenía un aspecto magnífico, los ojos le echaban chispas cuando le soltó la mano.

–Todo va según lo acordado.

Tiffany lamentó ahora no haber insistido para que Bethany estuviera con ella al día siguiente. Quería que su hermana le confirmara que Jafar había cumplido con su parte del trato, porque de ninguna manera se iba a unir legalmente en matrimonio a un hombre que la desequilibraba completamente a menos que el dinero hubiera sido transferido. Tenía que mantener el dinero en mente, recordarse por qué estaba allí.

–Bien –la palabra sonó fría y desapegada, y a juzgar por el modo en que Jafar levantó una ceja, él también se había dado cuenta–. Entonces, ¿puedo llamar mañana a Bethany y decirle que todo está arreglado?

–¿Está al tanto de todos los detalles de nuestro acuerdo? –Jafar bajó la voz y entornó la mirada en un gesto receloso. Luego miró a su alrededor para ver si alguien les estaba prestando atención.

–Solo Bethany. Tenía que decirle algo –Tiffany experimentó una sensación de triunfo. Al menos en eso tenía algo de poder.

–Asegúrate de que siga así –el tono casi feroz de Jafar hizo que volviera a centrar su atención en él y le sonrió con dulzura, incómoda al darse cuenta de que Niesha los observaba muy de cerca. No era ninguna idiota. No se le había pasado por alto la tensión subyacente entre el hombre con el que se iba a casar y la bella Niesha.

–Yo hago las cosas bien –afirmó repitiendo sus palabras y sintiendo una vez más una punzada de satisfacción.

–Siento interrumpiros –las palabras de Niesha cortaron el aire como una daga y Tiffany vio cómo Jafar aspiraba con fuerza el aire–. Es hora de que las damas nos vayamos. Tenemos muchos preparativos que hacer para mañana.

Tiffany miró a Jafar en busca de alguna especie de guía o de gesto tranquilizador. La idea de ser abandonada con aquella mujer la inquietaba. ¿Estaba sobreactuando al sentirse amenazada por ella?

–¿No le está permitido a un hombre hacerle regalos a la mujer con la que se va a casar? –había un tono jocoso en su voz, pero Tiffany tuvo la clara impresión de que lo estaba haciendo para Niesha como parte de la representación de la pareja locamente enamorada. Tal vez ni siquiera tuviera una sorpresa para ella.

–Gracias –murmuró Tiffany queriendo escapar de la atracción subyacente que había entre Jafar y ella.

–Entonces te deseo buenas noches –la miró a los ojos como si le estuviera enviando algún mensaje especial, pero… ¿cuál?–. Mañana te estaré esperando.

Tiffany entró en la suite con las últimas palabras de Jafar resonándole en la mente. Niesha y las otras damas la siguieron, al parecer iban a pasar la noche con ella. Estaba cansada de viajar y de luchar contra la cada vez más profunda atracción que sentía por el hombre con el que se iba a casar al día siguiente y no estaba de humor para ningún tipo de sorpresa.

–Estás preciosa, Tiffany. Distinta, pero preciosa.

Al escuchar el sonido de la voz de su hermana se dio la vuelta y la vio no solo a ella, sino también a su sobrina, Kelly, que parecía emocionada por formar parte de la sorpresa que Jafar había preparado para ella. ¿Había hecho eso por ella? Sintió que el corazón se le ablandaba por aquel jeque del desierto que había comprado los siguientes dos años de su vida.

–Oh, Dios mío, ¿cuándo habéis llegado? –corrió para abrazar a

su sobrina y darle vueltas. Luego se detuvo y la miró.

–Pareces una princesa –dijo Kelly maravillada.

–Ahora es una princesa –Bethany se acercó a ella y se abrazaron las tres juntas. Luego dio un paso atrás–. Hay una sorpresa más.

Tiffany miró a su hermana, incapaz de imaginar qué podría ser.

–¿Qué podría ser mejor que mis dos personas favoritas del mundo?

–¿Tu mejor amiga? –la voz de Lilly sonó a su espalda y Tiffany se giró sin soltar todavía a Kelly para mirar a su mejor amiga. Se sintió un poco culpable por no haber respondido a sus mensajes de texto–. He venido para comprobar por mí misma que de verdad querías seguir adelante con esto y por qué.

Lilly se acercó para unirse a ellas con una sonrisa en los labios.

–Por supuesto conozco la supuesta verdadera razón, pero me he dado cuenta de que hay otra también muy válida.

–¿Ah, sí? –Tiffany estaba asombrada. ¿Qué otra razón podía haber aparte de ayudar a Bethany y a Kelly?

–El novio –Lilly miró a Kelly, al parecer estaba buscando las palabras adecuadas– es muy guapo, y además se preocupa por su novia. Él ha preparado todo esto. Nos compró los billetes de avión en secreto para darte una sorpresa. Eso me dice mucho… igual que tu sonrojo.

–No me he sonrojado –se apresuró a decir Tiffany, consciente de que estaba mintiendo.

–Creo que voy a acostar a Kelly –Bethany le tocó el brazo a Tiffany y sonrió–. Vosotras dos tenéis que poneros al día.

–Antes de que te vayas –dijo Tiffany sin saber muy bien cómo preguntarlo–, ¿te ha ingresado todos los fondos?

Bethany le dirigió una mirada aliviada.

–Sí –dijo en un susurro. Luego se dio la vuelta y se marchó llevando en brazos a Kelly, que estaba agotada.

Tiffany vio a su hermana salir y sonrió cuando la niña la saludó con la mano por encima del hombro de su madre, Y supo que pensara lo que pensara Lilly respecto a sus motivos para aceptar aquel acuerdo con el jeque, había hecho lo correcto. Ya había más ligereza en el paso de Bethany, un brillo de esperanza en sus ojos. Jafar había cumplido su parte del trato y ahora ella tenía que cumplir la suya.

–Ahora que tienes a tu hermana y a tu amiga aquí, os dejaremos y regresaremos por la mañana para empezar con los preparativos nupciales –Niesha surgió de entre las sombras de la habitación, sobresaltando a Tiffany. Se había olvidado completamente de las

damas. ¿Habría escuchado Niesha la conversación?

–Sí, gracias –consiguió proyectar calma al hablar, pero no se le pasó por alto la expresión de Niesha y se preguntó qué había habido entre Jafar y ella. O qué había todavía.

Cuando las mujeres del séquito salieron de la habitación, Tiffany miró a Lilly. Había llegado el momento de encarar aquella explicación tan complicada que había estado evitando.

–De acuerdo, princesa árabe –Lilly la tomó del brazo y la llevó hacia el salón de la suite, que daba a las esculpidas dunas de arena durante el día, pero ahora mostraba una oscuridad de terciopelo plagada de estrellas–. Quiero saber todo lo que está pasando. Y cuando digo todo, quiero decir todo.

Cuando Tiffany le hubo contado la historia desde el momento de la última boda en la que fue dama de honor de la novia de Damian Cole, amigo de Jafar, hasta el momento de la cena solidaria en París, se recostó y miró a su amiga.

–A ver si lo entiendo –la expresión de recelo de Lilly era un reflejo de lo que ella sintió cuando le contó casi todo lo que había pasado en las dos últimas semanas–. Te besó delante de las cámaras como parte del acuerdo y me estás diciendo con sinceridad que no sentiste nada.

Tiffany suspiró.

–Así es, y ese es el problema.

–No es ningún problema. El problema es que no te sueltas, no te permites tener un pedacito de él. Esta podría ser la oportunidad perfecta para enterrar el pasado, tener una aventura, demostrar que no necesitas el cuento con final feliz para divertirte.

–Yo no diría que un contrato de matrimonio por dos años sea divertirse –Tiffany se levantó de la silla y empezó a recorrer la habitación. Se detuvo para mirar por la ventana la belleza de la noche.

–¿Estás de broma? –dijo Lilly a su espalda–. Es la excusa perfecta, y Jafar es la persona perfecta para tener una aventura, pasarlo bien y olvidarte de tu ex.

–No lo tengo claro –Tiffany se giró y miró a Lilly, incapaz de seguir ocultando la verdad. Y no era la verdad sobre su falta de experiencia sexual, algo que ni siquiera Lilly sabía, sino la verdad sobre los sentimientos cada vez más profundos y la creciente atracción hacia Jafar.

–Te estás poniendo roja –dijo Lilly acercándose a ella y agarrándola de los brazos para mirarla a la cara–. Te gusta, ¿verdad? ¿Mucho?

–Si me besa como lo hizo después de la fiesta no creo que pueda resistirme.

–Espera un momento. ¿Después de la fiesta?

Tiffany le habló del beso que había desbloqueado todas las emociones que había tratado de ocultar y que al mismo tiempo abrió la puerta a la mujer que quería ser.

–La boda es mañana por la noche –dijo Lilly–. Vas a estar casada con él durante dos años pase lo que pase, así que aprovéchalo al máximo… y también la semana que vas a desaparecer del mundo, algo que por cierto me encantaría hacer con él.

Aprovechar al máximo la semana con Jafar, disfrutar de su compañía, explorar la atracción, era lo que más deseaba Tiffany. Se estaba enamorando de Jafar, de un hombre que había llegado a un acuerdo con ella, la había comprado por una enorme suma de dinero. Pero nada de aquello importaba cuando la miraba con aquellos ojos verdes cargados de deseo. Al día siguiente sería su esposa y, por sorprendente que fuera, tenía que reconocer que deseaba serlo en el auténtico sentido de la palabra.

–Le dije que solo sería un matrimonio sobre el papel,

–Es un hombre de sangre caliente, y tú eres una mujer atractiva.

–Soy la esposa que ha comprado. A la que ha contratado para hacer el trabajo –Tiffany trató de razonar con su amiga, y también consigo misma. Reconocer que deseaba a Jafar, que quería ser su esposa en todos los sentidos, de pronto lo cambiaba todo para ella. Tras la resistencia que había opuesto, ¿ahora quería cambiar las tornas?

Capítulo 6

LOS PREPARATIVOS nupciales a los que Niesha se había referido la noche anterior en el festín fueron mucho más intensos de lo que Tiffany esperaba. Había visto novias a las que acicalaban, pero nunca hasta el extremo en el que había estado ella las últimas doce horas. Ahora estaba sentada con su vestido blanco incrustado de minúsculos diamantes, y un escalofrío de pánico la recorrió. En cualquier momento se abrirían las altas puertas del salón de banquetes de palacio y ella avanzaría hacia el hombre con el que se iba a casar.

Las damas de compañía revolotearon a su alrededor una vez más alisándole el blanco velo prendido al pelo, que llevaba recogido en un intrincado moño encima de la cabeza. Le recolocaron el vestido por última vez. No faltaba ni un detalle, ni siquiera comprobar que la banda de oro y diamantes que llevaba a la cintura estaba bien ajustada.

Tiffany sonrió a Bethany y a Kelly, que se lo estaba pasando en grande jugando a ser princesa, y luego miró a Lilly, que parecía enamorada de los vestidos de dama de honor creados por *madame* Rousseau para ellas.

Jafar le había preguntado por sus padres aquella noche en París, y Tiffany se preguntó cómo trataría con ellos, teniendo en cuenta que llevaban años sin hablarse. Jafar era un hombre que se crecía en los retos, y no le sorprendería ver a sus padres allí. Recordó cómo su padre había intentado convencerla para que no se casara, creyendo que simplemente se precipitaba al matrimonio. Para su padre y su madre aquel era un matrimonio real en todos los sentidos.

–Es la hora –dijo Niesha colocándose a su lado. Y Tiffany no pudo evitar pensar que aquella mujer sabía algo sobre el acuerdo. Siempre tenía aquella expresión de superioridad en su hermoso rostro.

–Sí –Tiffany aspiró con fuerza el aire y trató de tranquilizarse

pensando que todas las novias se ponían nerviosas al pensar en avanzar por el pasillo hacia su futuro marido.

–Falta algo importante –la voz de Niesha se endureció con tono desaprobatorio–. Una sorpresa final de tu futuro marido.

Se dio la vuelta y le hizo un gesto a alguien para que avanzara. El padre de Tiffany. Sintió una oleada de culpabilidad por no haberle contado a nadie más aparte de Bethany y Lilly la verdad sobre aquella boda, pero estaba encantada de verle.

–Así que vas a seguir adelante con esto –el tono de voz de su padre no dejaba lugar a dudas. No había cambiado de opinión. Desde su punto de vista iba a cometer un gran error.

–Sí –Tiffany mantuvo el tono firme. Quería que pensara que aquello era real–. Esto es lo que quiero, papá.

–¿Y nadie te está presionando para hacerlo? –no se imaginaba lo cerca que estaba de la verdad.

–No –ella se rio suavemente con la esperanza de distraerle–. Nadie me está obligando a hacer nada que no quiero.

–En ese caso, tienes mi bendición –su padre sonrió y le ofreció el brazo.

Tiffany miró a Niesha, que les observaba de cerca con los ojos entornados un en gesto receloso. Así que trató de desviar la conversación antes de que profundizaran más.

–Gracias.

–Me han dicho que tu madre también está aquí –su padre apretó los labios, lo que le recordó a Tiffany otra razón por la que no debería querer casarse. Al menos no de verdad. Si sus padres apenas podían portarse civilizadamente tras su divorcio, ¿qué futuro tenían Jafar y ella en tres meses?

–No debemos hacer esperar a Su Majestad –Niesha cortó al instante la conversación–. Nadie hace esperar nunca al rey de Shamsumara.

–Entonces estoy preparada –Tiffany aspiró con fuerza el aire y miró hacia delante, hacia las altas puertas ornamentadas. Detrás de ellas estaban los invitados… y Jafar esperaba.

Las puertas se abrieron despacio y ella se quedó allí de pie mirando la estancia repleta de mujeres con *abayas* negras sobre los coloridos vestidos a un lado y los hombres vestidos con túnicas blancas en el otro. Jafar estaba de pie esperándola sobre un estrado elevado y todos los ojos estaban puestos en ella cuando avanzó hacia él del brazo de su padre. Ella, por su parte, no podía apartar los ojos de Jafar.

Vestido de pies a cabeza en un sutil tono dorado, parecía un

príncipe guerrero. A un lado colgaba una espada y en las hombreras del ropaje, que tenía reminiscencias occidentales, había finas cadenas de oro y diamantes. Cuando Tiffany se acercó más, la fina tela dorada del turbante brilló con la luz sesgada que entraba por los altos ventanales de la sala de banquetes.

¿Aquello era una buena premonición o un mal augurio?

Le falló el paso, pero no pudo apartar la mirada del hombre tan guapo que tenía delante, ahora tan cerca y a la vez tan inalcanzable. Él apretó las mandíbulas y Tiffany reconoció aquel gesto que le había visto muchas veces. ¿Estaría teniendo las mismas dudas que ella?

Jafar sonrió y ella experimentó una oleada de alivio. El corazón le latió con fuerza dentro del pecho y sintió mariposas en el estómago.

Soltó el brazo de su padre y siguió avanzando hacia él cuando llegó a los escalones del estrado. Jafar se le acercó, le tomó la mano y la ayudó a subir. Tiffany escuchó a su lado algunos susurros y se preguntó si debería haber hecho aquello, tocarla antes de estar oficialmente casados.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que Jafar sostenía una única flor. Blanca y larga como una exótica orquídea. Cuando se estaba preguntando por qué, Jafar se la ofreció con una sonrisa. Representaba una vez más tan bien su papel de novio enamorado que Tiffany estuvo a punto de creerse que la sonrisa era real. Tomó la orquídea con la mano libre, contenta de que su exquisito ramo no fuera demasiado grande, y luego la elevó para aspirar su aroma.

–Debes ponerla en tu ramo –le dijo él con dulzura.

Tiffany hizo lo que le decía y la colocó entre las demás flores, muchas de las cuales no había visto nunca antes. Luego volvió a mirarle a él y trató de apartar de sí los nervios que la atravesaban en aquel momento. Detrás de ella estaban Lilly, Bethany y Kelly, y entre los invitados, ahora lo sabía, también se encontraba su madre. ¿Qué tendría ella que decir respecto a aquella boda? Ahora no importaba. Tiffany había llegado demasiado lejos, se había comprometido completamente. Estaba haciendo aquello por su hermana y en aquel momento nada más importaba. Había recibido una enorme suma de dinero por aquellos tres meses.

El consejo de Lilly volvió a surgir en su mente cuando Jafar le sonrió. El corazón volvió a latirle a toda prisa. ¿Debido a la idea de que quería más que el beso que habían compartido en la Torre Eiffel, que ella había establecido que su matrimonio lo sería solo sobre el papel pero no había razón para que no pudiera ser su

esposa de verdad? Podría disfrutar de aquel momento con él sin la preocupación de un compromiso futuro o de falsas promesas.

La idea de ser suya le provocó una oleada de autoconciencia y se sonrojó.

–Ahora podemos casarnos –las palabras de Jafar borraron todos aquellos pensamientos y Tiffany miró hacia las dos butacas ornamentales de oro colocadas al modo medieval en el centro del estrado, mirando hacia los invitados. El canto de un hombre vestido con túnica blanca y cinturón de oro fue la señal oficial que los unía en matrimonio, y cuando se intercambiaran los anillos el acuerdo matrimonial quedaría sellado.

Se convertiría en la esposa de Jafar.

Él la guio hacia las butacas y Tiffany tomó asiento lo mejor que pudo con los voluminosos pliegues de seda blanca incrustada con diamantes. Trató de recordar todo lo que le habían dicho sobre lo que estaba sucediendo en ese momento y vio cómo se servían bebidas a los invitados para que brindaran por los novios.

Entonces Jafar le tomó la mano.

Ahora los anillos.

Tiffany se miró la mano derecha, en la que Niesha le había dicho que se pusiera el anillo de compromiso. Cuando Jafar le quitara el anillo y se lo pusiera en la mano izquierda y ella hiciera lo mismo con la alianza de oro que Jafar tenía en la derecha, estarían casados. Sería una esposa contratada, pero legal.

Jafar tenía los dedos calientes cuando le deslizó el diamante rosa en el dedo y ella alzó la vista. Se dio cuenta al instante de que había sido un error. La chispa volvió a surgir entre ellos, y aquello unido a los recuerdos del beso en la Torre Eiffel le calentaron el cuerpo. Por mucho que intentara apartar la vista, no lo consiguió. Jafar le tomó la mano izquierda sin romper el contacto visual y Tiffany sintió cómo le deslizaba el anillo en el dedo.

Estaba tan cautivada por la intensidad de su mirada que olvidó lo que debía pasar a continuación.

–Ahora tú debes hacer lo mismo –la urgió Jafar en un susurro.

Tiffany se sonrojó y centró la atención en hacer lo que se esperaba de ella. Le tomó la mano derecha y le quitó el anillo del dedo. Alzó la vista para mirarle. La chispa de deseo de sus ojos provocó que se quedara sin respiración y por un momento lo único que pudo hacer fue mirarle.

Le cambió el anillo de mano y parpadeó para tratar de controlar la confusión provocada por el embriagador deseo y la pasión que la agitaba como si fuera un pequeño barco en una tempestad. Existía

la promesa de aguas más tranquilas, de suavidad si era lo bastante valiente como para seguirla. El consejo de Lilly flotó en su mente una vez más y Tiffany tragó saliva para pasar el cóctel de emociones y centrarse en completar el ritual que los uniría en matrimonio.

El hombre de la túnica blanca cantó con más fuerza y los invitados aplaudieron.

–Ahora estamos casados. Eres mi reina.

Jafar utilizó todo su control y permaneció firme contra la poderosa oleada de deseo que rugió en su interior cuando Tiffany le puso el anillo en la mano izquierda, convirtiéndose legalmente en su esposa… su reina. En aquel momento, cuando la miró sin pensar en las demás personas que los rodeaban, quiso besarla, saborear sus labios en los suyos. Quiso sentir la misma pasión acalorada que experimentó en París y en ese momento lamentó no haber insistido en que introdujeran más rituales occidentales en la ceremonia porque entonces habría tenido una excusa para besarla. Pero ahora tendría que esperar a que estuvieran solos en la suite, y tras el beso de la Torre Eiffel, no estaba seguro de querer arriesgarse a besarla. No después de que ella hubiera dejado claro que a pesar de la atracción que había entre ellos no quería tener una relación íntima. Por mucho que quisiera besarla otra vez no podía hacerlo porque Tiffany ponía en peligro su control de un modo que resultaba enervante y emocionante al mismo tiempo.

Ella entreabrió los labios cuando alzó la vista para mirarle, invitándole con aquellos ojos tan azules como el mar llenos de pasión. ¿Recibiría de buen grado un beso suyo? La oscuridad de sus ojos le decía una cosa, pero la tensión de su cuerpo expresaba lo contrario. ¿Se debía a que estaba luchando contra el deseo o a que desearía no estar allí en aquel momento haciendo aquello?

–Ahora estamos casados –Jafar mantuvo el tono firme y apartó de sí el deseo que sentía por dentro y que exigía ser satisfecho–. Las celebraciones continuarán durante unas cuantas horas más y luego la mayoría de los invitados se marcharán y seremos escoltados hasta la suite real, como dicta la tradición de Shamsumara cuando se casa un rey. Nos cerrarán y los guardas se apostarán en las puertas principales de la suite.

–Estuvimos solos una semana en París. Y pudimos con ello –afirmó Tiffany bajando las pestañas. Una sombra de sonrojo le cruzó por las mejillas, haciendo que le destacaran las pecas–. Estoy

segura de que podremos manejarnos en la amplitud de nuestra suite aquí en palacio.

En aquel momento Jafar no pensaba que sería capaz de ignorar su deseo ni aunque Tiffany fuera desterrada a otro país. La deseaba. Su cuerpo anhelaba el suyo de un modo que le hacía hervir la sangre, poniendo a prueba su legendario autocontrol y su sentido del honor. Ella le miró con tanta frialdad que habría dado lo que fuera por encontrar a la mujer apasionada a la que había besado cuando admiraban París desde la Torre Eiffel. Y esa vez quería más que un beso… mucho más.

–¿No te resulta extraño?

–¿Que nos vayan a dejar encerrados? No. Acepto que en tu país se hacen muchas cosas de manera distinta y, después de todo, nadie tiene que saber lo que pasa… o lo que no pasa entre nosotros.

El nivel de ruido de la celebración aumentó y eso le dio la oportunidad de hablar más sin ser escuchado.

–Estar encerrados en nuestra suite con un guardia en la puerta es parte de una tradición muy antigua para asegurar la existencia de un futuro heredero para el reino. La flor que te di es un símbolo de fertilidad y, como parte de la ceremonia, fue bendecida antes de que entraras en el salón. Esa misma tradición es la que dicta que tenemos que estar casados dos años, con eso se asume que el matrimonio será consumado.

–¿Y qué pasa con tu palabra como líder del reino? ¿No sería suficiente con eso?

–Nadie creería lo contrario, Tiffany. Eres una mujer hermosa y yo tengo además una reputación –había un tono divertido en su voz.

–Ah, sí, el príncipe playboy –bromeó ella siguiéndole, complacida por ver surgir a la chica alegre con la que había estado hablando un sábado por la mañana en un jardín inglés.

–Precisamente por eso hemos actuado como amantes desde que se anunció el compromiso. Hemos accedido a dos años, pero solo tendrás que quedarte en Shamsumara tres meses o hasta que nazca el bebé de mi hermana.

–Entonces no hay presión –ella se rio y algo se suavizó dentro de Jafar. Le gustaba su sentido del humor, la manera en la que se enfrentaba con todo lo que le arrojaban. Como había hecho en París, cuando la instruyeron en las muchas tradiciones que debería seguir mientras viviera como su esposa, la reina de Shamsumara.

Detrás de ellos había movimiento cuando se cerró la puerta y echaron la llave. Estaba a solas con su marido y la atracción y el

deseo que Tiffany sentía por él amenazaban todo lo que ella se había prometido a sí misma desde que accedió a ser su esposa de alquiler. La suite nupcial estaba casi sumida en la oscuridad, iluminada con varias velas. Sus llamas parpadeantes creaban un ambiente romántico que se reflejaba en la música oriental que flotaba sutilmente en el aire. El aroma a incienso le daba el toque final.

Aquella era su noche de bodas. La noche en la que siempre había soñado que entregaría su virginidad al hombre con el que pasaría el resto de su vida. Y sin embargo estaba con alguien con quien solo viviría tres meses, aunque eso no cambiaba el deseo que sentía hacia él.

–¿Necesitas ayuda con el vestido? –le preguntó Jafar interrumpiendo sus pensamientos.

–Sería una buena idea si alguna de las damas está disponible. O Lilly –la idea de poder hablar con su amiga le provocó una descarga de emoción. Lilly sabría exactamente qué consejo darle. Podría ser que no fuera lo que Tiffany quería escuchar, pero le diría exactamente lo que pensaba que debería hacer.

Jafar levantó las cejas en un gesto algo burlón.

–Estamos completamente solos, Tiffany. Tendré que servirte yo.

–Oh –Tiffany se movió por la habitación y la seda del vestido se deslizó por el suelo de mármol emitiendo un tenue sonido. Supo que sería incapaz de quitárselo sin ayuda.

El corazón le latió con fuerza. ¿Podría permitirse que se le acercara, que la tocara?

–Tienes mi palabra de que no va a ocurrir nada –la voz de Jafar adquirió un tono aterciopelado–. A menos que tú quieras.

«A menos que tú quieras».

¿Sabría Jafar que aquel era su más profundo y secreto deseo? Quería que sucediera algo. Lo deseaba.

–Solo quiero quitarme el vestido –subió la mano para quitar el broche del velo.

–No. Espera –Jafar cruzó la estancia, acercándose de un modo casi insoportable–. He querido hacer esto desde que subiste al estrado conmigo.

Tiffany contuvo la respiración cuando Jafar levantó las manos y le desprendió el velo del pelo. Sus miradas se encontraron mientras él lo dejaba flotar hasta el suelo. ¿Había imaginado ella el chasquido de la chispa que saltó entre ellos?

–Y esto también –le quitó unas cuantas horquillas del pelo, que le cayó sobre los hombros. La música acompañó su mente hacia un

torbellino de apasionados pensamientos.

Debería apartarse de la tentación que le estaba presentando. Quería que volviera a besarla como había hecho en París. Pero esa vez sabía que no quería que parara. Quería olvidarlo todo por una noche, cada detalle de su acuerdo. ¿Se estaba Jafar entreteniendo y atormentándola o la deseaba tanto como Tiffany a él?

Jafar le sujetó el cabello, centrándose en él, y luego ella se apartó un poco, forzándole a soltarlo. Debería pedirle que le desabrochara la parte de atrás del vestido y luego podría escaparse, ir a esconderse en una de las otras habitaciones de la suite. Escapar lo más lejos que pudiera de la tentación de aquel hombre.

Le dio la espalda.

–¿Puedes desabrocharme el vestido, por favor? –se levantó el pelo con un estremecimiento de emoción. Transcurrieron unos segundos y la tensión del ambiente alcanzó niveles insoportables hasta que por fin Jafar volvió a acercarse. Su contacto fue suave cuando empezó a desabrocharle el primero de los muchos botoncitos de la espalda.

Tiffany respiró más hondo mientras esperaba con la cabeza baja y sosteniendo el pelo contra el cuello. Cuando se abrieron más botones fue creciendo su nerviosismo y el corazón le latió con fuerza cuando le deslizó los dedos por la espalda desnuda.

Jafar se detuvo.

Ella esperó. La emoción del momento era casi insostenible, y luego él continuó con su labor hasta que el corpiño del vestido se aflojó y Tiffany fue consciente de que no tenía sujetador.

–Ya puedo arreglármelas sola –su voz se convirtió en un susurro ronco y no se atrevió a moverse por temor a que los dedos de Jafar volvieran a rozarle la piel. No creía que pudiera tolerar aquello mucho más tiempo. Era una auténtica tortura.

–Todavía hay más –el murmullo de Jafar sirvió para aumentar la sensación de estar cerca de él, de sentir su tacto en la piel o la presión cuando el corpiño se movía cada vez que él desabrochaba otro botoncito.

En aquel momento, Tiffany solo podía pensar en el consejo de Lilly. ¿La rechazaría, la apartaría de sí como había hecho en París si le decía que quería que la besara? ¿O la besaría y podría ser que hiciera incluso más?

–¿Tú también lo sientes? –la pregunta salió de sus labios antes de que pudiera evitarlo.

Jafar volvió a detenerse en su tarea y esa vez sostuvo el corpiño del vestido contra la parte baja de su espalda

–¿El deseo?

–Sí –aquella única palabra sonó ronca, tan llena de emoción que Tiffany apenas reconoció que hubiera salido de sus labios.

–Más de lo que te imaginas.

–¿Estaría muy mal entregarse a él? –los nervios casi le fallaron al hacer aquella pregunta en un susurro–. Esta noche es como una fantasía.

Fue recibida por el silencio, y se alegró de no poder ver la expresión de su rostro. ¿Qué clase de estúpida era? Jafar había estado interpretando el papel de amante todo el rato para que su matrimonio pareciera real. No estaba realmente interesado en ella.

–¿Es eso lo que de verdad quieres? –el tono sensual de su voz le provocó una cascada de estremecimientos.

–Lo siento –se apartó de él y se dirigió a la ventana, desesperada por no mirarle a la cara ni ver el asombro en sus bellas facciones–. No debería haber dicho nada. No estoy acostumbrada a verme en situaciones así.

–¿Te refieres a noches de boda o a seducir a un hombre?

A Tiffany le pareció escuchar un tono burlón en la frase. Se giró con una tímida sonrisa dibujada en los labios.

–A las dos cosas.

–Eso me gusta –Jafar se acercó a ella y se colocó a su lado en la ventana, mirando hacia el cielo de la noche como si encerrara la respuesta a su pregunta.

Tiffany le miró justo cuando se giró hacia ella. No había duda del deseo que le oscurecía la mirada, incluso para una mujer tan inexperta como ella.

–¿Sí?

–Tiffany, debes saber que nada deseo más que hacerte el amor… esta noche. En nuestra noche de bodas. Quiero que esta noche sea real en cada sentido de la palabra.

A ella le latía el corazón con tanta fuerza que tuvo que apoyarse contra el frío mármol de una de las ventanas con arco. Jafar la deseaba. La deseaba de verdad.

–Tienes que saber que… –comenzó a decir, consciente de que tenía que decirle en aquel momento que era virgen. Después de todo, no era su verdadera esposa, y si esperaba experiencia se iba a llevar una desilusión.

–No tengo que saber nada –Jafar atajó sus nerviosas palabras y se le acercó más, atrayéndola hacia sí–. Solo que quieres que te haga el amor, que te convierta en mi esposa de verdad, en mi reina.

–Eso es lo que quiero –sus palabras fueron un suspiro ronco,

pero no esperó a escuchar más porque sus labios reclamaron los suyos en un beso suave y exigente a partes iguales.

El deseo que Tiffany había tratado de ignorar con todas sus fuerzas cobró vida, provocándole un torbellino de calor por el interior del cuerpo. Rodeó el cuello de Jafar con los brazos, apretándose contra la tela de seda dorada de su atuendo de boda, y, cuando él deslizó la mano en la espalda abierta del vestido para acariciarle la piel, Tiffany contuvo el aliento. La besó en el cuello y la pasión creció. Supo que tenía que volver a intentar decirle que no tenía ni idea de qué cabía esperar o qué hacer para complacerle.

–Jafar –jadeó, lo que tuvo el efecto de aumentar su deseo–, Jafar, tengo que decirte algo…

Sus labios le cubrieron la cara de besos antes de volver a sus labios y entonces susurró contra ellos:

–Entonces dímelo, porque dentro de muy poco seré incapaz de procesar nada. Me estás volviendo loco.

–Soy… –comenzó a decir. Pero los besos de Jafar aplastaron sus palabras. Le puso las manos en el pecho y le obligó a mirarla–. Soy virgen, Jafar.

A Jafar le daba vueltas la cabeza. ¿Su esposa, la mujer que quería hacer suya en un apasionado frenesí era virgen? ¿Había oído bien? Aquello debería haber apagado su deseo, calmado la pasión, pero solo la intensificó.

Se estaba entregando, dándole su regalo más preciado a él, y en su noche de bodas… su noche de bodas falsa. Aquello debería cambiarlo todo. No podía arrebatarle la virginidad conscientemente y luego divorciarse de ella a los dos años. Aquel no era un matrimonio convencional, se recordó mientras su sentido del honor se desvanecía en una neblina de deseo. Aquello era un acuerdo. Un contrato que los dos habían aceptado de buena gana. Y aparte de eso, Tiffany se sentía atraída por él como él por ella.

–No soy la clase de hombre que le roba la virginidad a una mujer. No me merezco semejante regalo –su voz se había vuelto áspera, pero la tensión de su cuerpo se relajó cuando ella alzó la vista y le sonrió.

–Es muy caballeroso por tu parte intentar disuadirme, pero no voy a cambiar de opinión. Esta es mi noche de bodas –había una cierta timidez en su voz mezclada con una firme determinación.

Jafar le acarició la cara y una punzada de deseo lo atravesó cuando ella cerró los ojos y suspiró. Era tan hermosa, tan

increíblemente sexy, y el hecho de que ahora quisiera que su matrimonio fuera real, al menos aquella noche, lo llenaba de esperanza. Tal vez el tiempo que fueran a estar juntos resultara mucho más placentero de lo que se había imaginado.

El deseo y la pasión lo tenían cercado y ya no podía seguir soportándolo. Tenía el cuerpo a punto de explotar de deseo por aquella mujer y el hecho de que fuera a ser completamente suya lo intensificaba.

–¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

–Esta noche contigo es todo lo que quiero –Tiffany se acercó a él y le puso los labios en los suyos con dulzura–. Quiero la fantasía de estar contigo, de esta habitación. Todo.

Jafar quería besarla más apasionadamente, exigirle mucho más, pero tenía un deber hacia ella. Quería asegurarse de que su primera experiencia sexual fuera la más placentera que tuviera en su vida y no podría lograrlo si perdía el control ahora.

Capítulo 7

LA DULZURA de los besos de Jafar resultaba tan embriagadora que a Tiffany le dio vueltas la cabeza, dejándola mareada cuando se inclinó contra su cuerpo duro y delgado. No le cabía la menor duda de que estaba haciendo lo correcto. Quería sus besos, sus caricias, que la poseyera totalmente. El deseo que había dentro de ella hacia aquel hombre, su marido, resultaba desgarrador.

Cuando Jafar dejó de besarla, ella le miró y se preguntó si estaba a punto de decirle que no la deseaba, que no le interesaba una mujer sin ninguna experiencia sexual. Le escudriñó los ojos ahora tan oscurecidos en busca de alguna pista de lo que estaba sintiendo.

–Me honra que me hayas elegido como tu primer amante –su voz era tan suave como el traje de novia de seda que ella llevaba puesto y acarició sus sentidos de un modo muy dulce que le tranquilizó los nervios propios de la ocasión–. Quiero hacer que esta noche sea especial para ti.

–Estar aquí contigo en este maravilloso palacio ya es especial –Tiffany miró hacia la enorme cama vestida con seda dorada. La fila de velas creaba la iluminación romántica perfecta para unos novios, mientras que el resto de la habitación permanecía en penumbra. Jafar le tomó la mano sin decir una palabra y la apartó de la ventana y el viento cálido de la noche para guiarla a través del arco que llevaba a la cama. La vastedad del techo en bóveda resultaba abrumadora… ¿o se debía a la enormidad de lo que estaba haciendo? Jafar se giró hacia ella.

–Es tradición que quienes atienden a la novia dejen regalos para que ella los abra después de la ceremonia, y eso es lo que han hecho tu hermana y tu amiga.

La dulzura de su voz no quedó reflejada en sus ojos, donde brillaba la pasión y el deseo que había visto en ellos antes de decirle que era virgen. Jafar señaló la mesa ornamentada que había en una esquina de la habitación.

Tiffany vio varios regalos, todos bien empaquetados con papel

de seda blanco y lazo dorado.

–¿Debería abrirlos ahora?

–Podrías si quieres, pero yo prefiero continuar con la tarea que empecé hace unos momentos –el modo sugerente en que alzó las cejas le produjo un estremecimiento.

Tiffany se acercó a él arrullada por la suave música, la embriagadora esencia del aire cálido de la noche. Todo era perfecto. ¿Cómo no iba a querer aprovechar al máximo el momento?

Jafar la observó atentamente mientras ella le sonreía tímida y luego se giró lentamente esperando que le desabrochara los botones que quedaban, pero esa vez deseaba sentir el roce de sus dedos en la piel.

Tiffany se colocó el pelo suelto por encima del hombro y esperó con creciente anhelo a sentir el corpiño moverse mientras él lidiaba con los botones. Sintió el sensual deslizar de sus dedos por la espina dorsal, haciéndola estremecerse de placer.

–Eres preciosa –aquel susurro ronco estaba cargado de deseo y Tiffany cerró los ojos para notar todavía más aquella cascada de sensaciones que nunca había tenido–. Quiero explorarte entera. Despacio. Muy despacio.

Tiffany se agarró el pelo más fuerte mientras sentía que perdía el control. Su cuerpo virginal se derretía como el paisaje helado de Inglaterra bajo el sol. Sintió que se le acercaba más, su cuerpo en sintonía con cada uno de sus movimientos, anticipando su contacto. El beso que le depositó en el hombro desnudo forzó un gemido de placer de sus labios y Tiffany inclinó la cabeza hacia un lado mientras él le besaba el cuello hacia arriba.

–Quiero mostrarte las maravillas de hacer el amor –le susurró Jafar al oído.

–Muéstramelas –respondió ella con un gemido ronco, preguntándose si aquella voz seductora era realmente suya.

La atrajo hacia sí, apoyando la espalda parcialmente desnuda de Tiffany contra la seda dorada de su túnica nupcial, y sintió la dureza de los diamantes que la adornaban. Se giró para mirarle cuando sus brazos le rodearon la cintura. Entonces los labios de Jafar reclamaron los suyos y ella estiró el cuerpo. Necesitaba profundizar en sus besos, demostrarle cuánto lo deseaba, cuánto deseaba aquello.

Una cascada de palabras duras salió de boca de Jafar cuando dejó de besarla, y Tiffany sintió que el pecho le subía y le bajaba tan deprisa como a ella. ¿Estaba enfadado? Se sintió de pronto insegura.

–¿Algo va mal?

–¿Qué puede ir mal con una mujer como tú entre mis brazos? –la impulsó suavemente hacia delante, la giró y ella estaba a punto de apartarse cuando sintió cómo le desabrochaba los últimos botones del corpiño.

Jafar hizo un esfuerzo por controlar la fiera pasión que lo atravesaba. La necesidad de arrancarle el vestido, llevársela a la cama y hacerla suya era tan intensa que tuvo que concentrarse mucho en aquellos malditos botones. ¿Quién diablos ponía tantos botones en un traje de novia?

–Voy a terminar lo que he empezado –cuando desabrochó los últimos botones se puso de pie y le miró la espalda, deslizando la mirada por aquella columna tan sexy mientras le pedía a su cuerpo que calmara el ritmo.

Le deslizó las manos en el interior del vestido y alrededor de la cintura y sintió que la seda empezaba a apartarse. Con un movimiento lento y firme le masajeó los costados y luego subió por los omóplatos hasta que finalmente apartó los hombros del recatado vestido de novia que no había conseguido ocultar la fabulosa figura de Tiffany.

Ella apretó los brazos contra el cuerpo para dejar que cayeran las mangas a los lados, dejando al descubierto su glorioso cuello desnudo. Jafar jadeaba un poco y aspiró con fuerza el aire para recuperar el control, resistiendo la urgencia de apartarle la seda de las caderas para dejarla más al descubierto.

«Paciencia».

En un intento de hacer las cosas despacio, le deslizó las yemas de los dedos por la espalda. El estremecimiento de placer y el suave suspiro que ella exhaló fueron demasiado, pero mantuvo el control. Lo que hizo fue rodearle la cintura con los brazos y extender las palmas por su vientre desnudo antes de subirlas hacia los senos. Se los acarició agitado por el deseo cuando Tiffany se apoyó contra él gimiendo de placer. Jafar le recorrió la dureza de los pezones con las yemas, inclinando la cabeza para besarla una vez más.

Su aroma, el mismo perfume embriagador que había olido con anterioridad, aumentó su deseo, igual que el sabor de su piel en los labios.

–Jafar –Tiffany susurró su nombre cuando él le besó el cuello sin dejar de acariciarle los pezones.

«Despacio».

La palabra le atravesó y una vez más se apartó de ella, deteniendo brevemente las manos en su cintura antes de bajarle el vestido de seda hasta que le rodeó las piernas como una masa blanca y de relucientes diamantes. Las braguitas blancas que llevaba puestas le acentuaban el respingón trasero.

–Eres preciosa –el tono ronco le advirtió de que corría el peligro de perder el control, de entregarse demasiado rápido a la pasión–. Date la vuelta.

Tiffany se giró despacio con la seda del vestido rodeándole todavía la parte inferior de las piernas. La pureza del blanco le recordó su cuerpo virginal, que estaba esperando ser reclamado… por él. Le tomó la mano y la ayudó a salir del vestido, incapaz de apartar los ojos de sus largas piernas mientras lo hacía.

Sin romper el contacto visual, la sacó de la seda amontonada del vestido y la guio hacia la enorme cama. El sonido de los tacones de sus zapatos sobre el suelo de mármol resultaba deliciosamente erótico. Estaba desnuda aparte de las braguitas blancas y los tacones y resultaba de lo más sexy.

–No sé por dónde empezar con tu túnica –el tono de voz dulce contrastaba completamente con la imagen que proyectaba.

¿Quería desnudarle? La idea volvió loco a su cuerpo y en lo único que pudo pensar fue en tumbarse desnudo con ella, ver su piel pálida junto a la oscuridad de la suya. Jafar se desabrochó los adornos dorados del cuello de su túnica nupcial.

–Es mucho más fácil que quitarte a ti el vestido –bromeó acercándose a ella con la túnica abierta al cuello. Le tendió la tela–. Tira de esto.

Ella tenía los ojos muy abiertos y cargados de deseo, sus preciosos senos subían y bajaban con cada respiración cuando extendió la mano para quitarle la tela dorada, rozándole los dedos con los suyos.

–¿Así?

Tiffany tiró despacio con una sonrisa provocadora y satisfecha en los labios cuando dejó su pecho expuesto. Mantuvo la mirada en su piel. Jafar le señaló el cierre que tenía en la cintura.

–Ahora aquí.

Ella tiró y la túnica dorada serpenteó alrededor de su cuerpo de modo que él también se quedó en ropa interior. A diferencia de Tiffany, él no se quedó de pie entre la seda dorada, sino que le dio una patada para apartarla junto a las sandalias de piel diseñadas especialmente para la boda.

–Ahora estamos igual –Tiffany se mordió el labio inferior y le

miró con timidez bajo las largas pestañas.

–No del todo –Jafar se inclinó hacia los pies de Tiffany y le deslizó las manos por las piernas, las rodillas y los bien formados tobillos–. Hay que quitar esto.

Tiffany levantó el pie y él le quitó un zapato. Lo dejó en el suelo mirándola. Luego, antes de que el deseo se apoderara completamente de él, le soltó el pie y volvió a hacer lo mismo, esa vez tirando el otro zapato a un lado cuando ella empezó a incorporarse, deteniéndose para darle un beso primero en el muslo, luego en el estómago y después hacia arriba, en los senos. Un fuego salvaje se apoderó de él cuando le tomó un pezón con la boca y se lo mordisqueó.

–Oh –Tiffany gritó cuando le presionó los dedos en el pelo y luego se dirigió al otro seno y siguió con el tormento una vez más.

Siguió bajando los besos otra vez y alzó la vista para mirarla, consciente de que no podría seguir soportándolo mucho tiempo más. Estaba perdiendo el control rápidamente. Agarró el fino encaje de las braguitas y tiró de ellas hacia abajo por las piernas, resistiendo el deseo de arrancárselas y llevarla a la cama para cubrir su cuerpo con el suyo. Tiffany salió del fino encaje y él la besó en el muslo moviéndose después hacia arriba, hacia el centro de su feminidad. Allí se quedó mientras besaba la suavidad de su piel. Quería más, quería saborearla.

«Todavía no», se dijo.

Tiffany aspiró con fuerza el aire cuando el calor de Jafar le acarició la piel donde momentos antes había estado el suave encaje blanco de sus braguitas. Estaba allí de pie jadeando, quería algo más que su aliento en la piel. Estaba completamente desnuda y tan increíblemente excitada que apenas podía pensar.

Cuando le temblaron las rodillas, Jafar se incorporó. Estaba tan cerca de ella que el suave vello oscuro de su pecho le rozaba los sensibles pezones. ¿Cómo podía alguien soportar aquello? Era exquisito y una tortura al mismo tiempo. Quería que terminara y al mismo tiempo no quería que acabara jamás.

–Túmbate –le pidió él con los ojos tan oscuros por el deseo que parecían casi negros.

Ella obedeció. Se sentó al borde de la enorme cama y luego se apoyó en los codos, mirándole como si hubiera estado esperando aquel momento con aquel hombre toda su vida.

Jafar no apartó los ojos de ella mientras se quitaba la ropa

interior, quedándose poderosa y maravillosamente desnudo. Tenía la piel aceitunada, la luz de las velas parecía iluminar cada contorno de todos sus músculos. Ella se lo comió con los ojos y deslizó la mirada hasta la largura de su erección.

Se mordió el labio inferior. La punzada de incertidumbre fue rápidamente reemplazada por un creciente deseo en su interior, el deseo de sentirle íntimamente poseyéndola de la manera más natural. Se movió instintivamente hacia atrás en la cama mirándole a los ojos mientras él se le unía.

Jafar la besó sosteniendo el peso de su cuerpo en los codos y ella lo besó a su vez, exigiéndole más cuando le deslizó la lengua en la boca. Una sensación salvaje se apoderó de ella y alzó las caderas, buscando un alivio que sabía que solo él podría darle, el alivio que deseaba con tanta fuerza que ya casi no podía ni pensar.

Una cascada de palabras que Tiffany no entendió salió de su boca cuando dejó de besarla. Parecía fuera de control. ¿Qué acababa de decir? La pregunta se le quedó en la mente cuando Jafar comenzó de nuevo con el tormento del pezón y ella dejó caer la cabeza hacia atrás en la colcha de seda, suspirando y entregándose al placer de sus besos.

Cuando Tiffany pensó que se iba a morir, Jafar subió la boca hacia su cuello dejando que su cuerpo rozara el de ella. Tiffany le rodeó las caderas con las piernas mientras le abrazaba la espalda. Sintió la presión de su erección, pero no era suficiente. Alzó las caderas y jadeó al sentir que la estaba poseyendo despacio.

Se apretó contra él de modo provocativo, atrayéndolo más profundamente hasta que la llenó completamente, y entonces su nombre le surgió en los labios.

–Jafar.

Él la miró, y antes de que pudiera decir algo o detenerse, ella lo besó con fuerza, exigiéndole más.

Captó el gruñido gutural que surgió de él cuando la besó, y ardió en llamas cuando empezó a moverse dentro de ella cada vez más profundamente. Todo se volvió salvaje y Tiffany jadeó en sus labios clavándole las uñas en la espalda. Jafar la penetró con más fuerza, llevándola a unas alturas de placer salvaje que nunca creyó posibles.

–Tiffany –Jafar gruñó su nombre seguido de un torrente de palabras que por supuesto ella no entendió, pero que intensificaron la experiencia, y se aferró a él mientras su cuerpo empezaba a flotar entre las estrellas. Era puro éxtasis, y cuando regresó a la tierra fue consciente del cuerpo de Jafar contra el suyo, sudoroso y caliente.

Las palabras «Te quiero» amenazaron con salir de sus labios, pero se los mordió para retenerlas. Solo era la intensidad del momento. Había perdido la virginidad en brazos de un hombre que le resultaba absolutamente atractivo. No era más que la pasión acalorada del momento. Nunca podría ser nada más.

Jafar se despertó cuando el amanecer extendió sus dedos de suave luz anaranjada por el cielo del desierto. Sentía el cuerpo pesado por los efectos de la noche anterior y recordó con una sonrisa de satisfacción el momento en el que Tiffany le había besado a primera hora y cómo habían disfrutado una vez más de sus cuerpos alentados por la pasión.

Se movió en la amplitud de la cama esperando encontrar el cuerpo desnudo de Tiffany, pero la cama estaba vacía. Se sentó y miró a su alrededor en la habitación casi a oscuras. Las velas se habían apagado hacía tiempo. Tiffany estaba al lado de la mesa vestida con uno de los dos albornoces que les habían preparado y sostenía uno de los regalos que le habían dejado.

–Según nuestra tradición, deberías haberlos abierto anoche –dijo con un tono bromista levantándose de la cama y poniéndose el otro albornoz.

Tiffany se dio la vuelta para mirarle y sonrió. Tenía un aspecto diferente. Una noche en su cama le había dado un brillo especial a su pálida piel, acentuando las pecas que Jafar consideraba tan irresistibles.

–Anoche estaba ocupada con otros asuntos.

Sus osadas palabras le hicieron sonreír, igual que el recuerdo de lo ocupados que habían estado. Cuando llegó a aquel acuerdo con ella nunca esperó que su noche de bodas fuera así. Una noche de pasión como nunca antes había vivido. Nunca.

Se colocó detrás de ella y la atrajo hacia sí. Su cuerpo se despertó de nuevo, exigiendo satisfacción de aquella mujer una vez más.

–Podríamos volver a estar ocupados. De hecho, tenemos toda una semana para entretenernos.

Ella se rio suavemente con un sonido muy sexy, y Jafar le depositó un beso en el cuello.

–Primero tengo que abrir los regalos.

«¿Primero?». A Jafar le gustó cómo sonó aquello, la promesa de llevársela una vez más a la cama. Vio cómo abría el primer regalo, un precioso collar con un colgante de corazón. Le temblaron

ligeramente los esbeltos dedos cuando abrió el corazón y vio dentro una pequeña foto de su hermana y su sobrina.

–¿Quieres que te lo ponga? –Jafar sintió que se ponía un poco triste. Seguramente, estaba pensando en todo lo que había dejado atrás.

–Sí, por favor –su suave susurro fue demasiado para él cuando le tomó el collar y Tiffany se levantó el pelo como había hecho la noche anterior cuando le desabrochó el vestido de novia. Cuando se lo puso, Jafar le deslizó los dedos por el cuello hasta los hombros sintiendo el calor de su piel bajo la seda.

–Abre el otro y luego llamaré para pedir el desayuno –aunque lo que de verdad quería era volver a meterse en la cama con ella.

Tiffany se inclinó hacia delante y agarró el regalo que quedaba en la mesa, tirando del lazo dorado y retirando después el papel blanco para dejar al descubierto una preciosa caja. Jafar le besó el cuello mientras ella abría la caja.

Tiffany contuvo el aliento asombrada, cerró la caja de golpe y se apartó de él, dejándole momentáneamente sorprendido.

–¿No es un regalo adecuado?

Había dejado claro a su amiga y a su hermana que la tradición era dejar regalos para la novia que la ayudaran en su nuevo papel de esposa. El collar era perfecto porque era una conexión con su tierra natal. ¿Qué había en la caja que pudiera disgustarla tanto?

–Es un regalo completamente adecuado. Solo lamento no haberlo abierto anoche.

–¿Qué es? –preguntó Jafar con aspereza.

Tiffany miró la caja que tenía en la mano y luego se la tendió a él con expresión recelosa, como si esperara una explosión de furia en cualquier momento. Jafar se la quitó de la mano, la abrió y maldijo entre dientes en su propio idioma. Dentro había una caja de preservativos con una nota. *¡Que os divirtáis! Xx*

–¿Preservativos? –la palabra salió de boca de Jafar como un disparo y una punzada de miedo lo atravesó. Él nunca se acostaba con ninguna mujer sin utilizar protección. Aunque ella le había dicho que estaba tomando la píldora, él siempre se ponía preservativo. Siempre.

–No pensé que… –Tiffany se quedó sin palabras y se pasó las manos por el pelo con frustración.

Jafar quería estar enfadado con ella y consigo mismo, pero la angustia que ella mostraba hacía que le resultara imposible… sobre todo después de la última noche.

–Es culpa mía. Debería haber sido más responsable. Me dijiste

que eras virgen. Tendría que haberme asegurado de cuidar de ti en todos los sentidos.

Se acercó para estrecharla entre sus brazos y la atrajo hacia sí, aspirando el aroma de su pelo mientras caía en la cuenta de las ramificaciones de lo que podría pasar. La noche anterior podrían haber hecho lo único que Jafar había prometido que nunca haría. Crear una nueva vida.

–Pero… ¿y si estoy embarazada? –murmuró ella.

Jafar cerró los ojos al escuchar aquella palabra, consciente de que si estuvieran en París podrían evitar un embarazo no deseado. Las cosas eran muy distintas en Shamsumara, sobre todo para el jeque y su reina los días posteriores a su boda.

–No hay nada que podamos hacer ahora. Debemos pasar una semana juntos como dicta la tradición. No podemos separarnos bajo ningún concepto.

–Pero un bebé lo cambiaría todo, Jafar –insistió ella con gesto angustiado.

Él aspiró con fuerza el aire, reconociendo en silencio la verdad de lo que acababa de decirle.

–Ha sido solo una noche, Tiffany. Tu primera vez.

No creía ni una palabra de lo que acababa de decir, pero le puso toda la convicción que pudo. La culpa de aquello recaía directamente en él, y, si había alguien que iba a pasarse las siguientes semanas preocupándose, ese era él.

Tiffany trató de tomarse el delicioso desayuno que les habían preparado, y el fragante té tenía un aroma espectacular, pero no se le pasaba la angustia de la noche anterior a pesar de la aparente falta de preocupación de Jafar. Aunque fuera virgen cuando entró en su dormitorio la noche anterior, sabía que solo hacía falta una vez.

¿Habría sido la sutil pero persistente seducción de Jafar parte de un plan mayor? ¿Habría caído en la trampa de creer todo lo que le había contado sobre su situación familiar? ¿Y si el plan había sido seducirla y engendrar el heredero que necesitaba? Y en ese caso, ¿qué pasaría ahora con ella?

–Deberías intentar comer algo –dijo Jafar con firmeza mirándola desde el otro lado de la mesa. El amante de la noche anterior había desaparecido a medida que el sol iba subiendo más en el brillante cielo azul.

–¿Por qué no ha venido tu hermana a nuestra boda? –la

pregunta surgió de ella porque empezaba a tener dudas. ¿Existía de verdad aquella hermana? Y en caso afirmativo, ¿de verdad esperaba el hijo que Jafar necesitaba como heredero?

–El embarazo está muy avanzado, por eso le recomendaron no viajar –Jafar sirvió té en unos vasitos de cristal–. Cuando pase la semana en la que tenemos que cumplir con la tradición de estar solos, iremos a verla.

Tiffany agarró el vasito de té y aspiró el delicado aroma. Le dio un sorbo al dulce líquido. Todavía estaba tratando de decidir si la noche anterior estaba planeada o les pilló a ambos por sorpresa debido a la fuerza del deseo.

–Pero nuestro matrimonio no es real. ¿No va a complicar esto todo?

¿Por qué había dicho aquello? Conocer a su hermana sería la manera perfecta de descubrir si había sido víctima de un extraño plan.

–Tienes razón –afirmó Jafar con ligereza, provocándole más dudas–. Dadas las circunstancias, tal vez sea mejor que vaya yo solo.

Aquello confirmaba que no era más que algo temporal en su vida, algo necesario y nada más. El afecto que estaba empezando a sentir por él no era correspondido en absoluto.

Tiffany tuvo que recordarse aquello cada noche durante la siguiente semana. En cuanto el sol se ponía tras las dunas, Jafar se convertía una vez más en el amante apasionado de la noche de bodas. Y al igual que aquella primera noche, ella era incapaz de resistirse. Jafar la confundía y hacía que cada noche se enamorara más profundamente de él.

En su última noche juntos como recién casados, la pasión fue más poderosa que nunca y su acto amoroso de lo más intenso, pero tal y como habían hecho desde que Tiffany abrió el regalo de Lilly, habían utilizado protección. Aunque aquello no disminuía la preocupación de estar esperando un hijo suyo… un hijo que él aseguraba no desear. Un hijo que lo complicaría todo.

Ahora el sol estaba saliendo, calentando las frías habitaciones de palacio en las que había estado encerrada con aquel hombre durante siete días y siete noches. No sabía qué esperar cuando retomara su vida cotidiana.

–Hoy tengo que volver a mis obligaciones –dijo él como si le hubiera leído el pensamiento. Ella se giró para mirarle. Iba vestido

con una túnica blanca y tenía un aspecto magnífico–. Tú también tendrás tus tareas, y mi consejero te ayudará a conocerlas. Ha estado preparando la organización que sugeriste desde nuestra boda.

No cabía duda del tono distante de voz, ni de la tensión que reflejaba su cuerpo allí de pie, como si estuviera deseando dejarla allí y volver a su vida. Tiffany sintió una punzada de dolor. Acababan de disfrutar de una semana increíble llena de pasión y ahora Jafar le iba a dar la espalda.

–Bien –dijo ella con brevedad–. Me vendrá bien algo que hacer durante las próximas… ¿cuánto queda ahora? ¿Once semanas?

Jafar torció el gesto.

–¿Estás contando las semanas que te faltan para irte?

–Por supuesto –aseguró ella tratando de llenarse de confianza para mostrar la misma actitud despreocupada que él.

Jafar se colocó delante de ella, los ojos le relampagueaban de rabia.

–¿No has encontrado placer en tu primera semana?

«¿Placer?». Había encontrado mucho más que eso. Se había visto atrapada en la red de pasión que Jafar tejía cada noche y ya no sabía cómo iba a ser capaz de volver a dormir sola. Su cuerpo ya anhelaba el suyo, anhelaba su contacto y mucho más.

Jafar miró a Tiffany, que estaba allí de pie con la ropa de seda que él había encargado para su llegada. Llevaba el pañuelo a juego agarrado en la mano, la tirantez de los dedos decía mucho más que sus palabras. Sabía que lo que habían compartido, aquella innegable chispa de atracción sexual, tendría que apagarse. Aquel era el lado práctico de su acuerdo, y el entretenimiento que habían encontrado el uno en el otro tenía que quedar a un lado. Jafar tenía que hacer todo lo posible para evitar que Simdan reclamara el trono, y aquella reclamación podía llegar en cualquier momento hasta que naciera el hijo de su hermana, su heredero,

Dudaba mucho que fuera capaz de resistirse a Tiffany cada noche, pero había que hacerlo. Aquel no era un matrimonio de verdad. Era un acuerdo para salvar su reino y nada más. Ella era la esposa que había alquilado por una considerable suma de dinero. Ni siquiera era una de sus aventuras. Había que dejar a un lado la pasión y el deseo.

«Te llevaste su virginidad».

Aquellas palabras acusadoras surgieron en su mente. No solo

porque nunca tendría que haberlo hecho, sino porque tendría que haberse asegurado de tomar las precauciones necesarias. ¿Cómo era posible que hubiera sido tan inconsciente, si con todas las mujeres con las que tenía relaciones sexuales se mostraba siempre obsesivamente cuidadoso? Tras el ejemplo que había visto de niño entre su frío padre y su frágil madre, prometió que nunca tendría un hijo a menos que naciera del amor. Por supuesto, eso fue cuando era solamente el segundo en la línea de sucesión, antes de heredar el derecho a reinar en Shamsumara tras la trágica muerte de su hermano. ¿Sería suficiente convertir al hijo de su hermana en heredero para mantener a Simdan a raya?

–El placer no formaba parte del acuerdo, Jafar –el tono decidido de Tiffany le apartó de su trágico pasado para volver al presente, a la situación en la que se encontraban.

–Ni tampoco tener un hijo –la expresión dolida de su rostro le sobresaltó–. Perdóname. Eso no venía a cuento.

Jafar trató de tocarla, pero ella dio un paso atrás.

–Espero poder tranquilizarte muy pronto diciéndote que eso no será un problema. Mientras tanto me gustaría dormir sola a partir de ahora.

–Como tú quieras –una profunda sensación de rechazo se apoderó de él. Nunca antes le había dejado tan claro ninguna mujer que ya no le deseaba. Siempre era él quien ponía fin a las historias–. Tengo muchas cosas que me mantendrán lejos de nuestro lecho nupcial, y como te irás después de los tres meses acordados, servirá para verificar la historia de que eras infeliz aquí conmigo.

Capítulo 8

LO ÚLTIMO que Tiffany deseaba era desfilar delante de los invitados reunidos para la ceremonia de los regalos, sobre todo cuando supo que Niesha estaría presente una vez más. Seguía teniendo aquella sensación de que había algo entre Jafar y ella. Y fuera lo que fuera, le daba la sensación de que Niesha pensaba que no había terminado.

Las horas transcurrieron muy despacio, y Tiffany apenas podía recordar lo que había comido o la mitad de los regalos que le hicieron. La mayoría de los invitados se había marchado ya, dejándolos a Jafar y a ella con su consejero y con los que al parecer formaban parte de su equipo de asistencia. También estaban la omnipresente Niesha y Simdan.

La música seguía llenando el enorme salón, y las bailarinas continuaban con su exótica danza. Mientras las miraba, Tiffany fue consciente de la mirada de Niesha fija en ella. La mujer de cabello negro terminó su conversación con otro invitado y se dirigió hacia Tiffany, que estaba sentada sobre unos cojines rojos y dorados. Antes de unirse a ella, Niesha miró hacia el salón y vio a su marido enfrascado en una conversación profunda con Jafar.

Tiffany miró a Jafar y frunció el ceño. La charla parecía acalorada. No es que estuvieran levantando la voz, todo lo contrario. Tiffany veía por su lenguaje corporal que se siseaban el uno al otro como felinos salvajes protegiendo su territorio. Volvió a mirar a Niesha y se dio cuenta de que la otra mujer la observaba.

–Tengo un regalo especial para ti –murmuró Niesha.

Tiffany tuvo la sensación de que le había lanzado una amenaza.

–Muy amable por tu parte. Me siento abrumada por la generosidad de la gente.

Mantuvo un tono de voz neutro. No sería inteligente levantar sospechas ahora. Niesha sonrió y se acomodó a su lado en uno de los cojines. Sacó un regalo bellamente envuelto de entre los pliegues de la *abaya.* Tiffany lo agarró con manos temblorosas. Lo abrió y

quedó al descubierto una especie de llave hecha de oro con joyas engarzadas. No tenía ni idea de qué podía representar.

–Es la representación del amor –a Niesha no se le reflejó la sonrisa en los ojos. En sus oscuras profundidades solo se distinguía una fría malicia, y Tiffany empezó a temer que hubiera escuchado la conversación con Bethany la víspera de la boda. ¿Por eso le daba ahora aquel regalo, para demostrar que sabía que Jafar la había contratado como esposa?

–Es precioso –el oro resultaba frío al tacto, aunque no tanto como la expresión de Niesha o su tono gélido. Tiffany sospechaba que hubo algo entre aquella mujer y el hombre que ahora era su marido, y en cierto modo aquel regalo lo confirmaba aunque no sabía por qué.

–Es lo que me hubiera gustado a mí –Niesha dejó que aquellas palabras cargadas de amenaza flotaran entre ellas, y la música que seguía sonando de fondo de pronto le pareció muy alta–. Si yo hubiera sido la esposa de Jafar.

Ahí estaba. Niesha y Jafar habían sido amantes, a juzgar por el veneno de las palabras de Niesha todavía seguía enamorada de él. Tiffany dirigió la mirada hacia su marido y su primo, que se habían apartado de los invitados y estaban bajo el arco que llevaba a los jardines de palacio. No cabía duda de la hostilidad que había entre ambos.

–¿El regalo del amor? –Tiffany disparó aquella pregunta por la necesidad de protegerse, de ocupar su sitio.

Niesha se rio. Fue como el sonido del hielo partiéndose en un lago invernal.

–El amor no es algo que Jafar le entregará nunca a ninguna mujer. A mí me lo dejó muy claro, y seguro que a ti también.

Tiffany recordó lo que había deseado decir en su noche de bodas en el momento de pasión, y estaba eternamente agradecida de haberse mordido la lengua.

¿Qué habría pasado si le hubiera dicho que le quería? Habría sido demasiado tarde para cambiar el error que ambos habían cometido, un error del que todavía no conocían las consecuencias. Tragó saliva agobiada. No podía estar embarazada, no podía ser.

El miedo a lo que pudiera pasar se cernió sobre ella como una nube de tormenta lista para estallar, y sintió una vez más el escrutinio de Niesha. Lo último que necesitaba era que viera cuánto la había desestabilizado su regalo.

–Te doy las gracias por el regalo y espero que traiga todo lo que debe –mantuvo un tono ligero mientras miraba a Jafar, que eligió

aquel momento para mirarla desde el otro lado del salón. Incluso a pesar de la distancia, sintió que se le calentaba el cuerpo y aspiró con fuerza el aire para tratar de mantener las emociones bajo control.

Jafar no podía estar más furioso cuando Simdan insistió en hablar con él sobre su reclamación al trono de Shamsumara y le apartó de todo el mundo para hablar a solas con él. Fue consciente de la conversación entre Tiffany y Niesha, vio que le dio un regalo. No sabía de qué se trataba, pero conociendo a Niesha sería algo que la hiciera sentirse superior a Tiffany.

Su primo quería reinar en Shamsumara y seguía pensando que tenía derecho al trono. Jafar solo podía esperar que todo lo que había hecho sirviera para contener aquella amenaza. Su matrimonio con Tiffany debía servir para contener a aquel hombre hasta que naciera su heredero.

–No tienes derecho a nada, Simdan –le espetó con frialdad–. El hijo de mi hermana será el heredero que exigen nuestras leyes para que yo reine y mi nuevo estatus marital satisface todas las condiciones necesarias para el rey de Shamsumara.

–¿Por qué necesitas nombrar heredero al hijo de tu hermana? –le preguntó Simdan con los ojos echando chispas de rabia.

–Tras la inesperada muerte de mi hermano, quiero asegurarme de que el reino tenga un sucesor digno –miró al hombre que despreciaba, más seguro que nunca de que tenía algo que ver con el accidente que le había arrebatado la vida a su hermano y a su esposa. Resultaba muy sospechoso que hubiera lanzado la amenaza de reinar en Shamsumara a los pocos días de la muerte de su hermano. Poco antes se había casado con Niesha, la mujer más calculadora que Jafar había tenido la desgracia de conocer.

–¿Y qué pasa con tu encantadora esposa? –preguntó Simdan con tono claramente amenazador–. ¿No te dará ella un heredero?

Jafar tuvo la sensación de que su primo estaba jugando con él, que creía tener ventaja.

–Hace solo una semana que nos casamos. Es demasiado pronto para saber si de nuestra unión ha surgido un heredero.

No se podía creer que le estuviera diciendo aquellas palabras nada menos que a Simdan. ¿Qué iba a hacer si Tiffany esperaba un hijo suyo? Nunca quiso ser padre, no después de la indiferencia que había sentido por parte de su padre mientras que su hermano, un año mayor que él, disfrutaba de su total aprobación. Nunca había

querido verse en aquella posición, pero ahora parecía una posibilidad real.

–¿Habéis consumado el matrimonio? –la mueca de Simdan le heló la sangre en las venas–. ¿Has conseguido más de tu esposa contratada de lo acordado?

Jafar apretó los puños para no lanzarse contra Simdan y agarrarlo por la túnica. La falta de respeto que mostraba hacia Tiffany estaba fuera de lugar, pero fue la necesidad de proteger a la mujer con la que se había casado lo que le alarmó por encima de todo.

–No sé de qué estás hablando.

Simdan se cruzó de brazos y alzó la barbilla en un gesto de exhibición de poder digno de un pavo real.

–Aprovecha al máximo tus días como rey, primo, porque están contados. Demostraré que tu matrimonio es una farsa.

–Si me disculpas, tengo un regalo que hacerle a mi esposa –miró hacia Tiffany, que estaba enfrascada en su propia conversación con Niesha. Un escalofrío de alarma le recorrió la espina dorsal. Si Simdan le acababa de amenazar, sin duda Niesha estaría haciendo lo mismo con su esposa.

«Su esposa».

Era la segunda vez en pocos segundos que pensaba en ella en aquellos términos. No como Tiffany la esposa alquilada, sino como su esposa. La semana que había pasado a solas con ella debía de haberle suavizado. Eso tendría que cambiar si quería conservar su posición como gobernante. Nunca sucumbiría a emociones tan peligrosas como el afecto y mucho menos al amor. El deseo y la lujuria eran lo único que necesitaba.

–Estoy intrigado –dijo Simdan a su lado mirando a Tiffany–. ¿Qué regalo se le puede hacer a una esposa que se marchará dentro de unos meses?

Jafar sintió una punzada de culpabilidad. El regalo que quería hacerle despejaría cualquier duda sobre si su matrimonio era real o no, y aquella era precisamente la intención.

–Sé lo que estás haciendo, Simdan –Jafar pronunció fríamente aquellas palabras sin mirar a su primo–. No podrás arrebatarme el trono por muy disparatada que sea la historia que te inventes.

Se alejó de allí escuchando la cruel risa de Simdan, pero en aquel momento tenía otros asuntos de los que preocuparse. No sabía qué tramaba Niesha, pero tenía que atajarlo. Tiffany no se merecía estar en la línea de fuego de sus problemas.

Cuando Jafar avanzó por el suelo de mármol hacia ella, Tiffany no pudo evitar experimentar una sensación de fatalidad. El aire se había vuelto denso y los pocos invitados que quedaban se echaron atrás para dejarle pasar. Parecía que se estaba preparando una tormenta.

–Tengo un último regalo para mi esposa –exclamó para que todo el mundo pudiera oírle. Alzó la mano para hacer una señal. Se abrió la puerta y reveló a Aaleyah y al perro más bonito que Tiffany había visto en su vida.

Entonces se dio cuenta de lo que pasaba. El perro era para ella. Aaleyah sonrió y le pasó la correa, y aunque no quería hacerlo, Tiffany la agarró y acarició la suave cabeza del animal. Era un perro alto y delgado con pelo de color canela y los ojos más dulces que había visto en su vida. Los ojos de un amigo de verdad.

–No puedo tener un perro –miró a Jafar implorándole que lo entendiera. No estaría allí el tiempo suficiente. No era justo para el perro.

–Es una tradición que inició mi abuelo y la tengo que mantener. Es un regalo para mostrar mi compromiso con mi esposa.

Tiffany no pudo hacer nada más que aceptar el regalo, todo el mundo tenía la atención puesta en ella. En el contrato que había firmado había una cláusula que decía que, si revelaba la verdad sobre su matrimonio, el acuerdo quedaría sin vigencia. Se llevaría todo lo que le había dado a Bethany, y no podía permitir que aquello ocurriera.

La entrega del regalo fue al parecer la señal para que todo el mundo se marchara, y tras un día entero sonriendo y fingiendo, se quedó una vez más a solas con Jafar y ahora con el perro, que se le había sentado a los pies como si se conocieran desde hacía años.

–Se llama Leah –dijo Jafar mirando al animal–. Es una hembra.

–No puedo quedármela, Jafar –Tiffany le miró–. ¿Qué pasará cuando me vaya? No es justo para ella.

–Por eso he optado por una perra adulta y no un cachorro que crearía un vínculo contigo –su explicación no ayudaba. El corazón se le rompió en mil pedazos. ¿Era por la idea de que la perra no la echaría de menos porque Jafar estuviera planeando su marcha?

–No tendrías que haberla traído.

–Es la tradición. Y quiero continuarla. Mi abuelo le regaló un saluki a mi abuela.

Tiffany se incorporó bruscamente, haciendo que la perra la mirara con gesto interrogante.

–Si la tradición es tan importante y forma parte de nuestro acuerdo, creo que deberías contarme mucho más de lo que me dijiste en Inglaterra.

–No hay nada más que necesites saber.

–Si tengo que seguir aceptando regalos de fertilidad y símbolos de amor, creo que debería saber lo que está pasando. Tengo que saber la verdad de lo que sucede entre tu primo y tú.

Jafar suspiró.

–De acuerdo, pero aquí no.

Jafar sabía ahora más que nunca que le debía a Tiffany la historia completa. Se había convertido en su esposa en todo el sentido de la palabra, y se merecía saberlo todo mientras su acuerdo siguiera vigente.

La tomó de la mano y la llevó a los jardines reales privados, consciente de que Leah ya seguía a su nueva dueña. Deberían tener aquella conversación en completa intimidad, pero no estaba seguro de ser capaz de controlar el deseo que todavía sentía por ella, un deseo que debía haberse saciado hacía mucho tiempo, pero estaba claro que no era así.

–Esto es precioso –la voz de Tiffany sonó como un susurro de seda y Jafar apretó los puños. Tenía que luchar contra aquel deseo si quería tener alguna oportunidad de conseguir el propósito original de su acuerdo.

–Aquí es donde vengo siempre a relajarme –dijo acercándose a los altos arcos que llevaban al frondoso invernadero.

–Yo no estoy aquí para relajarme –afirmó Tiffany siguiéndole con Leah–. Tengo que saber qué significa todo esto, este deseo de conservar el reino.

–Ven a sentarte –le pidió, sonriendo al ver cómo alzaba la barbilla en un gesto desafiante antes de unirse a él en el despliegue de coloridos cojines. Estaba a punto de abrirse a una mujer, de compartir su historia con ella, algo que no había hecho nunca antes. Pero Tiffany le había entregado algo mucho más precioso, y se lo debía.

–¿Qué le pasó a tu hermano?

La pregunta le llegó directamente a su torturado corazón, abriendo de golpe la puerta que había intentado mantener cerrada. Sintió de nuevo todo el dolor. Se negó a sentirlo y centró la atención en la mujer con la que se había casado como parte de un acuerdo.

Miró su rostro, la expresión sincera de sus ojos azules, y trató de enfrentarse al recuerdo del día que se enteró de que su hermano y su cuñada habían perdido la vida.

–Malek era piloto, y su esposa y él regresaban a su país cuando una tormenta de arena los hizo caer.

–Eso es muy triste –Tiffany bajó la cabeza, y él no dijo nada sobre la participación de Simdan, cómo no le había contado a nadie lo sucedido aunque se enteró del accidente. Si los hubieran encontrado antes, tal vez nada de todo aquello estaría sucediendo. Pero entonces Tiffany no habría aparecido nunca en su vida. No habría sabido lo que era el placer de hacerla su esposa de verdad.

No podía pensar así. Aquel era un camino peligroso.

–Iban a contarles a los padres de ella que iban a ser abuelos. Su hijo habría confirmado el reinado de Malek y el futuro de Shamsumara.

Tiffany contuvo el aliento y le miró.

–¿Por eso necesitas nombrar un heredero, para asegurar el futuro de tu reino?

–En parte sí, pero también porque ahora Simdan tiene un hijo y podría reclamar mi título si yo hubiera seguido soltero. Aunque ahora estoy casado, esa reclamación sigue siendo factible porque no tengo heredero. Dentro de tres meses lo tendré y ya no podrá hacer nada.

No le iba a decir nada sobre la delicada situación en la que estaban ahora tras la noche de bodas. No quería angustiarla todavía más. Confiaba sinceramente en que no estuviera embarazada, no quería ser responsable de un niño que algún día tendría que seguir sus pasos y convertirse en rey de Shamsumara. Jafar sabía muy bien lo que era crecer con aquel legado. Si él lo había sentido siendo el segundo en la sucesión al trono, ¿cómo lo habría vivido su hermano?

–Y, si yo me quedo aquí tres meses, eso asegurará que tu primo no pueda hacer nada para reclamar el trono.

–Exacto, pero lo importante es que mi pueblo y mis consejeros crean que el matrimonio es real. Deben pensar que tu intención es seguir siendo mi esposa. Por eso te he regalado a Leah, para añadir credibilidad a nuestra unión.

–Hay algo más que necesito saber.

Jafar sintió la angustia de Tiffany.

–¿De qué se trata?

–¿Qué hay entre Niesha y tú?

La pregunta tocó nervio, y volvió a experimentar la sensación de

rechazo que sintió cuando Niesha le dejó a cambio de una opción mejor.

–Niesha y yo nos prometimos cuando éramos niños, como es costumbre en Shamsumara. Yo era el hijo pequeño y por lo tanto tenía libertad para crear mis propios negocios en lugar de reinar en el país. Eso no era bastante para ella y enseguida se prometió a mi primo cuando se convirtió en rey de Mirtiesa hace dos años.

–¿No hay más historia entre vosotros?

Jafar se dio cuenta por su tono de voz de que había captado la tensión que había entre ellos, una tensión causada por un único momento de debilidad, cuando besó a Niesha poco después de la muerte de su hermano. Ella le había consolado, volvió a ser la chica dulce que conocía y en un momento de debilidad la tomó entre sus brazos y la besó. Niesha respondió al beso, pero el sentido del deber de Jafar surgió entonces como un caballo desbocado. La apartó de sí y la sonrisa de Niesha le hizo saber que no sentía ningún deseo hacia él, había estado jugando para ver hasta dónde era capaz de alejarle de su deber.

Aquel beso con Niesha no se parecía en absoluto a los besos que había compartido con Tiffany allí en palacio o en París. Sus besos estaban cargados de deseo auténtico y pasión.

–No, no hay ninguna historia más aparte de que nuestras familias nos prometieran de pequeños –no tenía sentido darle más importancia a un beso que no había significado nada, un beso que no debió haber ocurrido.

–Entonces, ¿no la quieres?

–El amor es un sentimiento que no necesito, Tiffany. Debilita a los hombres y les distrae de la vida. Mi hermano amaba a su esposa –la expresión de asombro de Tiffany le hizo saber que a pesar de lo que dijo en la boda de Damian, también quería amor y el fueron felices para siempre. Tenía que disipar aquella idea–. Antes de convertirme en rey de Shamsumara ponía todo mi tiempo y energía en mi negocio. Las mujeres solo eran una distracción placentera.

–¿De qué era tu negocio?

Jafar la miró un instante sin entender bien aquel cambio de tema. Su seco comentario implicaba que ella no era más que una distracción, y debería haber bastado para que entendiera que no debía esperar ningún tipo de amor ni afecto por su parte. Su pregunta le daba a entender que sabía jugar a las evasivas tan bien como él.

–Tengo una empresa de ingeniería civil. O debería decir «tenía», porque actualmente está en manos del nuevo y capaz director que

he nombrado.

–Suena muy impresionante.

–Esta conversación es para otro día. Se está haciendo tarde –dijo Jafar con tono suave. Y una vez más se sintió arrebatado por el deseo de besarla, de estrecharla entre sus brazos. Tenía que despedirla antes de caer en el deseo y darle una idea equivocada respecto a ellos y a su matrimonio–. Que pases una buena noche.

Capítulo 9

DURANTE las dos últimas semanas, Tiffany había estado centrada en el trabajo que se suponía que debía hacer mientras viviera en Shamsumara como la reina de Jafar. Deseaba desesperadamente apartar de sí los sentimientos cada vez más profundos que tenía hacia un hombre que solo la veía como una esposa conveniente. La noche que Jafar y ella hablaron tras el festín de los regalos, le dejó muy claro que el amor era un sentimiento que no quería en su vida. Lo único que necesitaba era el deseo y la pasión, tal y como había insinuado Niesha.

A partir de aquella noche, Jafar dejó de formar parte de su rutina diaria, pero el proceso de ayudar a las mujeres que luchaban por sacar adelante a sus hijos hacía que se sintiera más cerca de Bethany. Hablaban por teléfono y hacían videollamadas, pero las echaba muchísimo de menos, a ella y a la pequeña Kelly. Tal vez sintiera más nostalgia de lo que había esperado. Eso explicaría lo emocional que se había vuelto en los últimos días.

Echaba de menos a Jafar, y no solo la intimidad del sexo que habían compartido. Lo echaba de menos a él, hablar, reírse juntos. Echaba de menos al hombre que había bajado la guardia en la intimidad de su suite, tanto que le dolía el corazón. Se había enamorado de él. Iba mucho más allá de la atracción y del deseo. Era amor. Se había enamorado de un hombre que había confesado abiertamente que no solo no era capaz de amar, sino que no quería amor en su vida. Era una emoción que despreciaba.

¿Por qué se había permitido enamorarse de él, acercarse tanto emocionalmente? Aquel sentimiento creciente era lo que la había llevado a insistir en que quería dormir sola. Cuanto antes atajara la atracción que había entre ellos, mejor. Ella no significaba nada para Jafar y sería poco inteligente implicarse más. Lo único que importaba era el acuerdo al que habían llegado.

A Jafar tampoco le importaba la obra solidaria que estaba haciendo en Shamsumara. Le había advertido que no se implicara

demasiado con las personas a las que ayudaba. Era casi una contradicción teniendo en cuenta que le había regalado aquella preciosa perra que ahora estaba tumbada a los pies de su cama, esperándola para empezar el día. Aparte de la presencia de Leah, estaba sola en aquel dormitorio desde que declaró su deseo de dormir sola. Durante dos semanas su cuerpo había anhelado el placer que solo Jafar podía darle, como si estuvieran hechos para ser uno. Dos semanas enteras sin él. Dos semanas enteras de tortura.

Se dio cuenta entonces de algo y se sentó con un gemido, repasando frenéticamente cifras en la cabeza. Pero siempre llegaba a la misma e impactante conclusión. Tenía un retraso. Se cubrió el rostro con las manos y contuvo las lágrimas ¿Sería aquella la razón por la que tenía las emociones tan descontroladas?

Estaba embarazada.

Estaba esperando un hijo de un hombre que había reconocido abiertamente que no tenía intención de ser padre y que había llegado a extremos inauditos para asegurarse de retener el reino que había heredado de su hermano fallecido. Se había asegurado de tener un heredero para salvaguardar el reino sin la necesidad de tener que convertirse en padre. Por eso la había contratado como esposa, negándose al compromiso de mantener un matrimonio a largo plazo.

Pensó en todo lo que había descubierto de él la noche que hablaron abiertamente, la noche que Tiffany se enamoró un poco más del hombre que se ocultaba tras aquella dura apariencia de control. Jafar nunca le permitiría volver a estar tan cerca, no volvería a bajar la guardia después de aquella noche. Ya se había distanciado de la esposa que contrató, la esposa que quería que dejara Shamsumara cuando llevaran tres meses casados.

¿Sería posible que estuviera ahora esperando un hijo suyo? ¿Su heredero?

Entonces cayó horrorizada en la cuenta. ¿En qué situación le colocaba aquello? ¿Sola y embarazada en Inglaterra? ¿Obligada a quedarse allí con un hombre que nunca quiso que su matrimonio durara más de dos años? ¿Y si la echaba de allí cuando naciera el niño, pero insistía en que creciera en Shamsumara? Tiffany no sabía si llorar o gritar.

Lo que tenía que hacer era comprobar si sus temores eran ciertos. Tenía que hacerse una prueba de embarazo, pero ¿de dónde sacaba una prueba de embarazo la reina de un reino del desierto? ¿Podría confiar en Aaleyah? Pero enseguida rechazó aquella idea. Por muy dulce que fuera, Aaleyah era leal a Jafar y a su país. Si le

decía algo, Jafar lo sabría enseguida y en aquel momento Tiffany necesitaba no levantar sospechas… hasta decidir qué iba a hacer. La cabeza le daba vueltas por la preocupación.

¿Cómo había podido colocarse en aquella situación?

Por la pasión, el deseo y el creciente amor que sentía por Jafar.

La respuesta se le coló en la cabeza, pero en aquel momento no podía pensar en ello. Tenía que averiguar si estaba esperando un hijo de Jafar.

Oyó cómo se abrían las puertas de la suite de golpe y sintió una oleada de culpabilidad por su secreto cuando escuchó a Jafar decir su nombre. Nunca lo hacía. El pánico se apoderó de ella. ¿Lo sabría? ¿Se habría enterado de algún modo? Saltó de la cama y corrió a agarrar el chal de seda justo cuando él entraba en la habitación, con su hermoso rostro tan oscuro como una nube de tormenta.

–¿Qué ocurre?

–Mi hermana se ha caído.

–¿Se ha caído? –Tiffany trató de darle sentido a aquellas palabras. Tenía la mente confundida tras comprender que seguramente estaba embarazada. Apenas podía asimilar la noticia, y ahora le llegaba esto.

–Por las escaleras de palacio –Jafar le espetó aquellas palabras mientras se quitaba la túnica blanca y se ponía otra oscura, más adecuada para un hombre normal. Se estaba preparando para ir a verla, preocupado por su heredero.

–¿Y cómo está el bebé? –preguntó Tiffany resistiendo el deseo de llevarse la mano al vientre. Si las escaleras de aquel palacio eran parecidas a aquellas podría haber sido una mala caída.

–Eso es exactamente lo que quiero averiguar. El mensaje no daba muchos detalles, y luego la señal falló –la miró a los ojos y Tiffany sintió su miedo. Sabía que debía de estar pensando también en su hermano fallecido–. Tengo que irme.

Cruzó la habitación para mirar hacia el pequeño jardín privado y los muros de color tierra de palacio avanzando con agitación. Tiffany pensó que, si iba a ver a su hermana, aquello le daría la oportunidad de encontrar una respuesta a sus propios problemas.

–Por supuesto.

A Tiffany le latía el corazón con fuerza. Lo sentía por la hermana de Jafar, sin duda, y por lo que debía de estar pasando, pero también le preocupaba lo que aquello significaba para su propia situación. Si su hermana perdía el bebé, ¿qué sería de ella, del acuerdo de tres meses al que había llegado con Jafar? Y peor

todavía: si estaba embarazada, ¿le permitiría Jafar irse? No podía contarle el recién descubierto secreto, al menos hasta que supieran el destino de su hermana y su hijo.

–Tengo que ir –dijo Jafar.

A ella le pareció ver por un instante pesar en sus ojos cuando la miró. Tenía los hombros algo caídos, como si no pudiera seguir soportando el peso del reino, de las obligaciones que había heredado. Una punzada de simpatía la atravesó y dio un paso hacia él de manera involuntaria.

–Tengo que asegurarme por mí mismo de que mi hermana y su hijo están bien.

–Entonces ve –el secreto le ardía dentro al hablar, igual que la culpabilidad por urdir un plan para saber con certeza si estaba esperando un hijo suyo. El significado oculto de sus palabras se le clavó en la mente.

«Debe tener un heredero».

Jafar se ajustó la túnica y agarró el turbante.

–Volveré cuando haya comprobado que mi heredero está a salvo.

Aquellas palabras calaron hondo en Tiffany, confirmándole que tenía motivos para temer la reacción de Jafar si descubría que estaba embarazada.

¿Cómo había podido ser tan tonta? No era un hombre común y corriente que llevara una vida normal. Era un poderoso jeque del desierto que colocaba el deber hacia su reino por encima incluso de sus propias necesidades… y su reino necesitaba un heredero.

El ataque fue su defensa instantánea ante aquel miedo.

–¿Eso es en lo único que piensas? ¿En comprobar que tu heredero está a salvo? ¿Acaso no te importa tu hermana?

Los ojos de Jafar estaban llenos de rabia cuando se puso el turbante y avanzó hacia ella, diciéndole con voz baja y amenazadora:

–A ti también debería preocuparte la seguridad de mi heredero, Tiffany. Si mi hermana pierde el bebé, nuestro matrimonio no puede terminar.

La dureza con la que pronunció su nombre apartó los recuerdos del tono seductor con el que lo había dicho cuando hicieron el amor en su noche de bodas. Entonces fue una caricia seductora, y ahora era una amenaza no disimulada.

–¿Por qué? –Tiffany se mantuvo en su sitio aunque llevaba muy poca ropa encima, solo la túnica de seda dorada.

Jafar la miró, pero sus ojos no se dulcificaron cuando le recorrió

con ellos el cuerpo, y Tiffany se cruzó de brazos. Necesitaba un escudo contra su frío escrutinio.

–Firmaste un contrato para quedarte en Shamsumara durante tres meses o hasta que naciera mi heredero.

–Pero eso fue porque tu hermana te iba a dar el heredero que necesitabas –Tiffany trató de defenderse, trató de recordar qué ponía exactamente en el contrato, pero las náuseas se hacían cada vez más fuertes.

–El contrato estipula claramente que seguirás aquí como mi esposa y reina hasta que mi hermana dé a luz a mi heredero, pero siempre un mínimo de tres meses para validar el matrimonio a ojos de mi pueblo.

Tiffany frunció el ceño. El exceso de emociones le impedía pensar con claridad,

–Pero… ¿y si sucede lo peor? ¿Y si pierde el bebé?

–Eres mi esposa, y, si a mi hermana le ocurre lo peor, tú serás lo único que le impida a Simdan cumplir la amenaza de apoderarse del reino. No puedo permitir que pongas al descubierto nuestro acuerdo marchándote.

–¿Y si no quiere más hijos? –Tiffany tenía la boca tan seca que apenas podía hablar. Necesitaba sentarse, pero se negaba a mostrar ninguna debilidad ante Jafar.

–Mi hermana tendrá más hijos. Es reina por derecho propio y necesita darle herederos al reino de su esposo.

–Pero eso podría tardar un año… o más.

Jafar avanzó hacia ella y le habló con un tono dulce, como si las noticias que acababa de recibir no significaran nada y estuvieran otra vez a solas los dos.

–A menos que nuestra noche de bodas haya sido bendecida con un hijo.

Tiffany contuvo el aliento. ¿Lo sabía Jafar? ¿Sería todo aquello una farsa para obligarla a confesar la verdad? Vaciló un instante antes de hablar.

–Por suerte no estoy embarazada –le lanzó aquellas palabras y se quedó mirándole, atajando la ternura que había sentido en su corazón por él desde que la hizo su esposa, se convirtió en su primer amante y luego bajó la guardia para mostrarle al auténtico Jafar.

¿Eran las sombras de la luz matinal o lo que había en sus ojos era decepción? Tiffany cerró los ojos ante aquella idea absurda y se sintió de nuevo mareada. La realidad de las palabras de Jafar le debilitó el cuerpo. Estaba atrapada. Si su hermana perdía el niño, su

destino estaría sellado; tanto si admitía que podría estar esperando un hijo suyo como si no, ya no podía irse. La cabeza le daba vueltas ante la gravedad de la situación y la certeza de que no podría ocultarle aquel secreto a Jafar para siempre.

–¿Tiffany?

Su voz estaba cargada de preocupación, y, cuando miró a Jafar, se le borró la visión y se sumió en la oscuridad.

Jafar llamó a gritos a Aaleyah cuando Tiffany se cayó al suelo delante de él. Estaba muy pálida cuando la tomó en brazos y la llevó a la enorme cama en la que habían compartido tanta pasión tres semanas atrás. Igual que entonces, el deseo se apoderó de él cuando la tocó. La sostuvo con fuerza contra su cuerpo, dolorosamente consciente de que la fina tela de seda hacía muy poco por ocultar la redondez de sus senos.

Leah gimió a su espalda y frotó la cabeza contra la mano de Tiffany cuando la tumbó en la cama. ¿Qué le pasaba? Jafar era culpable de haberla descuidado las dos últimas semanas, desde que retomaron la vida normal, pero fue la única manera de evitar desearla. ¿Tendría ahora tanta nostalgia de su tierra que no comía? ¿Por qué se había desmayado de aquella manera?

«Ha sido tu amenaza a obligarla a quedarse».

Su conciencia le gritó la respuesta a su pregunta y pareció reverberar por el tenue silencio de la habitación.

–Siento mucho haberte arrastrado a mis batallas, Tiffany. Nunca quise hacerte daño.

Jafar le acarició el pelo cuando se sentó al borde de la cama a su lado. Sentía la imperiosa necesidad de cuidar de ella y protegerla. Si tuviera una vida normal, si fuera capaz de hacer cosas normales, entonces querría estar con Tiffany. Quería que siguiera en su vida, cuidar de ella y tal vez incluso dejar atrás el pasado y permitir que hubiera amor en su corazón.

«Tú no tienes una vida normal».

Aaleyah corrió a la cabecera de la cama, interrumpiendo afortunadamente sus pensamientos, y Jafar la miró con una sensación de absoluta impotencia que resultaba abrumadora. Tiffany y su hermana. Las dos mujeres que más le importaban, y las dos necesitaban su presencia. Se negó a analizar aquel pensamiento en ese momento. El hecho de considerar a Tiffany una mujer que le importaba era añadir demasiado a los acontecimientos de la mañana.

–¿Qué le sucede? –le preguntó Jafar a la doncella de su esposa.

Una sonrisa asomó a los labios de Aaleyah. No era la reacción que esperaba, teniendo en cuenta el pánico que sentía él.

–Llevo varios días sospechándolo, tal vez incluso antes que Su Majestad.

–¿Sospechando qué, maldita sea? –exclamó Jafar tomando asiento al lado del cuerpo inmóvil de Tiffany. No quería adivinanzas. Quería hacer las cosas bien con Tiffany, que sonriera y se riera como había hecho durante la semana que estuvieron solos. A pesar de todo lo que se había prometido a sí mismo, sentía algo por ella… algo profundo–. ¿Está enferma? ¿Es por el calor?

–Va a ser usted padre, Señor.

Jafar se quedó paralizado cuando entendió las palabras de la doncella y miró a Tiffany, que gruñó suavemente y se estiró. Su preciosa esposa, la mujer que le había hecho creer que era posible la felicidad, ¿estaba embarazada? ¿Iba a ser padre? Sintió una profunda emoción, pero cuando volvió a mirar a Aaleyah, que no parecía en absoluto preocupada por su señora, recordó las palabras de Tiffany justo antes de desmayarse.

–¿Estás segura?

–Sí, Señor. He estado buscando las señales de que su esposa espera un hijo. Ese es mi trabajo –la doncella parecía satisfecha con la explicación del desmayo de su señora. Pero Jafar estaba agobiado. No quería que Tiffany sufriera. Aquello no formaba parte del trato.

Tiffany se estiró una vez más, y esa vez trató de incorporarse. Jafar sintió una punzada de fría dureza que reemplazó la ternura y la preocupación de unos instantes atrás. Tiffany le había mentido. Su embarazada esposa le dijo que no esperaba un hijo suyo… hacía unos minutos. ¿Qué esperaba conseguir ocultándole una noticia así? ¿Su libertad?

–Déjanos –le ordenó a la doncella sin apartar la mirada del bello y traicionero rostro de Tiffany.

No era capaz de asimilar las revelaciones de los últimos minutos ni los sentimientos que había experimentado por Tiffany. Adoptó la única actitud que conocía y se sentó rígido y furioso en la cama a su lado mientras Aaleyah llamaba a la perra y salía de la habitación.

Tiffany y él estaban a solas por primera vez desde hacía dos semanas. Totalmente a solas. Jafar respiraba con dificultad mientras Tiffany le miraba y él pensaba en el impacto de todo lo que estaba pasando. Hacía menos de una hora se había enterado de que el hijo de su hermana, su heredero, corría peligro. Y ahora esto. Habían

engendrado un hijo con gran pasión durante la noche de sexo más apasionada que había vivido jamás. Su esposa contratada, la mujer que había llevado a su país como una medida temporal, estaba embarazada de su hijo. De su heredero.

–Has mentido –sintió una punzada de culpabilidad mientras maldecía por dentro su posición, el deber que su hermano le había dejado. Desde la noche de bodas había deseado más, había deseado que aquello no formara parte del trato, pero eso no sería nunca posible debido a su responsabilidad.

Los ojos de Tiffany echaban chispas de ira cuando le miró directamente a los ojos, negándose a apartar la vista. La vulnerabilidad de hacía unos instantes, cuando estaba tumbada y pálida en la cama, había desaparecido, y también aquellos dulces y desconocidos sentimientos por ella. Aquella era una mujer dispuesta a pelear.

Tiffany hizo un esfuerzo por mantener la calma, por seguir mirando a su marido a los ojos, unos ojos que en el pasado la miraban con pasión y deseo y ahora echaban chispas de furia.

–Me has mentido –aquellas palabras gélidas enfriaron el aire que los rodeaba. Tiffany se estremeció cuando Jafar volvió a hablar.

Sabía a qué se refería. Tiffany no sabía cómo se había enterado, pero sabía que era casi seguro que estaba embarazada. Le había parecido escuchar a través de la nebulosa de su mente la voz de Aaleyah diciéndole tranquilamente a Jafar que iba a ser padre. ¿Cómo era posible que la doncella lo supiera antes que ella? Sintió una oleada de vergüenza. Era tan inocente, tan poco experta en el sexo que no había siquiera considerado la necesidad de utilizar protección en su noche de bodas. Se dejó llevar por la fantasía de la mágica habitación alumbrada con velas. Fue transportada por el cálido viento del desierto que había entrado por las ventanas, entremezclándose con la suave música y seduciéndola completamente. Había sido víctima de sus propios sueños, unos sueños de amor y felicidad que creía enterrados hacía mucho tiempo. Cayó completamente en el hechizo de Jafar.

¿Sería aquella la razón por la que Lilly le había dejado un regalo tan oscuro, para recordarle que no se dejara llevar por cosas que nunca podrían ser? Y quizá también para protegerla de las consecuencias de la atracción que había reconocido sentir por Jafar.

–¿Por qué, Tiffany? –Jafar la miró fijamente. Los ojos le relampagueaban de rabia.

–Yo no he mentido –le espetó ella. Tenía las emociones a flor de piel y estaba más vulnerable todavía ante aquel hombre.

–Me dijiste claramente que no estabas esperando un hijo mío. «Por suerte no estoy embarazada», esas fueron exactamente tus palabras. Y poco después te desmayaste a mis pies. Aaleyah me dijo que lo sospechaba desde hacía días. ¿Desde cuándo lo sabes?

La sequedad de su tono acusador le caló hondo. No le había ocultado nada.

–No lo sé con seguridad. Ha sido esta mañana cuando me he dado cuenta de que era posible.

–Es posible desde la noche de bodas, Tiffany.

¿Estaba intentando que pareciera una estúpida?

–No puedo ir a la farmacia y comprar una prueba de embarazo, ¿verdad? –sacó las piernas fuera de la cama. Necesitaba apartarse de él, de su dolor y su disgusto ante la idea no solo de ser padre, sino padre de su hijo. En cuanto se puso de pie lamentó haberlo hecho porque la habitación empezó a dar vueltas otra vez.

Tiffany se llevó la mano a la cabeza y se presionó las sienes con los dedos, lamentando sentirse tan débil y estar tan a merced de aquel hombre. Escuchó cómo se movía la cama cuando se incorporó y su cuerpo sintió el de Jafar detrás. Cerró los ojos porque su piel suplicaba por su contacto.

–¿No tenías que irte? –Tiffany deseaba desesperadamente desviar la atención de sí misma–. Tu hermana te necesita.

–Tú también… y mi hijo.

Ella se giró para mirarle.

–Jafar, a pesar de lo que ha dicho Aaleyah no estoy segura de que esté embarazada.

–Creo en la sabiduría de una mujer como Aaleyah mucho más que en los médicos.

La voz de Jafar se había vuelto más amable, sus ojos más dulces. Y todo lo que Tiffany había intentado ocultarse a sí misma salió a flote. Amaba a aquel hombre desde el día en que se convirtió en su esposa… y tal vez antes.

Jafar le acarició las mejillas con el dorso de los dedos y Tiffany empezó a derretirse. Por eso resultaba tan peligroso quedarse a solas con él. No podía confiar en sí misma.

–Haré que venga un médico a verte para confirmar que estás embarazada.

–¿Y si lo estoy?

Aquellas palabras fueron un susurro trémulo que revelaba demasiado. El pánico se apoderó de ella como un tsunami,

arrastrando emociones más dulces que había permitido tontamente que le entraran en el corazón. Aquello lo cambiaba todo para ambos, colocándolos en una situación que ninguno de los dos quería.

Jafar deslizó el dorso de los dedos por su rostro, por el cuello, por la piel expuesta de su pecho, entre los senos y luego apoyó la palma contra su vientre. Ella no se movió. No podía. La respiración se le volvió más agitada cuando Jafar clavó la mirada en la suya. Parecía que le estuviera leyendo el pensamiento.

–Si estás embarazada, haré todo lo posible para convencerte de que te quedes en Shamsumara como mi reina y esposa.

Capítulo 10

JAFAR recorrió arriba y abajo la sala que estaba detrás del dormitorio donde el médico que había llamado atendía a su esposa. Unos pasos firmes le alertaron de la presencia del médico y se dio la vuelta expectante para mirarle, consciente para su asombro de que quería que el diagnóstico de Aaleyah fuera cierto. Quería que su esposa estuviera esperando un hijo. La idea le golpeó como una tormenta de arena y le dejó sin aliento. ¿Cómo era posible que las cosas que deseaba hubieran cambiado tanto? Nunca quiso ser padre, nunca quiso imponer la misma censura que recibió él de niño.

–La reina está embarazada. Enhorabuena, Majestad –las palabras del médico parecían llegar de muy lejos, y le rozaron como las alas de uno de sus halcones. Si nunca había querido ser padre, ¿por qué aquella noticia le hacía tan feliz?

Le dio las gracias al otro hombre y volvió al dormitorio. Tiffany estaba en ese momento de pie y se había puesto un vestido de seda azul adornado con diamantes. Tenía un aspecto impresionante y sintió una punzada en el pecho. Como si presintiera que su presencia no era requerida, Aaleyah salió discretamente, pero Leah se quedó tumbada en el frío suelo de mármol cerca de su dueña. Tiffany se giró para mirarle. Jafar vio que tragaba saliva, una prueba de su nerviosismo.

–Está confirmado –dijo él con tono duro y controlado, el único modo que tenía de afrontar situaciones que evocaban emociones profundas dentro de él con las que no quería relacionarse–. Vas a ser la madre del heredero de Shamsumara.

–¿Y qué propones que hagamos al respecto?

La sequedad de aquella pregunta contrastaba con la imagen dulce que presentaba con aquel vestido azul. Llevaba el largo cabello castaño suelto, enmarcándole la cara y acentuándole las pecas. Jafar ignoró el efecto que causaba en él y lo apartó de sí. Prefirió centrarse en la frialdad de sus palabras, en la culpabilidad a

la que apuntaban. Una culpabilidad que caía directamente a sus pies.

–Eres mi esposa legal. No tenemos que hacer nada.

–Soy la esposa que contrataste. Me pagaste por estar aquí tres meses. Sin duda eso va contra alguna de vuestras tradiciones. Tiene que haber una manera de salir de esta.

–La noche que entramos en esta misma habitación después de la boda eras virgen, ningún hombre te había tocado, y al arrebatarte eso rompí una de las creencias más sagradas de mi país.

–Hay demasiadas creencias, demasiadas tradiciones. Seguramente hemos roto la mayoría de ellas con el mero hecho de firmar un contrato.

–Eso es cierto, pero, aunque no fuera un matrimonio de verdad, yo te quité algo que no era mi derecho arrebatarte –Jafar se acercó un poco más y ella alzó la vista para mirarle–. Podríamos haber vivido con ese secreto, pero ahora que estás esperando un hijo mío todo es distinto.

Tiffany pasó por delante de él con movimientos exasperados y Jafar la observó impotente. Lo único que quería era quitarle aquella tristeza. Ella se dejó caer en la cama y se cubrió el rostro con las manos en un gesto desesperado.

El nudo que tenía Jafar en el pecho se hizo más grande y se sentó a su lado. Le apartó con delicadeza las manos de la cara.

–Asumo toda la responsabilidad de la situación en la que estamos ahora. Tendría que haberme ocupado de la protección, especialmente cuando me dijiste que eras virgen.

Los labios de Tiffany esbozaron una triste sonrisa.

–No todo es culpa tuya. Yo quería vivir aquella noche contigo. Soy igual de culpable que tú.

Él le tomó el rostro entre las manos, obligándola a mirarle.

–Me siento honrado de que me hayas elegido tu primer hombre.

Tiffany se apartó de él.

–Nunca debí hacerlo. No sé qué me pasó. Tal vez fuera la fantasía de estar en un reino del desierto, o quizá quería vivir el cuento de hadas. Anhelaba la boda perfecta de cuento, y allí estaba yo con un hombre como tú… en mi noche de bodas.

–¿Qué piensas realmente del matrimonio? –tenía que preguntárselo, tenía que saberlo. Jafar no le había dicho todavía que no había prácticamente manera de dejar aquel matrimonio ahora que esperaba un hijo suyo, y menos si le pasaba algo al hijo de su hermana. Apartó de sí aquel pensamiento, no se atrevía a tentar al destino pensando más en ello. Su hermana y el bebé

estarían bien, tenían que estarlo.

–Mis padres se casaron porque mi madre se quedó embarazada de Bethany. Yo llegué cinco años más tarde, pero para entonces el matrimonio ya tenía problemas. Siempre pensé que fui un último intento de arreglar las cosas, pero el amor se había vuelto amargo y no recuerdo ningún afecto entre mis padres. Fue un alivio que finalmente se divorciaran.

–Eso demuestra que no existe el amor verdadero o el que dura para siempre. Lo que une a un hombre y a una mujer es mucho más básico que eso.

Ella frunció el ceño. La expresión de tristeza de sus ojos resultaba casi insoportable.

–Sexo. Se trata todo de sexo. Lo sé. Tuve varios novios, pero nunca dejé que se acercaran demasiado. En ningún sentido. Yo buscaba el sueño imposible, y estar aquí contigo en nuestra noche de bodas fue eso, pero me equivoqué. Supongo que me dejé llevar por la fantasía cuando en realidad solo se trataba de sexo.

¿Se estaría escondiendo también ella de sus sentimientos?

–Fue algo más que solo sexo. Fue deseo. Pasión ardiente.

Tiffany dio un salto, como si no pudiera soportar estar cerca de él.

–Fuera lo que fuera, no estuvo bien. No tendría que haber sucedido. Solo espero que tu hermana y su hijo estén bien, entonces podré marcharme de aquí y olvidar que ha sucedido todo esto.

–¿Marcharte?

–Sí, Jafar. Tengo que volver a mi vida.

–¿Y qué pasa con mi hijo?

–Es un hijo que no quieres tener. Lo has dejado muy claro y nunca te voy a molestar, no te llamaré como padre ni te pediré nada emocional ni económico, no tienes que preocuparte. Pero me marcho.

–Tengo una responsabilidad hacia mi hijo y me la pienso tomar muy en serio –Jafar se puso de pie y aspiró con fuerza el aire para intentar recuperar el control y bloquear lo que sentía por aquella mujer.

–No quiero que mi hijo crezca como yo, Jafar –Tiffany lo miró implorándole que la entendiera. Y la entendía, pero no quería que se fuera, no ahora que iba a tener un hijo suyo.

–Nunca lo permitiré –su apasionada respuesta le impactó profundamente.

Ya se sentía protector de aquel niño que habían engendrado en una noche de pasión. Iba mucho más allá de la necesidad de

proteger a su heredero, aunque todavía no terminaba de entenderlo bien. Necesitaba tiempo y espacio para asimilarlo todo y la mejor manera de conseguirlo era ir a ver a su hermana.

–Debo ir a ver a mi hermana. Comprobar con mis propios ojos lo que ha ocurrido. Tú te quedarás aquí con Aaleyah hasta que yo vuelva y entonces hablaremos de nuestro matrimonio.

La amenaza de Jafar había permanecido en la cargada atmósfera de la suite mucho después de que el médico se marchara tras anunciar que la reina estaba esperando un hijo. Tiffany se sintió aliviada cuando Jafar le dijo que tenía que ir a ver a su hermana, pero le duró poco porque enseguida llamó a Aaleyah y le dijo que permaneciera al lado de su mujer día y noche mientras él estuviera fuera.

Aaleyah hizo exactamente lo que le dijeron y se quedó al lado de Tiffany todo el rato mientras Jafar estaba con su hermana. Ahora que habían recibido la noticia de su inminente regreso, la doncella le estaba preparando un baño perfumado.

Tiffany se quitó el exquisito vestido de seda que le estaba esperando cuando llegó a Shamsumara y se puso un albornoz de algodón blanco en lugar del de seda dorada que llevó su primera mañana de casada. Ahora le parecía demasiado decadente para el momento. Se ató el cinturón del albornoz, estaba deseando hundirse en las profundas y cálidas aguas del baño. Eso calmaría su mente atribulada y su cuerpo débil. Se miró en el espejo y se apoyó las manos en el vientre. Le costaba trabajo creer que estaba embarazada del hijo de Jafar, y mucho más el modo en que él le había dicho con voz calmada que haría cualquier cosa para convencerla de que se quedara.

Escuchó detrás de ella un movimiento en el arco que llevaba al pequeño jardín exclusivo para su uso. De día era un lugar fresco y sombreado, un refugio para el calor del sol. De noche estaba iluminado por unos faroles situados cerca del arco, pero más allá se sumía en la oscuridad.

–¿Jafar? –su nombre se le escapó de los labios, aunque sabía que él no utilizaría aquella vía para llegar hasta la suite. Al no escuchar respuesta sintió un escalofrío de miedo, pero se tranquilizó pensando que debía de tratarse de Aaleyah. Intentó no dejarse llevar por la imaginación, no pensar en qué o quién podría estar en la oscuridad.

Se giró de nuevo hacia el espejo y se quitó las horquillas que le

apartaban el pelo de la cara. Le cayó sobre los hombros, y Tiffany se preguntó cómo había podido llegar a creer que Jafar, un rey del desierto, podría enamorarse de una chica inglesa de piel blanca cuando estaba rodeado de mujeres hermosas como Niesha.

Aspiró con fuerza el aire mientras sus pensamientos se dirigían hacia aquella mujer que había dejado muy claro que no le gustaba la novia inglesa con la que Jafar había regresado a casa. No le cabía duda de que algo había sucedido entre su marido y Niesha, aunque también conocía a Jafar lo suficiente como para saber que su honor le impediría que pasara algo entre ellos ahora que ambos estaban casados.

El sonido de las hojas del jardín al moverse hizo que volviera a girarse.

–¿Quién anda ahí?

Tiffany esperó conteniendo el aliento, pero no ocurrió nada. Se acercó despacio hacia el arco, yendo más allá de la suave luz dorada de los faroles para entrar en la oscuridad. Jafar no la atormentaría así, no le haría pasar tanto miedo. Puso la mano en el frío mármol del arco y se inclinó hacia la oscuridad para volver a preguntar.

La mano que le agarró el rostro por detrás y le tapó la cara era una mano áspera. Un anillo grande se le clavó en la mejilla. Trató de gritar, pero la mano le apretó más los labios.

–Gritar no le servirá de nada, Majestad.

Simdan. Habría reconocido aquella voz profunda y amenazadora en cualquier parte.

Tiffany dejó de defenderse y se incorporó. Le asqueó el olor de su mano en la cara, pero sabía que mostrar miedo sería lo peor que podría hacer con aquel hombre. Resistió el impulso de luchar cuando tiró de ella hacia el jardín, hacia la oscuridad tan amenazadora como el hombre que le tapaba la boca con la mano. La obligó a pasar por un túnel tan oscuro que Tiffany no tenía ni idea de dónde estaban. Entonces vio las estrellas en lo alto del cielo tal y como aparecían cada noche en el desierto, más allá de los muros de palacio.

¿La estaba secuestrando?

–Te he traído hasta aquí para proponerte un trato –dijo Simdan acercando su rostro al suyo–. Y los dos sabemos cuánto te gustan los tratos.

–Creo que deberías soltarme –Tiffany hizo un esfuerzo por hablar, empeñada como estaba en que aquel hombre tan horrible no supiera lo aterrorizada que estaba.

Simdan avanzó hacia ella y Tiffany apoyó la espalda contra el muro. Al instante se dio cuenta de que aquello era un error.

–¿Tú crees?

–Sí. Jafar regresará en cualquier momento.

–¿Cómo puedes estar tan segura, si ha ido a ver a la madre de su heredero? –Simdan soltó una carcajada que le heló la sangre.

–¿Qué es lo que quieres?

–Comprarte con la misma facilidad que mi primo –volvió a reírse–. Te pagaré el triple de lo que te pagó él… si te marchas ahora.

–Si me marcho no será porque tú me pagues –la respuesta le surgió antes de pararse a pensar si resultaba inteligente. Si se iba sería porque quería hacerlo, no porque alguno de los reyes del desierto le pagara por ello.

–Si te quedas revelaré el acuerdo al pueblo de Shamsumara. Me pregunto cómo verán entonces a su reina. Una esposa contratada. Una mujer comprada.

Tiffany sabía muy bien que no tenía nada que ver con lo que la gente pensara de ella, era cómo veían a su rey. Jafar perdería su apoyo y, sin un heredero, Simdan podría convertirse en el nuevo rey. Ella no podía permitir aquello y consentir que el hombre del que se había enamorado, el padre del hijo que esperaba, quedara completamente destruido.

Jafar regresó a la suite matrimonial y la encontró vacía. Algo no iba bien. Podía sentirlo en la cálida brisa, sentirlo en su interior como si hubiera forjado una conexión con Tiffany, una conexión contra la que se resistía. Su hermana estaba bien y el embarazo no corría peligro, y lo único que quería era decirle a Tiffany que quería estar con ella y con el niño.

Aaleyah entró en la suite y miró a Jafar.

–¿Dónde está Su Majestad?

–Creía que habías seguido mis órdenes de no dejarla sola –sabía que Simdan intentaría algo para desacreditar su matrimonio con Tiffany, pero nunca se imaginó que caería tan bajo como para aprovecharse de la caída de su hermana y secuestrar a Tiffany.

Si hubiera salido de la suite por la puerta principal, los guardias que tuvo la precaución de colocar allí la habrían visto salir. Solo había otra manera de dejar el palacio. El túnel secreto.

Sin perder un momento más, Jafar corrió al jardín. El murmullo del agua de la fuente le parecía ahora un sonido siniestro. Abrió la

puerta de madera con facilidad y se metió en el túnel. El aroma de Tiffany, que tan bien conocía, flotaba todavía en el aire.

¿Cómo había podido ponerla en semejante peligro? ¿Cómo podía hacerle aquello a la mujer que amaba?

Se detuvo en medio del túnel. El eco de aquel pensamiento hizo que fuera todavía más poderoso en la profunda oscuridad. Amaba a Tiffany. La esposa que había contratado encontró la manera de atravesar todas las barreras que había colocado alrededor de su corazón. Había abierto la puerta a emociones a las que juró no sucumbir nunca.

Maldijo salvajemente en su lengua materna mientras atravesaba con paso firme la oscuridad, deteniéndose al escuchar la voz de Simdan un poco más allá, en el desierto abierto. Hablaba en voz baja y amenazadora.

–¿Qué más consiguió Jafar por su dinero? –estaba preguntando ahora con tono sibilino–. ¿Consiguió esto?

Jafar no sabía a qué se refería con «esto», pero a juzgar por el sonido de protesta de Tiffany, podía imaginárselo. Como una pantera acechando a su presa y esperando el momento oportuno, se movió en la oscuridad, finalmente preparado para enfrentarse a su enemigo.

–Quítale las manos de encima.

El tono duro de Jafar llenó el silencio de la noche, y Tiffany sintió un inmenso alivio.

Simdan dio un paso atrás y alzó las manos para demostrar que no tenía intención de volver a tocarla.

–Tú besaste a Niesha –dijo dirigiéndose a Jafar–. No quisiste aceptar que me hubiera elegido a mí en lugar de a ti. Intentaste seducirla, romper nuestra unión.

–Lo que tomé de Niesha me fue entregado de buena gana –le espetó Jafar a su primo.

A Tiffany se le rompió el corazón. El hombre que amaba no la amaba a ella y nunca la amaría. Seguía enamorado de la mujer con la que su familia quería casarle, la mujer que se había casado con su primo. Ahora cobraba sentido el intenso odio que había entre ellos.

Simdan entornó los ojos con rabia.

–Sin embargo, lo que tú intentas tomar de mi esposa no se te está ofreciendo voluntariamente. Mi esposa no es tuya, ni tampoco mi reino. Vuelve con tu mujer y con tu hijo, Simdan. Céntrate en tu propio reino.

Los guardias salieron a toda velocidad del túnel, agarraron a Simdan y Tiffany apoyó la espalda contra el muro. Observó en silencio cómo se llevaban a Simdan de allí.

Estaba impactada por lo que acababa de suceder, y apenas sintió el contacto de Jafar cuando la atrajo hacia sí. Pero su calor sirvió para calmar su pánico mientras la abrazaba suavemente. Pero no ayudó al dolor de su corazón al saber que no quería que formara parte de su vida, que la mujer que amaba estaba ahora casada con su primo.

Se apartó de él y le miró. La fresca brisa de la noche jugueteaba con su cabello.

–¿Y tu hermana?

–El bebé y ella están bien.

Solo había una cosa más que Tiffany necesitaba saber, tenía que preguntárselo en aquel momento.

–¿Besaste a Niesha?

–No me siento orgulloso de ello, pero sí, lo hice.

Tiffany supo en aquel instante que no podía quedarse con Jafar. Era una locura pensar que podría llevar su acuerdo hasta el final, salvar la reputación de Jafar, pero más absurdo sería aún quedarse con un hombre que no la amaba. Ahora que sabía que estaba embarazada, tenía que marcharse. De ninguna manera quería que su hijo creciera presenciando las peleas que ella había vivido entre sus padres, que no querían estar juntos. Tal vez ahora hubiera pasión entre Jafar y ella, pero la pasión nunca duraba, y menos con un hombre como su marido, que pronto encontraría a otra mujer más deseable. Y luego a otra.

–Me voy –Tiffany se dio la vuelta con la barbilla muy alta y se dirigió lo mejor que pudo por la arena de regreso al túnel. No quería volver a la oscuridad, pero menos todavía quería quedarse allí con Jafar. No podía soportar el dolor de estar cerca de él sabiendo que no tenían ninguna esperanza de futuro.

–¿Qué quieres decir con que te vas? –Jafar la agarró del brazo y le dio la vuelta para obligarla a mirarle.

–Me voy de Shamsumara ahora mismo.

–Estamos en mitad de la noche y no estás en condiciones de viajar. Estás embarazada.

–Y los dos sabemos que eso no formaba parte del acuerdo –Tiffany le miró fijamente, retándole–. Ahora que tu hermana y su hijo están bien, creo que lo mejor será que vuelva a Inglaterra.

Jafar la miró sin decir una palabra. Las sombras de los muros del palacio caían sobre su rostro, volviéndolo tan inescrutable como

siempre. Su silencio, su vacilación, le confirmaban que estaba haciendo lo correcto.

–Al menos espera hasta mañana. Lo arreglaré para que mañana esté preparado mi avión, y, si todavía sigues queriendo irte a Inglaterra, no te lo impediré. Pero no te vayas ahora después de lo que acaba de pasar.

Tiffany sentía un dolor agonizante en el corazón. No estaba preparada para luchar. La tristeza de saber que Jafar nunca la amaría lo impregnaba todo.

–No voy a cambiar de opinión, Jafar. Me voy.

Capítulo 11

TIFFANY se levantó a la mañana siguiente con una sensación de premonición tras una noche en la que apenas había pegado ojo. Aaleyah había dormido en una de las habitaciones de la suite por segunda noche consecutiva, y Tiffany no tenía claro si la estaba custodiando o protegiendo.

Se sentó en la cama en la que dormía sola con la mente todavía inquieta. La noche anterior, tras lo sucedido con Simdan, le había dicho a Jafar que se marchaba y él no había intentado siquiera convencerla para que se quedara. Ordenó a la doncella que durmiera cerca porque no le importaba lo suficiente como para hacerlo él mismo.

Aquellos pensamientos le rondaron por la cabeza toda la noche, y cuando finalmente concilió el sueño había tomado una decisión. Tenía que dejar a Jafar, abandonar Shamsumara y poner fin a aquella farsa de matrimonio. No por el bien de Jafar ni por el suyo, sino por la vida que habían creado. Un niño que él no deseaba tener, tal y como había admitido.

Se pasó los dedos por el pelo, sintiéndose más desaliñada que nunca, pero no iba a permitir que Jafar la viera así. Saldría de palacio llena de orgullo y con la cabeza muy alta. Con aquel pensamiento en mente, se duchó y se puso uno de sus propios vestidos de verano, rechazando el amplio guardarropa con el que Jafar le había llenado el armario.

Aaleyah entró en la habitación y se detuvo. La sonrisa amable que siempre tenía había desaparecido de su rostro.

–El coche está preparado para llevarla al avión.

–Gracias, Aaleyah. Hay otra cosa más que necesito de ti –miró a la doncella e hizo un esfuerzo por endurecer el corazón, para tratar de bloquear el dolor de todo, de tener que decirle adiós a su preciosa perra y de separarse del hombre al que amaba.

«Él nunca te amará».

Las palabras que habían resonado en su cabeza durante las

largas horas de la noche anterior volvieron a sonar.

–Necesito que te ocupes de Leah. Me encantaría llevármela, pero no puedo.

–Como disponga –Aaleyah le dio una palmadita en la cabeza a la perra, que se fue trotado después de ella.

Ninguna de las dos parecía preocupada por su partida, y aquello la convenció todavía más de que estaba haciendo lo correcto. Quería preguntar dónde estaba Jafar, quería saber si lo vería antes de marcharse. Pero el orgullo le impidió decir nada. El mensaje de Jafar estaba más que claro.

No quería que Tiffany estuviera en su vida y ella no iba a rogarle.

–Bueno, entonces estoy lista para irme –Tiffany agarró la bolsa de viaje con sus pertenencias y salió de la suite conteniendo las lágrimas.

En la puerta del palacio esperaba un todoterreno negro, y su presencia la dejó sin aliento. Jafar quería de verdad que se fuera. ¿Qué esperaba? ¿Que estuviera allí esperándola y le rogara que no se fuera mientras le juraba amor eterno? Aquello era una fantasía que nunca se haría realidad.

Un ayudante de palacio le agarró la bolsa, devolviéndola al doloroso momento de su partida. Subió al coche sintiéndose más sola que nunca y la puerta se cerró con suavidad. El motor se encendió y el coche se alejó del palacio. Tiffany no miró atrás, no quería saber si Jafar la estaba viendo partir.

Apoyó la cabeza en el asiento de cuero y cerró los ojos, permitiendo que el suave balanceo del coche la tranquilizara hasta que se quedó dormida unos instantes.

Se despertó sobresaltada cuando el todoterreno se detuvo y miró por la ventanilla tintada. Lo único que veía era el desierto, pero el chófer salió del coche y pensó que Jafar tendría el avión preparado por allí. Quizá no quería despedirla, hacer que la partida de su esposa fuera algo público todavía.

Su puerta se abrió y el chófer, que iba vestido con túnica blanca y un turbante sujeto a la cara con una tela, se colocó un poco detrás. Esquivó la mirada cuando Tiffany se bajó y sintió el creciente calor de la mañana. Miró a su alrededor alarmada. Aquello no era una pista de aterrizaje. Estaban en medio del desierto y lo único que podía ver eran varias tiendas. Ni rastro de ningún avión.

–¿Dónde estoy?

El hombre se limitó a darse la vuelta y se dirigió hacia las

tiendas con las llaves del coche en la mano. O no entendía su idioma o no quería hablar con ella.

¿Debería seguirle? ¿Era aquello otro intento por parte de Simdan para perjudicar a Jafar? Tiffany miró hacia la tienda más grande y vio al conductor al lado de la entrada. Se podía distinguir el interior de colores vibrantes y luz suave, lo que contrastaba completamente con la tela lisa de color tierra de la entrada que ondeaba suavemente al viento. El hombre le hizo un gesto con la mano para que entrara. Estaba claro que no hablaba su idioma.

Tiffany se acercó despacio y con recelo hacia la tienda. Sentía un nudo de miedo en el estómago, pero el chófer estaba ahora inmóvil al lado de la puerta de la tienda. No era una tienda normal y corriente. De eso estaba segura. Volvió a sentir miedo. ¿Estaría Simdan detrás de aquello? Apartó a un lado aquellos pensamientos y se detuvo al llegar a la altura del hombre. Igual que antes, le hizo un gesto para que entrara sin levantar la mirada. Tiffany puso el pie en la alfombra que cubría la arena del desierto y pasó a la tienda. El aire olía a incienso y una música seductora la envolvió. Aquella era la fantasía definitiva del desierto, el lugar en el que había imaginado estar con Jafar antes de que los acontecimientos destruyeran todas aquellas ideas románticas.

Escuchó un sonido a su espalda que la hizo girarse. El chófer estaba cerrando la tienda.

–Tengo que ir al aeropuerto –le espetó ella sintiendo cómo el pánico le subía por la espina dorsal.

Pero el hombre continuó con su tarea con movimientos metódicos como si no la hubiera oído.

–Me tengo que ir –lo intentó de nuevo Tiffany, incapaz de disimular el terror.

Esa vez el hombre se giró y por primera vez la miró directamente. Aquellos ojos eran inconfundibles.

–Jafar.

–No creerías que te iba a dejar marcharte sin más, ¿verdad?

¿Cómo era posible que cada vez que necesitaba mantener el control Tiffany tuviera un aspecto tan vulnerable y deseable? En aquel momento lo miraba con los ojos llenos de duda y de fragilidad. Se acercó a ella y le pareció que su cuerpo, ataviado ahora con un vestido negro de grandes flores de color crema, era el más deseable que había visto jamás.

–Sí –afirmó ella con rotundidad.

–Pues estás muy equivocada –respondió Jafar en la cargada atmósfera de la tienda, subiendo la tensión a niveles insoportables.

–Pero ¿por qué aquí? –Tiffany extendió las manos y miró hacia la tienda que él utilizaba normalmente como vía de escape.

Aquel era su escondite real y podía instalarlo donde quisiera. Ahora estaba en medio del desierto, lejos del palacio y de la capital de Shamsumara, y lejos también del aeropuerto donde su avión aguardaba sus instrucciones. Instrucciones que él esperaba que fueran de no despegar, aunque la firme expresión del rostro de su esposa le hacía dudar.

–Para que podamos estar solos –Jafar se le acercó más, sonriendo al ver que ella se mantenía firme en su sitio como una reina.

–Pero yo no quiero estar a solas contigo –protestó ella desafiante–. Quiero irme a casa… a Inglaterra.

–Y lo harás… si eso es lo que de verdad quieres. Lo único que te pido es que pases una última noche conmigo –era una propuesta audaz, pero él era un hombre valiente. Un hombre que haría cualquier cosa con tal de conseguir lo que quería, y en ese caso era Tiffany.

Ella contuvo el aliento y dio un paso atrás sacudiendo la cabeza.

–No, Jafar.

–No va a pasar nada que tú no quieras que pase –le aseguró él, recordando que había dicho aquellas mismas palabras en su noche de bodas, cuando ella le pidió más, le pidió que le hiciera el amor y que hiciera realidad su fantasía. Aquella fue una noche de pasión, pero ahora, si ella le permitía demostrárselo, sería distinto. Sería una noche de amor. Del amor que sentía por ella.

–Esto no se trata de nosotros, Jafar. Se trata de nuestro hijo –murmuró mirándole.

–Soy muy consciente de ello –se apartó de ella y agarró un velo para dárselo–. Ponte esto. Hay algo que quiero mostrarte.

Tiffany frunció el ceño, pero hizo lo que le pedía y ocultó la gloriosa melena castaña bajo la seda.

–Te voy a enseñar por qué vengo al desierto, por qué tengo esta ruta de escape abierta todo el rato. Por aquí.

Volvió a salir al calor de la mañana y sintió en cada músculo del cuerpo que Tiffany le iba siguiendo. Inclinó la cabeza y entró en otra de las tiendas levantadas al lado de la principal. Su halcón estaba posado pacientemente en el soporte de madera.

–Dios mío –dijo Tiffany detrás de él cuando se puso el guante de cuero, desató al halcón y se lo colocó en el brazo. El halcón estiró

las alas y movió la cabeza.

–Se llama Shae –Jafar le pasó la mano por el lomo para calmarlo–. Está deseando volar. Normalmente lo echo al aire mucho más temprano, pero hoy quería que tú estuvieras aquí y lo vieras volar.

–¿Qué tiene que ver el halcón con lo nuestro? No lo entiendo –Tiffany sacudió la cabeza en un gesto confuso, y a Jafar le complació ver que estaba intrigada.

–Ven –salió de la tienda y se dirigió a la apertura del desierto. Luego se giró hacia ella–. Ahora va a volar.

Le quitó la caperuza al ave, que se quedó donde estaba con las alas extendidas. Y luego emprendió el vuelo con un movimiento ágil, revoloteando alrededor de ellos en el cielo. Jafar no apartó la atención del halcón. Si miraba el cuerpo de Tiffany, con la tela del vestido pegada por el viento, perdería completamente el control. Se trataba de mostrarle a Tiffany que era libre, que podía volar como su halcón si eso era lo que quería. Y lo haría porque la amaba aunque eso lo matara.

–Es maravilloso verlo volar así –murmuró ella a su espalda.

Jafar sonrió. Aquella era exactamente la reacción que esperaba. Tras observar un rato más al ave, estiró el brazo y el halcón regresó para recibir la recompensa de comida y la protección que él le brindaba.

–Y ahora regresa a mí a voluntad, cuando quiere –miró a Tiffany–. Mañana haré lo que me pides y te dejaré libre, pero espero que después de esta noche tú también querrás estar conmigo y aceptar lo que puedo darte.

No estaba preparado para decirle que quería darle su amor, que se había dado cuenta de que no era inmune a la emoción, que se había enamorado de ella y que, siendo sincero, ocurrió en la boda de Damian. Pero era demasiado orgulloso y demasiado controlador para darse cuenta de ello.

Tiffany no supo qué decir ante la declaración de Jafar. ¿De verdad pensaba que una noche más de pasión sería suficiente para que cambiara de opinión, para que quisiera quedarse y completar el acuerdo al que habían llegado?

–Mañana seguiré sintiendo lo mismo –afirmó, molesta por que Jafar pensara que bastaba con llevarla allí y cumplir con su fantasía del desierto para que se quedara un poco más.

–Entonces tengo mucho que hacer para asegurarme de que

cambies de opinión –Jafar volvió a ponerle la caperuza al halcón y regresó a la tienda.

Tiffany le siguió. La fresca penumbra de la tienda suponía un alivio para el calor del desierto y el seco viento. Observó cómo volvía a dejar al ave en su percha hablándole con tono suave y dulce.

Tiffany se mantuvo en su sitio a pesar de la intensidad de sus ojos. Jafar le mantuvo la mirada durante varios segundos, desafiante. Luego se dio la vuelta y salió de la tienda como si ella no hubiera dicho nada, como si no quisiera escuchar lo que tenía que decir.

Tiffany le siguió para volver al lujo de la primera tienda, donde la atmósfera era mucho más parecida a la fantasía que deseaba vivir pero contra la que ahora debía resistirse.

–Me da igual lo que hagas o digas, Jafar. No voy a quedarme –estaba en medio de la exótica tienda, donde el aroma a incienso se entremezclaba con la suave música.

–Accediste a quedarte aquí como mi esposa durante tres meses –a Jafar le brillaban los ojos por el enfado, pero Tiffany no permitiría que la convenciera. Había tomado una decisión.

–Las cosas han cambiado. Ahora tengo un hijo en el que pensar.

–Por eso quiero que te quedes, no durante tres meses como mi esposa contratada, sino que te quedes aquí como mi mujer y madre de mi hijo y heredero.

–Me has traído aquí… contra mi voluntad. Lo único que te importa es el bebé.

Los ojos de Jafar se endurecieron con rabia ante la acusación.

–Eso está muy lejos de la verdad –Jafar se acercó un poco más.

A Tiffany empezó a latirle el corazón con fuerza debido a la rabia. ¿O era porque se había acercado demasiado, porque podía aspirar su aroma único mezclado con el aire del desierto? Cuando le miró a los ojos, a aquellas profundidades de creciente pasión, supo sin lugar a dudas que iba a besarla… y quería que lo hiciera.

Capítulo 12

JAFAR vio el fuego del deseo en los ojos de Tiffany, convirtiéndolos en un revuelto mar de emociones. Por mucho que protestara, no era inmune a él, pero no era su intención despertar aquella oleada de pasión y deseo. Como tampoco lo era darle el beso que fue incapaz de controlar. Su intención era decirle lo mucho que quería estar con ella, estar con su hijo.

Tiffany le besó a su vez, suspirando en su boca mientras el deseo los arrastraba más y más. El fuego salvaje de la pasión le quemó con más fuerza que el sol del desierto.

–Ha pasado demasiado tiempo –murmuró contra sus labios mientras la sostenía por los brazos.

La atrajo hacia sí, pero no era suficiente. Nunca terminaba de saciarse de aquella mujer.

Antes de que ella pudiera decir nada más, la estrechó contra su cuerpo y la sostuvo con fuerza mientras la besaba más apasionadamente, deseando desesperadamente demostrarle lo que sentía por ella.

–No –Tiffany le apartó de sí con fuerza–. Esto no me va a hacer cambiar de opinión.

Alzó la vista para mirarle con la respiración entrecortada.

–¿Qué tiene de malo que un hombre bese a su esposa, Tiffany?

–Yo no soy tu esposa –le espetó ella. Los ojos le brillaron con furia en la fresca penumbra de la tienda–. Soy tu esposa contratada. Nada más.

La conversación se estaba saliendo completamente de cauce. Debería estar besándola hasta que lo único que deseara fuera a él, hasta que sintiera el amor que le tenía.

–Fuiste mucho más que eso en nuestra noche de bodas –deseaba desesperadamente recordarle lo que habían compartido, la pasión que se había apoderado de ellos de manera tan salvaje que los dos se olvidaron de lo más básico–. Aquella noche te convertiste en mi

esposa.

–No es eso lo que quiero, Jafar –su voz denotaba un cierto cansancio, y una oleada de compasión se apoderó de él, pillándole desprevenido–. No quiero pasión ni deseo. No quiero noches llenas de sexo ardiente.

Jafar le acarició la cara con los dedos, recorriéndole delicadamente la suavidad de la mejilla con el pulgar. El suspiro que escapó de sus labios cuando cerró los ojos revelaba más de lo que Tiffany pensaba.

–¿Qué es lo que quieres, Tiffany? –Jafar mantuvo un tono bajo y suave.

–Quiero un hombre que me ame por quien soy, no por lo que puedo darle.

A Jafar se le aceleró el corazón mientras miraba a la mujer que estaba esperando un hijo suyo, la mujer que quería que se quedara a su lado y fuera su reina para siempre

–Tú no puedes darme eso, ¿verdad, Jafar?

Tiffany se sintió atravesada por el dolor mientras Jafar permanecía estoicamente de pie frente a ella. La pasión de los besos que le había dado unos instantes atrás había desaparecido de sus ojos.

Lo que los dos buscaban de su matrimonio era completamente distinto. Tiffany quería su amor, poder amarle a él libremente. Jafar quería a su heredero, asegurar el reino que había heredado. Si seguían juntos estando en extremos tan opuestos desde el punto de vista de sus motivos para seguir casados terminaría en desastre.

Tiffany se le acercó guiada por una fuerza desconocida. ¿Qué haría Jafar si le decía que quería su amor? ¿Qué diría si le decía que le amaba? Tal vez decirle aquellas palabras fuera la única manera de hacerle ver que su matrimonio nunca podría funcionar porque los dos buscaban cosas distintas.

–La pasión que hay entre nosotros es maravillosa –Tiffany se sonrojó por la sinceridad de lo que estaba diciendo y apartó la mirada. No quería ver el calor ardiente de los ojos de Jafar mientras reconocía la pasión tan intensa que había surgido entre ellos–. Pero con eso no puede sostenerse un matrimonio.

Jafar le alzó la barbilla con los dedos pulgar e índice, obligándola una vez más a mirarle. El embriagador deseo de sus ojos era casi demasiado potente.

–La pasión fue maravillosa, tal y como has dicho. Pero no es lo único que quiero –Jafar sacudió la cabeza–. Quiero ser amado por la mujer que ha atrapado mi corazón, la mujer que lo eleva por el

desierto como si volara sobre las alas de un halcón.

A Tiffany le asomó a los labios una sonrisa al escuchar sus románticas palabras y la conexión que estaba haciendo con el ave que había echado a volar.

–Quiero ser amado por esa mujer tanto como yo la amo a ella, y, si eso no es posible, mañana la dejaré volar con la misma libertad que a mi halcón.

–Tú…

A Tiffany no le salía la voz, no era capaz de formar las palabras. ¿Estaba diciendo realmente que la amaba? ¿De veras?

–Sí, Tiffany. Mi esposa, mi amor. Estoy locamente enamorado de ti y, si te vas, mi corazón se pasará toda la eternidad buscando al tuyo y te echaré de menos para siempre. Si lo que deseas es apartarte de mí, dejar de ser mi reina, entonces, por el amor que te tengo, ordenaré que mi avión te lleve de regreso a casa.

Jafar observó la multitud de emociones que se reflejaban en el rostro de su esposa.

–Jafar –susurró ella.

Había una pregunta en cada sílaba y él cerró los ojos. No quería escuchar su rechazo, no quería saber que Tiffany no sentía lo mismo. La duda, la esperanza, la emoción desnuda se concentraron con tanta fuerza en aquella única palabra que apenas era capaz de reconocer su propia voz. El silencio de Tiffany resultaba demasiado doloroso y volvió a cerrar los ojos para contener el dolor del rechazo que sin duda llegaría.

Pero no llegó. Lo que ocurrió fue que ella le deslizó los labios por los suyos tan suavemente que Jafar pensó que se lo había imaginado. Abrió los ojos y miró en las azules profundidades de los de Tiffany, perdiéndose en ellos al instante.

–Tu amor es lo único que quiero de ti –le susurró ella contra los labios, despertando la llama del deseo en Jafar–. Mi fantasía del desierto. El hombre al que amo con todo mi corazón.

Él le tomó el rostro entre las manos y la besó con ternura.

–Te amo, Tiffany –le dijo primero en el idioma de ella y luego en el suyo. Necesitaba decirlo en alto el mayor número de veces posible.

–Te amo, Jafar.

Él sonrió.

–Entonces, ¿te vas a quedar? ¿Serás mi esposa y la madre de mi hijo?

–Hasta que me hagan una oferta mejor.

Así que seguía tomándole el pelo…

–En ese caso, tendré que asegurarme de que no te hagan nunca una oferta mejor.

Jafar la levantó del suelo y la llevó a la enorme cama baja adornada con tantos cojines de colores que parecía camuflada.

–Nunca habrá una oferta mejor –Tiffany bajó la voz y adquirió un tono dulce y serio a la vez mientras le tocaba la cara con la palma de la mano–. Porque te amo profundamente, Jafar.

Él la besó suavemente en los labios y le apartó el pelo de la cara con una caricia para poder mirarla a los ojos.

–Yo también te amo, mi esposa querida.

Epílogo

Dos años más tarde

Jafar miró a su hijo jugando con su prima mayor en la pequeña fuente que había instalado en los jardines de palacio. Los gritos de alegría de los pequeños mientras chapoteaban en el agua resultaban contagiosos, incluso Leah había abandonado su habitual y regia tranquilidad para correr por el jardín alrededor de los niños.

–Nuestro hijo tiene las cualidades de liderazgo de su padre –dijo Tiffany, que se colocó a su lado bajo el arco apoyando la mano en el vientre y en su segundo hijo, que pronto nacería–.Te amo, Jafar. Estar aquí contigo es maravilloso.

–¿No echas de menos tu antigua vida? ¿Tu trabajo?

–Bethany está haciendo un gran trabajo al frente de la empresa de damas de honor.

Jafar la estrechó entre sus brazos todo lo que le permitió la tripa y la besó con ternura.

Los gritos y las risas de los niños aumentaron y ambos miraron hacia ellos y vieron a Aaleyah dejándose llevar por la diversión del agua y de los juegos. El corazón de Tiffany se elevó hacia lo alto del cielo del desierto, cayendo luego en picado para seguir las cálidas corrientes de aire, y supo que Jafar la había dejado volar libre aquella mañana tras la noche de pasión y amor en el desierto. Había sido completamente libre para salir volando, pero había elegido quedarse con el hombre que amaba… y siempre lo haría.